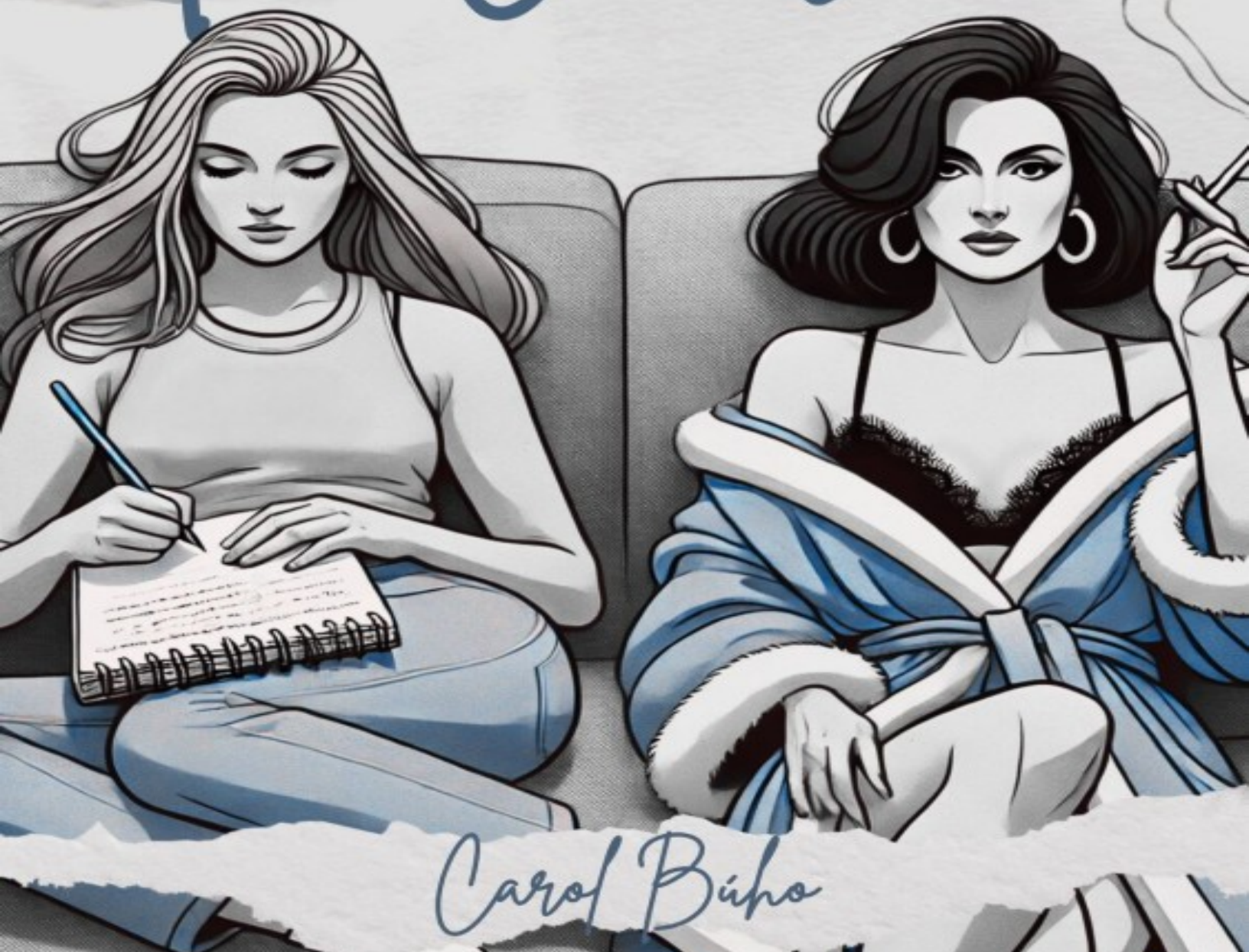
Demasiado tarde

Demasiado cerca



Carol Búho

DEMASIADO tarde
DEMASIADO cerca

Carol Búho

© [2025] [Carol Búho]
Este libro es una obra protegida por las leyes de derechos de autor y otros tratados internacionales. Todos los derechos están reservados, incluyendo los derechos de reproducción, distribución y exhibición pública, en cualquier forma o medio conocido o por conocerse.
Queda estrictamente prohibida la reproducción, distribución, adaptación, exhibición pública y cualquier otro uso no autorizado de esta obra, ya sea en su totalidad o en parte. Cualquier violación de estos derechos puede constituir una infracción legal y dar lugar a acciones civiles y/o penales.
Las marcas, nombres comerciales y logotipos mencionados en esta obra son propiedad de sus respectivos dueños y están protegidos por las leyes aplicables.

Resumen:

Mara Velasco regresa a San Miguel con un plan sencillo: vender la casa de sus padres y largarse sin mirar atrás.

Fácil.

Pero el destino, ese guionista adicto al drama, tiene otros planes. Porque ahí está Lucía Ferrer: vecina, musa involuntaria y autora de sus insomnios.

Y también está su caprichosa hija, dispuesta a complicarlo todo.

Entre lo que fue, lo que pudo ser, y lo que nunca debió pasar, Mara tendrá que tomar una decisión, porque irse ya no parece tan fácil, ni quedarse tan estúpido.

El tiempo no nos salvó

Volver nunca fue mi plan,
pero ahora tengo la edad justa
para mirar atrás sin bajar la cabeza.

Ella sigue ahí.
Su boca,
sus manos,
el peligro de siempre en la forma de mirarme,
como si el tiempo no importara,
como si nunca hubiera sido muy joven
para sentir lo que sentí.

Demasiado tarde para huir,
demasiado cerca para resistirme.
Y si esta vez,
en lugar de salir corriendo,
le muerdo el miedo y me quedo.

Y si esta vez,
no nos decimos nada,
solo cerramos la puerta
y dejamos que pase lo que siempre quiso pasar.

Capítulo 01

DEMASIADO DRAMA PARA TAN POCA FAMA

Capítulo 02

MENTÍ, FALLÉ, Y AQUÍ ESTOY OTRA VEZ

Capítulo 03

ERA UNA TRAMPA CON VESTIDO BLANCO

Capítulo 04

LA POESÍA TAMPOCO ME SALVÓ

Capítulo 05

LO QUE ARDE NO SE ARCHIVA

Capítulo 06

UNA VECINA, TRES COPAS DE MÁS

Capítulo 07

UN BILLETE POR CADA ERROR

Capítulo 08

LA MISMA, PERO MÁS CERCA

Capítulo 09

SOLO PIEL. SOLO FUEGO. SOLO

Capítulo 10

BRANDY EN LA BOCA AJENA

Capítulo 11

SOLO VINE A LIMPIAR, LO JURO

Capítulo 12

RESERVADO A NOMBRE DEL DESASTRE

Capítulo 13

ME SUBÍ A LEER Y ME DESNUDÉ

Capítulo 14

UNA DESPEDIDA QUE QUISO SER PROMESA

Capítulo 15

CULPA CON SABOR A WHISKY

Capítulo 16

NO ERA EL MOMENTO, PERO LO FUE IGUAL

Capítulo 17

TAN MAL… Y TAN INEVITABLE

Capítulo 18

CON LA BOCA LLENA DE VERSOS

Capítulo 19

LA PASÉ BIEN… CONTIGO NO

Capítulo 20

AMOR, TENSIÓN Y ENSALADA

Capítulo 21

MUSA EN CUATRO, GRACIAS

Capítulo 22

DE AQUÍ NO SALGO ILESA

Capítulo 23

SI ME HACES ESPACIO… NO ME VOY

Capítulo 24

CAFÉ CON AROMA A GUERRA FRÍA

Capítulo 25

NO SOY OPCIÓN, SOY DECISIÓN

Capítulo 26

SI ELLA ES EL RITMO, YO SOY LA LETRA

Capítulo 27

EL RIESGO ESTÁ EN NO INTENTARLO

Capítulo 28

A VECES, EL CAOS ES NECESARIO

Capítulo 29

NO HUIMOS, ME HIZO PARTE DE ALGO

Capítulo 30

EL DOLOR HUELE A MADERA QUEMADA

Capítulo 31

SALVÉ LO IMPORTANTE, EL RESTO ARDIÓ

Capítulo 32

ES AQUÍ, ES AHORA

Para las calles de tierra, las plazas vacías y los murmullos que me vieron crecer antes de que aprendiera a caminar recto.

Gracias por ser hogar, incluso cuando parecía que no lo eras.

San Miguel
La Gusana Ciega

La herida que nunca tuvo cuerpo

Me enamoré de una mujer que nunca besé.
Me enamoré de su risa
escapando entre el humo de un cigarro,
de cómo miraba el mundo
como si le debiera algo
y no pensara perdonarlo.

Nunca hubo un beso.
Pero sí, noches demasiado largas.
Y miradas cargadas de preguntas
que ninguna se atrevió a responder.

Me enamoré sin tocarla,
sin probar su piel,
sin tenerla,
pero con cada poro gritándome su nombre.

Lo nuestro nunca empezó.
Quizá por eso
no ha habido forma de acabarlo.

Capítulo 01

Demasiado drama para tan poca fama

Conduzco mi Volkswagen como quien arrastra un cadáver: con una incomodidad de mierda, con culpa de la buena y con la certeza asfixiante de que ya debería haberlo enterrado hace rato.

Fue el único lujo que pude permitirme en ese momento estúpidamente eufórico en el que creí, con toda mi ingenuidad, que la vida por fin me sonreía y no solo se burlaba. Spoiler: la vida no sonríe, enseña los dientes como un perro rabioso.

Le metí todo el anticipo de mi primera antología, convencida de que estaba por convertirme en una autora bestseller, de esas que firman libros con la sonrisa controlada de quien aprendió a posar mucho antes que a escribir.

Spoiler: no pasó. Ni de lejos.

Ahora soy una poeta indie.

Lo cual, en el fondo, es una forma sofisticada de admitir que me autopublico igual que quien se autoengaña: con toda la fe del mundo… y el orgullo hecho polvo.

Imprimo mis libros yo misma, como panfletos religiosos que nadie pidió y que nadie quiere. La mayoría terminan apilados en una librería que huele a desesperación, café barato recalentado por quinta vez y velas de soja con nombres ridículamente pretenciosos como «Otoño Melancólico» o «Aliento de Bosque Encantado».

El auto vibra y cruje al pasar sobre el camino empedrado. Como si también estuviera harto de mis decisiones de mierda.

Y no lo culpo. Yo tampoco me soporto a veces.

La señal del GPS va y viene. Pero da igual. Podría recorrer este camino con los ojos cerrados… aunque algo en mí no deja de advertirme que hacer este viaje es una de mis ideas más

desastrosas. Y eso ya es decir bastante, considerando mi currículum impecable en errores.

Es la misma carretera que, hace diez años, juré no volver a cruzar. Y aquí estoy, porque, claramente, mi capacidad para tomar decisiones inteligentes está tan jodida como la suspensión de este auto. O peor, porque al menos el puto auto todavía se mueve.

Nunca pensé que iba a volver a San Miguel.

Pero claro… una casa hecha mierda y un saldo negativo en el corazón y en el banco, arrastran con más fuerza que cualquier intento de encontrar paz interior.

San Miguel es esa ex tóxica con memoria selectiva y un constante «te juro que esta vez es diferente», cuando todos sabemos que será peor.

Digamos que… soy un poco, solo un poco, culpable de mi propia ruina. Se supone que me fui a estudiar medicina.

A salvar vidas.

A hacer algo útil.

A no terminar como… esto.

Durante años, mantuve la farsa.

Cada llamada con mi viejo era una performance de alto nivel: yo, la hija ejemplar; él, feliz en su ignorancia.

En cada mentira, yo ponía la voz dulce y él ponía la esperanza; ambos, perfectamente ridículos.

Le mentí con el talento de una actriz ganadora del Óscar. Solo que sin la alfombra roja.

Y con más resaca.

—¿Cómo van las clases?
—Bien, papá. Aprendiendo mucho sobre anatomía.

No mentí.

Solo se me pasó decir que la anatomía que estudiaba no tenía mucho que ver con huesos ni músculos. Era la de los bares. Con sus luces de neón prometiendo que todo se arregla con un trago extra. Y la de las mujeres, esas que dejaban en mi departamento sus bragas y las promesas que nunca pensaron cumplir.

—¿A qué te dedicas?

—Soy escritora.

—¿De verdad? ¿Qué escribes?

—Poesía.

—¿Me escribirías un poema?

—¿Me pedirías un puente si hubiera respondido que soy arquitecta?

¿Por qué, cada vez que una mujer conoce a un poeta, se le ocurre pedirle que le escriba algo?

Qué tierno. De verdad.

Pero, cariño, no te engañes: los poetas solo escribimos para el ego. Para inflarlo hasta que reviente.

Siempre para el ego.

No es por ti.

Es por nosotros.

Y el mío sangraba con cada rechazo editorial.

Por eso lo de la carrera de medicina era, en parte, cierto. Tuve que aprender a curar las heridas de una escritora que se creía digna de premios… y no de esos baratos. De los grandes. De los que se celebran en salas de mármol y cristalería reluciente.

Sin embargo, lo único que llegué a ganar fueron tragos. Un par por compasión. Otros por sexo. Y algunos, los más sinceros, por esa atracción morbosa que despierta el fracaso. Porque nada excita tanto como ver a alguien estrellarse en cámara lenta.

Pero jamás por mi talento literario.

—No es que mi obra sea mala, es que está por encima de su capacidad de comprensión.

—Déjame adivinar, te rechazaron otra vez.

—¿Desde cuándo es un crimen tener profundidad? ¡La literatura debería desafiar, no complacer!

—Bueno, sí… pero desafiar no te va a pagar la renta este mes.

Mi primer libro se vendió bien. Demasiado bien, para lo que era. Y eso bastó para catapultarme a la categoría de promesa. Una promesa que, bueno, se quedó en eso.

Y claro, yo estaba segura de que las editoriales se equivocaban al no darme una segunda oportunidad para publicar. Porque, obviamente, el problema no era mi poesía.

Era el mundo.

O, más específicamente: el mundillo literario.

Ese ecosistema de egos, premios amañados y críticas que suenan a comentarios en foros de internet. Un corral lleno de gallinas que cacarean palabras grandes para esconder pensamientos pequeños.

Yo no era el error.

El error, eran ellos.

Así que, en un acto de fe absoluta, gasté todos mis ahorros para que un sello independiente me publicara.

Vendí cincuenta y tres copias.

Veinte las compré yo.

Porque si algo no me falta en la vida es esa confianza ciega en mi propio talento, aunque nadie más la comparta. Se las regalé a algunos amigos. Ellos sonrieron, dijeron gracias, y las dejaron acumulando polvo en sus estantes, junto a los libros de autoayuda que nadie termina.

No todo es deprimente.

Tengo un pequeño grupo de fanáticas leales, y un poco raras. De las que subrayan frases como si fueran versículos y me escriben mensajes tipo: Esa línea en la página 46 me tocó de una forma que no esperaba. Gracias.

Yo respondo con un corazón o un «me alegra mucho», mientras pienso que ni yo sé qué carajo quise decir en la página 46.

Son la clase de fanáticas que me invitan a leer en sus bares de mala muerte. Y me pagan con cerveza quemada, papas fritas frías y un boleto de gasolina que apenas alcanza para llegar a la próxima estación… un trato justo, si consideramos que yo les entrego versos usados y un poco de mi desesperación envuelta en metáforas repetitivas.

Pura gloria artística.

Y, con todo, prefiero el sabor de declamarle poemas a un montón de borrachos que volver a este pueblo olvidado por Dios.

Ya desde la carretera, se respira una calma extraña, como si el tiempo, de alguna manera, se hubiera negado a seguir su curso.

Los campos resecos, las casas a medio derruir, los perros que ya ni ladran. Todo huele a derrota, a sueños que ni siquiera tuvieron la dignidad de suicidarse a tiempo.

Desfilan por la ventanilla como un recordatorio cruel de lo que intenté dejar atrás. Y de lo que, para mi desgracia, sigue esperándome con los brazos abiertos. Brazos de barro, listos para arrastrarme otra vez al fondo.

Qué emocionante.

Ojalá me estrelle.

A la derecha, aparece el letrero oxidado que dice: Bienvenidos a San Miguel.

Perfecto. Empecemos la novela mediocre. Solo falta una tormenta dramática, una amante misteriosa y una traición familiar para completar el combo. Aunque, con mi suerte, seguro lo único que me recibe es el olor a humedad y una tubería rota.

Puro material de bestseller…

De esos que se venden en los supermercados junto a los desodorantes y las papas fritas en oferta.

Capítulo 02

Mentí, fallé, y aquí estoy otra vez

El pueblo es pequeño y pintoresco. Como una postal que nadie se molestó en actualizar desde los años setenta y ahora parece más una escenografía para un documental barato de época que un lugar donde alguien viviría por voluntad propia.

Las calles estrechas y empedradas están flanqueadas por casitas de colores apagados, con techos de tejas rojas y ventanas enmarcadas por cortinas de encaje, que completan la estética retro.

Todo tiene ese aire de encanto decadente que solo parece lindo en las fotos de Instagram.

Con filtro.

Y de lejos.

Conduzco despacio. Las llantas golpean las piedras del camino, y ese sonido me arrastra de vuelta a otro tiempo. Uno en el que todavía no sabía lo que quería. Cuando todo parecía más fácil, porque las decisiones importantes eran asunto de los adultos.

Hubo un año en el que la feria llegó antes y, por primera vez, me encontré frente a un puesto de libros. En San Miguel no hay librerías ni bibliotecas. Aquí la gente trabaja de verdad y no pierde el tiempo en cosas tan poco productivas como leer.

Una tarde, Cinthia me tomó de la mano y me dijo que fuéramos a ver. Empezamos a hojear los ejemplares con la misma energía con la que miras el menú en un restaurante caro, sabiendo que no vas a pedir nada. Pero las clases habían terminado y necesitábamos una excusa para no ir directo a casa, así que fingir interés en libros que probablemente nunca íbamos a leer nos pareció una forma tan válida como cualquier otra de matar el tiempo.

—¿Encontraste algo interesante?

—Parece un poema.
—¿Te gusta?
—No lo sé.
—Entonces, ¿por qué sigues leyendo?
—No lo sé.

Un par de niños corren detrás de una pelota desinflada. Van descalzos, con los pies cubiertos de polvo, riendo y gritando como si persiguieran algo mucho más importante que un pedazo de plástico. Y tal vez lo hacen. Tal vez todavía no saben que eso es lo más cerca que van a estar de la felicidad. La felicidad real: sucia, ruidosa y condenadamente breve.

En la puerta de una tienda de abarrotes está recargado un hombre mayor que sigue mi auto con esa mirada de sospecha que se le da a un perro callejero que parece demasiado bien alimentado. Como preguntándose si va a morder, robar o cagarse en la acera.

Rodeo la plaza central, con su fuente despintada y bancos roídos por el tiempo, donde un grupo de señoras se abanican y chismorrean con la devoción de quien considera el chisme un deber cívico. Entrecierran los ojos al ver mi Volkswagen, redactando mentalmente el próximo capítulo del drama local.

Spoiler: soy la villana. Y no saben cuánto me alegra decepcionarlas.

Sonrío.

Admito que San Miguel tiene su encanto. Claro, el tipo de encanto que parece entrañable hasta que te das cuenta de que nadie ha intentado algo nuevo desde el 98. Y si no me doy prisa, terminaré convertida en otra estatua viva del fracaso, arrastrándome a misa los domingos y opinando sobre la vida de los demás el resto de la semana.

Piso el acelerador al girar en la calle que lleva a la casa de mis padres. Como si llegar más rápido hiciera menos incómodo el regreso.

Han pasado diez años.

Diablos.

Es peor de lo que imaginé. La pintura descascarada y las persianas torcidas son lo primero que salta a la vista. La puerta de madera está combada, la cerradura oxidada y el camino de entrada se encuentra cubierto de hojas secas. La casa tiene un aire de resentimiento pasivo-agresivo, como si hubiera estado acumulando rencor todo este tiempo solo para echármelo en cara ahora.

Respiro hondo y recargo la frente en el volante, con los ojos cerrados, esperando que un par de inhalaciones profundas sean suficientes para curar el remordimiento.

Spoiler: no lo son. Ni cerca.

Por un segundo, me planteo dar la vuelta y fingir que nunca recibí la notificación del notario. Podría bloquear las llamadas y cambiar mi correo electrónico. Después de todo, no sería la primera vez que manejo un problema aplicando la técnica milenaria de «si lo ignoro el tiempo suficiente, tal vez desaparece».

Miro la casa. Del otro lado de la moneda, está mi cuenta de banco en ceros. No tengo suficiente gasolina para volver, y la idea de alojarme en un hotel es tan realista como ganar la lotería sin jugar.

Estoy atrapada aquí.

No es que yo haya elegido el camino poético de quemar los barcos. Esos cabrones se autodestruyeron sin siquiera consultarme. Y me dejaron sin opciones, tengo que seguir adelante…

Si fuera de esas que confunden los horóscopos con un plan de vida y creen que Mercurio retrógrado justifica hasta el sexo mediocre. Diría que mi destino me trajo de vuelta a San Miguel.

Pero no.

Soy una escritora en declive.

Una ex-promesa con resaca crónica y talento intermitente. Creo más en el poder redentor de un buen trago de cerveza que en cualquier planeta alineado con mi ruina.

Vuelvo a respirar hondo.

Aquí voy.

Me bajo del coche con un portazo de fondo.

—¿Cómo pudiste mentirnos así?

—Lo siento, papá, pero medicina nunca fue lo mío. He estado asistiendo a talleres de escritura, incluso gané un premio por…

—¿Qué futuro crees que tendrás con eso? ¿Cómo vas a mantenerte?

—No puedo pasar mi vida haciendo algo que detesto solo por dinero.

—¿Y crees que el resto de nosotros amamos cada segundo de lo que hacemos? A veces, la vida trata de sacrificios. De hacer cosas que no nos gustan, para asegurar cosas que necesitamos. Si no entiendes eso ahora, ya lo entenderás cuando te estrelles contra la realidad y nadie esté ahí para recogerte.

Mis padres fueron profesores en la escuela primaria Valle Verde durante 30 años. Toda una vida de tizas, niños mocosos y actos patrios con banderitas mal dobladas.

Esperaban algo mejor para mí, algo grande, algo digno, algo que pudieran presumir en las reuniones de exalumnos sin bajar la mirada.

Luego un nieto que apuntara más alto, uno que no supiera de derrotas a los veinte.

Y después un bisnieto que, con suerte, ya estuviera dirigiendo una empresa y pagando terapia por anticipado. Los padres siempre creen que la próxima generación será la que finalmente lo logre…

Después de aceptar que no sería médica, dejó de hablarme. Yo dije que jamás volvería a San Miguel, y para sorpresa de todos, incluyéndome, fue una de las pocas promesas que realmente les cumplí. Ni siquiera vine a su funeral hace cinco años, ni al de mi madre, hace dos.

Digamos que soy consistente.

O rencorosa.

O demasiado pobre para permitirme un viaje tan largo.

La verdad, un poco de todo.

El golpe de reencontrarme con mi familia en forma de una casa hecha mierda fue tan fuerte que, por un rato, todo lo demás dejó de existir. Pero ahora que he decidido enfrentar el desastre, San Miguel

empieza a reconstruirse ante mis ojos. Y, por supuesto, lo primero que aparece es la residencia de los Ferrer.

Tan perfecta e imponente como siempre.

Tan insultantemente intacta que dan ganas de escupirle encima.

Muros blancos, ventanales enormes y una escalera de mármol que conduce a la entrada principal como si invitara solo a gente con apellidos compuestos y pecados caros.

El contraste entre esa casa y la mía… bueno, es casi una metáfora de mi vida.

El equilibrio improbable

Yo soy desastre; ella es orden
ese tipo de orden que no juzga,
pero te deja claro que no perteneces ahí.

Ella camina sobre baldosas limpias
y yo dejo huellas de barro detrás.
Ella dobla la ropa en silencio,
yo desordeno mi alma entre gritos.

Su calma no me reprocha,
no me rechaza,
solo flota con esa frialdad amable,
como una puerta entreabierta
que me deja entrar y me deja ir.

Y me pregunto si alguna vez
el caos y la geometría pueden encontrarse
sin romperse,
sin ceder,
sin que el desastre se quede huérfano
o el orden tenga que hacerse trizas.

Pero ella nunca me pide que cambie,
y yo nunca intento romperla.
Así estamos:
dos extremos de un hilo invisible,
que a veces se enreda,
que a veces vibra,
pero nunca se corta.

Capítulo 03

Era una trampa con vestido blanco

[Algunos años atrás]

El verano ha convertido el aire en puré: espeso, pegajoso, y tan denso que casi hay que masticarlo antes de poder respirar. Me balanceo en el viejo columpio de la casa, que protesta con cada vaivén, y tengo un cuaderno abierto sobre las rodillas.

Escribo sin darle muchas vueltas, soltando palabras sobre el papel igual que gotas de sudor: irregulares, desordenadas, y algo viscosas. La tinta se corre por culpa de la humedad, pero eso no me detiene; sigo añadiendo más letras, aprovechando el impulso incontrolable del momento.

No la escucho llegar.

Es el crujido del columpio a mi lado, y el olor del cigarrillo, lo que me avisa que ya no estoy sola.

—¿Qué escribes?

Lucía tiene una voz más grave de lo que se espera en una mujer. Una voz que no acaricia: araña, muerde, y se queda atascada en alguna parte blanda que no sabías que tenías.

Mi mano se congela sobre el papel.

No se me ocurre nada brillante que decir. Así que cierro el cuaderno y la miro, sintiéndome una idiota… y sabiendo que, efectivamente, lo soy.

Lucía Ferrer está sentada junto a mí.

Trae puesto un vestido de lino blanco, con tirantes que casi rozan la caída de sus hombros, como coqueteando con la idea de dejarse arrastrar por el aire. Su cabello oscuro está recogido en un moño que juega a ser descuidado, pero en realidad es un desorden diseñado, enmarcando un rostro que podría pertenecer tanto al aquí

y ahora, como a cualquier momento pasado; y sostiene un cigarrillo largo entre sus labios, de esos que te gritan «no soy adicta, soy un maldito estilo de vida», como los que se ven en las películas viejas, y le da un aura de elegancia misteriosa.

Me dan ganas de decirle que solo le falta un martini en una mano y una estola de piel sobre los hombros para ser la imagen viva de una diva que el tiempo decidió olvidar.

Pero no digo nada porque mi garganta está seca.

—Vamos, léeme algo —una nube de humo se desliza fuera de su boca.

Inclina la cabeza y me clava esos ojos acusadores, enmarcados por pestañas largas y rectas.

—No estaba escribiendo nada… en realidad —susurro, con una tímida vacilación.

—Si fuera nada, no lo esconderías.

Siempre habla despacio.

Con una calma medida.

Con un tono que hace que todo parezca una trampa.

—No creo que… —empiezo a decir, pero ella me roba el cuaderno.

—Hay un espacio en mi cama que solo llena tu nombre —sus ojos recorren las líneas garabateadas. Luego levanta una ceja— ¿Estás consciente de que eres asombrosa?

La sangre me sube a las mejillas.

—Es solo… poesía.

Su labio se curva de lado, y un destello travieso aparece en su mirada. Seguro no trama nada bueno.

—Sonará mejor en tu boca. Quiero escucharlo.

Agarro el cuaderno con las manos temblando como si estuviera desactivando una bomba y no solo leyendo un mal poema.

Hay un espacio en mi cama
que solo llena tu nombre.

Me invento tus caricias,
me invento tus labios,
me invento esa manera tuya

de mirar hacia otro lado
cuando el amor empieza a dar miedo.

Te busco en las sábanas,
en las grietas de la noche,
pero solo encuentro el eco
de algo que nunca será.

Y ahí sigo,
dejando espacio para ti,
como si algún día
el imposible decidiera volverse real.

La última línea se me queda atrapada en la garganta.

Lucía se inclina hacia mí, lo suficiente para que el humo de su cigarro roce mi mejilla y el borde de su rodilla toque la mía.

—Me encantaría saber… —su voz me roza la piel como una caricia — En quién piensas cuando escribes así.

Me mira. Directo a los ojos. Y no tengo forma de mentir.

Me relamo los labios, nerviosa.

—No importa —se adelanta, dibujando una pequeña sonrisa que oculta algo peligroso—. A veces, el misterio es mucho más excitante.

Da una última calada al cigarro y se levanta. El columpio cruje con ese sonido lastimero de algo que ya tuvo mejores días, y el calor en el aire parece seguirla, porque incluso el clima se siente obligado a prestarle atención mientras camina hacia su casa.

Me quedo con el corazón martillando contra las costillas y el estómago hecho un nudo, esa clase de nudo que sé que no se va a deshacer fácil. Vuelvo a cerrar el cuaderno, porque claro, tapar las palabras va a hacer que dejen de ser ciertas. Ya es tarde para hacerme la desentendida, pero eso nunca ha impedido que lo intente.

Sé quién inspira ese poema, y Lucía Ferrer también lo sabe.

Y fingir lo contrario es tan inútil como intentar apagar un incendio soplando.

Capítulo 04

La poesía tampoco me salvó

Cierro los ojos un segundo y regreso al presente.

Puedo sentirla a unos metros, detrás de esas ventanas oscuras que dan a un jardín tan perfectamente podado que da miedo pisarlo.

Y aunque una parte de mí quiere hacer como si nada, quiere entrar en la casa, recoger sus cosas y vender la propiedad antes de que el pueblo vuelva a tragarme.

Otra parte de mí se queda quieta. Esperando.

Esperando que se abra la puerta de la vecina.

Que aparezca ella y que me mire de nuevo como si nada hubiera cambiado, como si todo este tiempo no hubiera sido más que una pausa incómoda.

Porque, aunque no quiera admitirlo, ni borracha, ni sola, ni frente al espejo: hay un espacio en mi cama que solo llena su nombre.

Lucía.

Las cinco letras golpean mi cabeza como la nota baja de un piano.

Como una advertencia.

Como una invitación.

Lucía es un nombre perfecto porque suena a historia. Tiene ritmo, cadencia… como una frase bien construida, con el equilibrio exacto entre caricia y golpe. Es un nombre que podrías encontrar en un poema de Lorca, o en el título de una novela que sabes que te va a arruinar.

Un nombre que podría ser el de una santa.

O el de la mujer que te arranca el corazón y después se lo da de comer a su gato.

—Deberías dejar de mirarme así.

—¿Por qué?

—Porque no es apropiado.

—¿Quién lo dice?

—Cualquiera en San Miguel lo diría.
—Tendremos que irnos lejos entonces.

Lucía Ferrer.

La mujer que me enseñó que el deseo es lindo en teoría, pero en la práctica viene con efectos secundarios y cero advertencias.

Y que, a veces, lo más peligroso no es querer algo con toda el alma… es conseguirlo.

Sacudo la cabeza, intentando que el recuerdo se disuelva tan rápido como el humo de sus cigarros.

Lucía.

Otra vez, Lucía.

No debería pensar en eso. No ahora.

Camino hacia la entrada y empujo la puerta. El rechinar de las bisagras resuena por toda la casa, dejándome claro que no soy bienvenida. El primer golpe me lo dan el polvo y la humedad, tengo que cubrirme la boca con la manga de la chaqueta mientras entro, preguntándome si la casa intenta echarme o solo quiere burlarse.

Es un cadáver que se desintegra poco a poco. Parece que disfruta pudrirse.

La luz que entra por las ventanas sucias proyecta patrones torcidos en el polvo acumulado, porque hasta el sol parece haber renunciado a mejorar este desastre.

Puedo recordarla en sus mejores tiempos: el suelo de madera todavía conserva rastros de barniz bajo la mugre. El techo alto y las molduras talladas en las paredes son la prueba de que aquí alguna vez hubo dinero… o al menos la intención de aparentarlo.

Recorro el pasillo, mirando los huecos donde la pintura ya se dio por vencida. El yeso quedó ahí, expuesto, desnudo y con pinta de estar pasando vergüenza. En mi camino, me detengo a arrancar los pedazos sueltos que aún cuelgan, disfrutando del chasquido que hacen al desprenderse. Al final, me encuentro con la escalera que todavía presume su barandal de hierro, aunque está tan oxidado y cubierto de telarañas que parece más una instalación de arte postapocalíptico que algo pensado para no matarte al subir.

Fui feliz en esta casa, feliz en ese modo inocente que después duele recordar, y alguna vez mis padres estuvieron orgullosos de mí.

Mi papá quería a su propia Meredith Grey en casa. Siempre decía que tenía «las manos firmes y la cabeza fría», perfecta para ser cirujana. Yo no me molestaba en corregirlo. ¿Para qué? Mientras él se ocupaba del alquiler, yo me entregaba a mis verdaderas pasiones: escribir poemas que nadie pedía, vomitar versos en bares donde el único sobrio era el micrófono, y asistir a cursos que no tenían mucho sentido, pero que al menos me daban excusas elegantes para seguir sin rumbo.

En los momentos más jodidos, me acuerdo de sus últimas palabras, como una profecía, o una maldición: A veces, la vida trata de sacrificios. De hacer cosas que no nos gustan, para asegurar cosas que necesitamos. Si no entiendes eso ahora, ya lo entenderás cuando te estrelles contra la realidad y nadie esté ahí para recogerte.

Escribir libros no paga facturas.

«Tienes que hacerlo por amor al arte». Lo escupen con esa seguridad hueca de quien nunca ha pasado una noche completa frente a una página vacía y por eso creen que escribir, pintar o componer no son trabajos «reales». Lo dicen como si la pasión bastara para calentar la casa en invierno o para que el banco ignore el aviso de pago atrasado. Como si «el amor al arte» fuera suficiente para llenar la nevera o pagar el alquiler. Como si amar lo que haces fuera excusa suficiente para que te lo arrebaten gratis.

Se ha romantizado tanto el arte que hemos terminado por despojarlo de valor. Creemos que la verdadera inspiración solo nace del sufrimiento y la pobreza, como si un artista que no pasa hambre fuera menos auténtico. Como si el talento necesitara pasar frío para valer la pena. Como si querer vivir de lo que amas fuera, de algún modo, una traición al arte mismo.

Es curioso cómo nadie espera que el panadero regale el pan porque ama hacerlo, o que el médico opere gratis porque tiene vocación. Pero el escritor, el músico, el pintor… ellos deberían hacerlo por amor, ¿no? Porque el arte es un regalo, porque «si de verdad lo haces por pasión, el dinero no debería importar».

¿Y luego?

¿Cómo se paga el alquiler, se llena la nevera o mantenemos las luces encendidas?

«Tienes que hacerlo por amor al arte»

Y ahí vamos, a consumirlo como si fuera aire, algo que está ahí y siempre estará, sin preguntarnos cómo llegó hasta nosotros o cuánto costó crearlo.

«Tienes que hacerlo por amor al arte»

Detrás de cada libro, de cada canción, de cada cuadro, hay horas de trabajo, de dudas, de páginas tachadas y acordes descartados. Hay alguien que sacrificó horas de sueño y estabilidad para que otros puedan disfrutar de ese momento perfecto en el que una frase los golpea o una melodía los salva.

«Tienes que hacerlo por amor al arte»

Pero el «amor al arte» no paga facturas. Quizá, si la gente empieza a tratarlo como lo que es, un trabajo, una entrega, una parte de alguien puesta sobre la mesa; el artista podría, al menos, permitirse vivir de lo que crea.

O, mínimo, llorar en un sofá cómodo.

Mi padre sabía cómo funcionaba ese mundo y trató de advertirme con la delicadeza de un puñetazo envuelto en papel de regalo barato.

Mi madre fue menos dura. De vez en cuando me llamaba para preguntar si necesitaba algo, aunque sus palabras siempre tenían un tono frío. Dejándome la certeza inconfundible de que me hablaba por obligación, no por cariño. Una llamada programada, sin corazón, como quien riega una planta muerta para cumplir con el ritual. Apuesto a que lo tenía en su lista de tareas escrito como: llamar a la hija descarriada y no preguntar demasiado.

Recorro la sala y encuentro el viejo piano, exiliado en una esquina, con la tapa levantada y las teclas amarillentas.

Me acerco y, por curiosidad, presiono una.

El sonido que sale es débil, triste, desafinado. Como un suspiro que se rindió a mitad de camino.

¿Por qué estoy aquí?

Heredé esta casa porque, después de que mis padres murieron, de repente nadie sabía qué hacer con ella. La iglesia, en su infinita objetividad, sugirió que lo mejor sería donársela a ellos. Por suerte, alguien tuvo la gentileza de recordarles que el matrimonio Velasco tuvo una hija. ¡Sorpresa! Así que me quedé con la casa, casi por accidente.

—¿Ella vive?
—Supe que es médico.
—Me han llegado rumores de que se casó.
—Creo que está en las drogas.
—Tendrá algún chiquillo.
—La propiedad es suya por derecho.

Subo las escaleras con cuidado. El polvo se levanta en pequeñas nubes de protesta con cada paso que doy, y las tablas del suelo crujen amenazando con lanzarme de culo al primer piso. Finalmente, llego a la habitación que fue mía, solo para encontrar la puerta colgando de una esquina del marco.

Adentro, las paredes conservan los rastros de los pósteres de bandas que fueron testigos de mis crisis de identidad adolescente. La cama sigue en su sitio, cubierta con una manta tan desgastada que pide jubilación. O eutanasia.

Me siento en el borde del colchón y el polvo se levanta a mi alrededor.

¿Qué se supone que debo hacer con todo esto? ¿Montar un museo de derrotas o prenderle fuego y bailar alrededor?

Capítulo 05

Lo que arde no se archiva

La combinación de polvo y madera vieja flota en el aire, volviendo difícil respirar. No voy a decir que mis padres se pusieron de luto como en una telenovela de las nueve, con violines y todo. Apenas crucé la puerta, hicieron limpieza exprés: lo que no entendían, a la basura; lo que parecía decente, a cajas; lo que me gustaba, a un rincón con telarañas.

Y, sin embargo, algo en las paredes me hace sentir que este cuarto siempre ha sido mío. Tal vez son las pequeñas marcas en la pintura, el sonido hueco del suelo bajo mis pies o esa forma en que la luz entra siempre en el mismo ángulo. Todo sigue aquí. Congelado en el tiempo. Atrapado en el momento exacto en que cerré la puerta, llevándome un montón de maletas, un montón de miedo que traté de disimular y la misma cantidad de sueños que, en ese momento, eran demasiado grandes para caber en esta habitación.

Pero claro, yo me creía lista para el mundo. Spoiler: no lo estaba.

No lo estoy. Tal vez nunca lo esté…

Mis ojos se detienen en las cajas que guardan los restos de mi adolescencia. El cartón, ablandado por la humedad y salpicado de manchas oscuras, parece que podría desmoronarse con solo mirarlo. El polvo se ha asentado en cada pliegue y en cada esquina, formando una capa espesa y uniforme, la evidencia clara de que han pasado años desde que alguien las tocó.

Me pregunto qué decidieron conservar, qué cosas sobrevivieron a la criba de lo «decente» según mis padres. Me acerco con cierto recelo, como si dentro pudiera encontrar algo que cambiara mi percepción de todo. Tal vez dejaron una carta, con la letra impecable de mi madre, repitiendo lo decepcionados que están porque no me convertí en cirujana. No, claro que no hay una carta, porque ellos

nunca esperaron que regresara a San Miguel y mucho menos que su casa terminara en mis manos.

Lo primero que saco son algunos libros, la mayoría de poesía: Benedetti, Neruda, Sylvia Plath. Las cubiertas están gastadas y los bordes doblados, señal de que fueron leídos más de una vez o usados como escudos contra madrugadas demasiado largas. Al pasar las páginas amarillentas, el papel protesta con un crujido suave y encuentro frases subrayadas con fuerza, algunas con tanta insistencia que la tinta atraviesa la hoja. En los márgenes hay mensajes escritos con letras apretadas y desiguales, pequeños pensamientos atrapados entre las líneas de los poemas. Supongo, que en algún momento esas palabras significaron algo para mí.

«Te odio por hacerme sentir esto»

«Si solo dejaras de gustarme tanto…»

También encuentro una pila de discos, algunos de bandas que me resultan familiares, pero otros parecen sacados de la colección de alguien más. Hay música que no me dice nada. Cantantes cuyos nombres podrían ser marcas de yogur vegano y yo no me daría cuenta.

¿Alguna vez escuché algo de esto?

Quizá es parte de alguna etapa vergonzosa que mi memoria, con gran sensatez, decidió eliminar como evidencia en un juicio por mal gusto.

Sea como sea, ahí están. Testigos mudos de una versión mía que ya no reconozco del todo, pero que tuvo el descaro de existir.

Y peor aún: de dejar huellas.

También hay fotos viejas. Y una bufanda. Dios mío, la bufanda. Huele tan mal que juro por todo lo sagrado que fue usada por un cadáver en sus primeras etapas de putrefacción. La tomo con dos dedos, como si fuera radiactiva, y sigo escarbando mi arqueología emocional hasta que, en la última caja, me estrello contra mis viejos cuadernos.

Y sí, estrellar es la palabra correcta. No fue un reencuentro, fue un choque frontal con la versión prehistórica de mí misma. Verlos ahí, apilados como si no significaran nada, me sacude como un batazo de béisbol directo al pecho.

La tinta en las portadas casi se pierde por completo, pero reconozco mi letra torpe en los títulos improvisados y en algunas páginas que se salen por los lados como si quisieran huir antes de que las relea. Los hojeo sin apuro. Total, no es que me esté esperando una vida fascinante allá afuera. Tienen pensamientos sueltos, listas inconclusas del tipo «cosas que hacer antes de los 20» y frases que, en su momento, seguro me parecieron profundas.

Hay dibujos garabateados en los márgenes: algunos me sacan una sonrisa por lo ridículos, son auténticos crímenes estéticos. Otros solo me dejan preguntándome si estaba pasando por una crisis mística o simplemente me aburría en clase y decidí que el arte abstracto era más interesante que la tabla periódica.

Después vienen los versos. Mis primeros intentos de poesía, enterrados bajo rayas, tachones y la urgencia de querer decir algo que no sabía cómo nombrar. Son caóticos, desordenados, a veces ilegibles. Como yo en esa época. Como yo ahora, si nos ponemos sinceras.

Solo que ahora sé fingir mejor que todo va bien.

No debería mirarla,
pero ahí estoy,
perdiéndome en la forma en que cruza las piernas
como si el mundo girara solo para ella.

Lo cierro de golpe, con esa urgencia de quien toca algo caliente y finge que no le quemó, aunque todavía le tiemble la mano.

Mejor busco otro.

Elijo el de la portada roja.

Roja furia.

Roja vergüenza.

Roja… yo no sé qué.

Pero en este las palabras están más limpias, más ordenadas. Cada frase parece escrita con el cuerpo recto y la espalda tensa.

Huele a tabaco y a promesas rotas,
a noches que no terminaron bien
y a mañanas que nunca empezaron del todo.

Digamos que, a medida que crecía, mi fascinación por la vecina empezó a adquirir tintes… clínicamente preocupantes.

Tampoco era una acosadora en potencia, vamos, que no me escondía detrás de los arbustos, ni le robaba mechones de pelo para hacer rituales de amor. Solo le escribía poemas. Malos, sí, pero inofensivos. Y hasta donde sé, dedicar poemas mediocres todavía no figura en el código penal.

Me acerco a la ventana y levanto las persianas rotas. La madera está astillada y las tablillas cuelgan torcidas. Una se suelta y me pega en la muñeca. Al mismo tiempo que el polvo me cae en la cara, metiéndose en mi nariz y mi garganta.

Me toma un rato dejar de toser.

Aquí hay de dos: o la casa me echa, o me asesina.

Cuando me recupero, miro hacia el jardín, encontrándome otra tarea en mi lista de quehaceres domésticos. Pero este sí que es una causa perdida. Necesitaría un milagro. Y no uno discreto, tipo aparición mariana en una pared húmeda, hablo de intervención divina con escuadra, pala y pesticida. Porque eso no es un jardín, es una zona de guerra botánica. La hierba alta y amarilla lo cubre todo, extendiéndose como vómito vegetal. Los rosales que mi madre cuidaba con devoción ahora son esqueletos de ramas secas y nudosas. La cerca está caída en una esquina, derrotada con una dignidad silenciosa, como un soldado retirado que ya no tiene con quién pelear. Y justo ahí, entre los restos torcidos, una parra silvestre ha empezado a trepar. Es la única que parece tener algún tipo de ambición en este lugar. Mientras todo se descompone, ella sube.

Miro hacia la derecha y ahí está, intacto, el jardín de los Ferrer. Verde, prolijo, casi insultante en su perfección. El césped, cortado al milímetro. Las flores, de un color tan intenso que parece que alguien les pasa Photoshop a diario. Los setos, podados con una simetría que bordea lo enfermizo, como si alguien midiera cada hoja con regla.

Y en el centro, la fuente. Lanzando agua con una calma obscena, sin apuro, sin conciencia del desastre que hay al lado.

Vuelvo a toser, esta vez ahogándome con mi propia saliva. El aire se me atasca en la garganta y las lágrimas me nublan la vista mientras intento recuperar el aliento a los manotazos, torpe y descompuesta, como un gato mojado que además tiene ansiedad.

Lucía está ahí.

Camina por el jardín con la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo y un cigarrillo largo entre los dedos, presumiendo esa elegancia involuntaria que solo tienen los que no necesitan esforzarse para ser fascinantes. Lleva una bata de seda que le roza las pantorrillas y el viento mueve suavemente la tela contra su cuerpo.

Mis dedos se aferran al borde de la ventana.

Lucía se lleva el cigarro a la boca con la seriedad de quien está por decir algo que lo cambia todo, pero sin decir nada. Traga el humo y lo suelta en el aire, despacio. Después se agacha, con esa calma que convierte cada gesto en algo sagrado y recoge una rosa del suelo. No la huele, no la mira, solo la sostiene entre los dedos.

Cierro los ojos.

—No prometo genialidades, pero acabo de escribir algo que no me dio vergüenza. ¿Lo quieres oír antes de que me arrepienta?

—Léemelo. Me gustan las cosas que no vienen con garantías, pero sí con alma.

Lucía estaba apoyada en la cerca que dividía nuestras propiedades. Llevaba el cabello suelto y el cigarrillo humeaba entre sus dedos.

—Aunque tengo una condición, después escribes uno que huela a mí.

Tenía una sonrisa en el borde de su boca cuando lo dijo. Y aunque negué con la cabeza, el rubor en mis mejillas me vendió sin piedad. El cuerpo no sabe mentir, por más que una lo entrene.

—Mi musa se pondrá celosa.

—No es mi culpa si lo que tengo para darte es más interesante —dijo, apoyando la barbilla en la mano que sostenía el cigarrillo—. Vamos, quiero escucharte.

Te deseo
como se desea un cigarro
cuando prometiste dejar de fumar,
como el último trago
cuando el bar ya está apagando las luces,
como un beso en un aeropuerto
que sabe a despedida
pero deja ganas de quedarse.

Te deseo con las manos,
con los dientes,
con ese temblor idiota
que me nace en el pecho
cuando dices mi nombre
sin darte cuenta.

Te deseo
como un incendio que empieza lento,
como el roce accidental de dos rodillas
bajo una mesa demasiado pequeña,
como el calor que queda en la boca
después de un beso a medias.

Te deseo
cuando ríes,
cuando callas,
cuando me miras
como si fueras a decir algo
y al final solo dejas el vacío.

Te deseo
sin lógica,
sin remedio,
como si desearte
fuera la única manera
de seguir respirando.

Lucía levantó la vista y me clavó los ojos. Sin aviso, sin anestesia.

—Tu poesía me tiene hechizada, Mara —dijo, alargando el brazo para colocar el cigarrillo entre mis labios—. Si así me deseas, no quiero ni imaginar cómo sería si te atrevieras a tenerme.

El calor recorrió mi rostro, alcanzando hasta mis orejas.

—Entonces no imagines —le respondí con el cigarro bailando en mi boca—. Mejor descúbrelo…

Abro los ojos y Lucía sigue ahí, en el jardín. Exactamente igual que en mi memoria.

Levanta la cabeza y por un segundo creo que va a mirarme. Que va a atraparme como siempre lo hacía. Pero en el último momento, se gira y camina hacia la casa.

Mis dedos siguen aferrados al borde de la ventana.

Respiro rápido.

El corazón me golpea la garganta.

El pasado acaba de abrir la puerta y no sé si podré cerrarla de nuevo.

Testigos del incendio ajeno

No debería mirarla,
pero ahí estoy,
perdiéndome en la forma en que cruza las piernas
como si el mundo girara solo para ella.

No debería escucharla,
pero ahí estoy,
siguiendo el ritmo de su voz
como quien sigue el humo de un cigarro
sin intención de llegar a ninguna parte.

Me pierdo en la forma en que sonríe,
en cómo se muerde el labio
cuando cree que nadie la está mirando.

Y me pierdo,
en el vértigo que provoca su cercanía,
en la sombra que deja al irse,
en ese segundo suspendido
donde el deseo y el miedo
se quedan sin aliento.

No debería mirarla,
pero entonces me mira,
y me doy cuenta
de que ella tampoco sabe cómo dejar de hacerlo.

Certezas con forma de mujer

Huele a tabaco y a promesas rotas,
a noches que no terminaron bien
y a mañanas que nunca empezaron del todo.

Camina con la calma de quien no pide permiso,
como si el mundo se detuviera solo para verla pasar.
Se acomoda el pelo con esa quietud
que solo tienen los que saben

que la última palabra siempre será suya.

Su risa es un trueno en un cuarto cerrado.
Su silencio,
una sentencia sin apelación.
Se sienta, cruza las piernas,
y el universo aguanta la respiración
como si estuviera a punto de pasar algo irreversible.

Huele a desastre
y, aun así,
me acerco.

Capítulo 06

Una vecina, tres copas de más

Un golpe seco en la puerta me arranca del sueño.

Me levanto sobresaltada, con el corazón desbocado, latiendo contra mis costillas rabioso, desordenado. Me paso una mano por la cara. Miro alrededor. Todo me resulta ajeno por un segundo.

Mierda. Me quedé dormida.

El teléfono está tirado a mi lado y desde la ventana veo que San Miguel se ha cubierto con ese manto de oscuridad densa que solo aparece cuando es demasiado tarde para todo.

Vuelven a golpear. Cinco veces.

Sin pausa. Sin paciencia.

—¿Quién demonios…? —intento prender el teléfono, pero se ha quedado sin batería—. Esto no puede ponerse peor —vuelven a golpear—. ¡Voy, mierda!

Al gritar, mi voz sale rasposa. Mal momento para recordar que no he comido y tengo los labios agrietados por la falta de líquido. Eso, y conseguir electricidad para poner a cargar mi teléfono, se convierten en mis prioridades absolutas. Justo después de darle una patada al lunático que sigue golpeando mi puerta como si acabara de empezar el apocalipsis.

Bajo las escaleras a toda prisa y abro la puerta sin pensar, porque hoy es un gran día para tomar decisiones estúpidas.

Del otro lado hay un sujeto tan blanco que me arranca un susto. Pero enseguida noto que el que está en problemas es él. Respira con dificultad, las mejillas le arden, y una gota de sudor cruza su frente. Tiene cara de haber corrido, o de haber visto algo que no debería.

—¿Tú quién…?

—¡Mara, bienvenida, bienvenida, bienvenida! —la mujer que lo acompaña me rodea con sus brazos como si nos conociéramos de otra vida— ¡Ay, qué emoción! ¡Estás más alta de lo que imaginaba!

El olor del alcohol me envuelve y tengo que sujetarme del marco para no perder el equilibrio bajo el peso de su cuerpo. Está encima de mí sin caer del todo, pero lo suficiente para arrastrarme con ella si no me agarro.

—P-perdona… es que… ella no me dio opción. Insistió en que la dejara aquí —explica el fantasma apenado.

—¿Quién…? —tengo tantas preguntas que se me amontonan en la garganta— ¿Quién demonios son usted..?

Pongo las manos en los hombros de la mujer que me abraza y la alejo, sin brusquedad, pero sin ganas de fingir que me gusta.

No esperaba bienvenidas.

Mis padres están muertos y la chica que escribe poemas en los márgenes del cuaderno nunca fue precisamente la reina del baile. Mi única amiga era Cinthia y lo último que supe sobre ella, cortesía de mi madre, en uno de sus intentos fallidos de conversación, es que se casó con un empresario extranjero y ahora vive en un rascacielos en Miami.

Entorno los ojos, tratando de encajar piezas entre el presente y algún rincón oxidado del pasado. La mujer que se tambalea parece de mi edad. Los tacones absurdamente altos y el alcohol no le están ayudando en lo más mínimo. Se mueve con torpeza, arrastrando la dignidad como si ya no le importara mucho. Y con todo, su belleza sigue ahí, destacando en el desastre.

Usa un vestido negro corto que le cuelga torcido de un hombro. El cabello oscuro le cae sobre la cara, y al levantar la cabeza, sus ojos marrones se fijan en los míos.

—¿Quién es ella?

El hombre gira los ojos hacia un lado, casi de forma instintiva.

—Tu vecina —susurra con esa voz temblorosa de quien cree estar compartiendo una contraseña peligrosa.

No importaba que solo moviera los labios; entendería esa palabra al instante.

—¿Qué…?

—¡Volviste! ¡Por fin volviste! —chilla la desconocida con los ojos brillando y antes de que pueda reaccionar ya está encima de mí otra vez.

—Lo lamento, de verdad… ella estaba ebria, los amigos desaparecieron y… no podía dejarla sola. Y me dijo, así, sin más, que tenía que venir a verte, no quiso llegar a su casa. Yo solo… la traje.

Ella sisea y se lleva un dedo a los labios.

—No es asunto tuyo, Blancanieves —le dice con una mueca de fastidio—. Así que mejor das media vuelta y te largas.

Y como si quisiera ahuyentar a un perro, se agacha para recoger una piedra y lanzársela. Por suerte para él, está tan ebria que ni siquiera logra incorporarse del todo. El lanzamiento es torpe y la piedra aterriza en sus pies.

—¡He dicho largo! ¡Largo!

Tengo que sujetarla antes de que intente agarrar otra piedra y él aprovecha para alejarse.

—Lo lamento… —dice, me queda claro que va a huir.

—¡No, espera! —digo mientras intento zafarme de la tonta ebria que se me cuelga como si yo fuera su salvación— ¡No tengo idea de quién es!

—M-mira… yo ya hice lo que tenía que hacer. E-en serio, tengo que irme.

—¿Y qué se supone que haga yo con ella?

—¿Darle agua? Que duerma un poco… No lo sé… solo… buena suerte, supongo.

—¡Espera!

De poco sirve que le grite. Se da la vuelta y sale corriendo, tropezando con sus propios pies.

—¡Oye, estás aquí! ¡Estás aquí-estás aquí-estás aquí! —la moción la mantiene al filo de las lágrimas— ¡Volviste, poemierda!

Ese apodo me deja mareada. Entrecierro los ojos y la miro con más atención.

No puede ser…

Pero ahí está.

—¿Camila?

Ella levanta los ojos y sonríe, con esa sonrisa desordenada que solo alguien muy borracho puede soltar.

—¡Te perdiste tu fiesta de bienvenida! —exclama con los ojos brillosos— ¡Había pastel! ¡Y luces de colores!

—¿Tú… tú eres Camila Ferrer? —pregunto, sabiendo la respuesta, pero necesitando que suene en su voz y no solo en mi cabeza.

—¡Dependeee! —dice, arrastrando las palabras— ¿Quién pregunta?

—Mierda —susurro.

Camila suelta una risa suave y se desliza por el marco de la puerta hasta quedar sentada en el suelo. No cae, se rinde.

—¿Tienes algo para beber? —pregunta estallando en carcajadas.

—Dios… —susurro— Anda a casa. Estás fatal.

Camila abre la boca. Parece que va a decir algo, una palabra, una excusa, una revelación… lo que sea.

Pero no alcanzo a saberlo.

Se desmaya. Así, sin más.

Genial.

—¡Ey, ey! —me inclino y la sacudo por el hombro— No te duermas aquí.

Camila abre los ojos apenas un poco y suelta un sonido raro. No sé si está intentando hablar o si simplemente le duele existir.

—Despierta —le digo, dándole una palmada en la mejilla, sin mucha paciencia.

Nada. Ni un parpadeo.

Me paso las manos por la cara. ¿Por qué a mí? ¿Qué karma estoy pagando y por qué con intereses?

—¿En qué carajo estás metida? —murmuro, más para mí que para ella.

Intento levantarla, pero está completamente floja. Su cuerpo se desliza hacia un lado, y termino en el suelo, medio encima de ella, tratando de sostenerla para que no se golpee la cabeza. Porque solo eso me falta: que Camila Ferrer se fracture el cráneo en mi pórtico.

—Camila. ¡Demonios! Tienes que levantarte.

—Mmmm… —gime, con los ojos cerrados.

—¡Carajo!

Ni siquiera tengo agua. ¿Y se supone que ahora debo encargarme de la niña más mimada de San Miguel? Seguro que Cinthia me aconsejaría que la deje ahí mismo, sobre un buen montón de heces de perro, y que le saque una foto para la posteridad.

—¡Bieeeenvenidaaa… poemierda! —abre los brazos.

Ese apodo me provoca un gruñido en el estómago que no tiene nada que ver con el hambre, y lo de las heces de perro poco a poco deja de sonar tan descabellado.

—Tienes que irte a tu casa —le digo, mientras intento levantarla.

Pero es un bulto. Pesado, torpe y apestoso a cantidades insanas de alcohol. Moverla requiere más energía de la que tengo, y más paciencia de la que jamás me molesté en desarrollar.

—Tu casa es fea —dice de repente.

—Lo sé —respondo, rodando los ojos—. Ayúdame, anda… vamos.

—Digo… no es que me importe —ni siquiera se molesta en moverse, ni en abrir los ojos— Pero sí, es fea. Fea con ganas.

—Ya entendí el punto —resoplo, exasperada.

—¡Mi mamá estaría encantada de ayudarte a arreglarla! —dice de golpe, segura de que ha tenido la mejor idea del universo.

Siento una sacudida intensa en el pecho. Como si algo adentro se hubiera movido sin permiso.

—¿Tu mamá? —pregunto, haciendo el mejor esfuerzo por sonar indiferente.

—Ajá —pareciera que las palabras le pesan en la lengua— Les dijo en el comité... en el comité… ¡les dijo que la casa era tuya! ¡TUYA! —levanta el dedo señalando algo que no está ahí— Porque el padre Elías se la quería quedar. ¡Te lo juro! Pero ella se puso de pie y dijo: ¡No, es de Mara! —hipea— Y después dijo que era una pena, que la casa se estuviera cayendo a pedazos. Y dijo... dijo que ojalá...

Un escalofrío me sube por la espalda. No uno suave, no de esos poéticos. Uno real, eléctrico.

—¿Ojalá...? —necesito saber más, le doy un toque en el hombro. Pero no reacciona. Parece que ha vuelto a dormirse.

¿Lucía me trajo de regreso? ¿Ella me recuerda?

Le doy un golpecito en la mejilla.

—¿Tu madre habló de mí?

Camila abre los ojos lento, evaluando si vale la pena volver y me mira con una expresión entre divertida y curiosa.

—¿¡Pero por qué te importa, eh!?

—No me importa —digo demasiado rápido. Tan rápido que hasta yo lo noto.

Camila sonríe.

—¡Claaaro que no! —exclama con una risa que se le quiebra antes de llegar a la mitad— ¡No te importa en absoluto, obvio!

Se acomoda en el piso, estirando las piernas.

—No puedes quedarte aquí, ni siquiera tengo agua. Te voy a llevar a tu casa, y ya veremos si no me arrepiento en el camino

—¡Querías verme! —grita de pronto.

Frunzo el ceño.

Aunque fuimos vecinas desde que nacimos, ella y yo nunca orbitamos el mismo planeta. No cruzamos palabra. Nunca. Y dudo seriamente que sepa cómo me llamo.

—Claro —murmuro, goteando sarcasmo—. Intenta levantarte, no puedo hacerlo sola…

—Te gusto. Siempre te gusté… siempre… —susurra y, sin más, regresa a un estado de inconsciencia.

Está claro que me toca encargarme sola.

Con un esfuerzo considerable logro ponerla de pie y paso su brazo por encima de mis hombros. Camila me deja caer todo su peso sin la menor intención de colaborar.

Sí, ya estoy en San Miguel.

Capítulo 07

Un billete por cada error

Camila Ferrer.

¿De dónde saca que me gusta? Seguro se bebió un bidón de gasolina con hielo.

Todo lo que recuerdo de ella es que era una niña pedante, insoportable y con una habilidad natural para irritarme incluso sin abrir la boca. Se movía con un aire de superioridad que parecía traer instalado de fábrica. De esas personas que nacen convencidas de que el mundo está ahí para servirles el desayuno, y si es con jugo natural exprimido a mano, mejor.

Además, lo miran todo de una forma condescendiente, haciéndote sentir que te están haciendo un favor solo por existir en el mismo plano.

Me escrutaba desde su jardín, con las manos en las caderas y el ceño fruncido, como si yo estuviera respirando de más el aire que le pertenecía a su familia. Si me atrevía a mirarla por más de cinco segundos, sonreía de lado, como si hubiera ganado algún juego secreto que ni siquiera sabía que estábamos jugando.

Y ahora está aquí.

Tirada. Inútil.

Y tengo que cargarla, porque está tan ebria que ni siquiera puede sostenerse por sí misma.

Suelto un suspiro mientras cruzo el patio, tambaleándome bajo su peso.

Esto no es mi problema.

Debería dejarla tirada, meterme en la cama y fingir que nada de esto pasó. Final feliz. Créditos.

Y tal vez una nominación a mejor decisión de mi vida.

Pero si la dejo aquí, alguna vecina chismosa va a aprovechar la oportunidad. Y mañana las señoras de la plaza estarán murmurando

todo tipo de teorías escandalosas sobre la única hija de los Ferrer.

Y no vamos a fingir que esta no es una excusa milagrosamente servida por el destino para ver a Lucía.

No. Tengo que concentrarme. Yo no vine a esto.

Tengo que vender la casa y huir con el dinero antes de que el fantasma de mi padre le susurre al sacerdote del pueblo que me la quite en nombre de la moral, la tradición y los buenos valores de San Miguel.

—Más te vale no meterme en líos —le digo como si me pudiera entender.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, Camila se endereza un poco.

—No —dice de repente, con la voz rasposa y los ojos abiertos como platos—. Si mi mamá me ve así… me mata. Me m…. —se lleva las manos a la cara— ¿Estoy muy borracha? ¡Estoy muy borracha! Necesito agua… o una mamá nueva.

—No es mi problema.

Estiro el brazo para tocar el timbre, pero Camila se me cuelga. En su intento por detenerme, casi terminamos las dos de cara a la acera.

—¡Diablos, niña! —suelto, ya al borde—. Mira, es muy tarde, no pienso meterme en tus dramas. Por mí puedes dormir en la calle si quieres…

Levanta la mano, rebusca en su bolso con esa lentitud dramática que solo los borrachos dominan, y saca unas llaves.

—Sé cómo entrar. Solo… ilumíname con el teléfono.

Muestra una sonrisa triunfal. Apuesto a que cree que acaba de salvarnos a las dos, cuando en realidad solo está evitando que la deje tirada.

—¿Estás segura de que esto es una buena idea?

—¡Obviooo! —su tono lo dice todo. No es una buena idea. Ni cerca.

Saco el teléfono y trato de encenderlo.

—Está muerto —murmuro, torciendo la boca— Sin batería, no hay electricidad en casa.

Camila se apoya contra la reja, tanteando la cerradura con esa mezcla de fe ciega y torpeza que solo tiene quien ha decidido improvisar con la vida.

—Qué pena…

Y entonces, en un arranque de agilidad que no encaja con su borrachera, me arranca el teléfono de las manos.

—¡Oye!

—Nos vemos adentro.

Logra abrir la reja y le toma exactamente un segundo cruzarla y cerrármela en la cara.

—Pero ¿qué…? —suelto, acercándome rápido.

Intento abrirla, pero no cede. Agarro las barras de hierro con ambas manos y las sacudo. Nada. La cerradura es vieja pero resistente.

—¡Camila! —le grito— ¡Abre la maldita puerta!

—¡Bueeenas noooches, Maraaa! —canta ella, arrastrando las sílabas.

—¡No es gracioso! ¡Dame mi teléfono!

Desaparece en la oscuridad.

—Hija de…

Respiro hondo y miro alrededor. La reja es alta, de esas antiguas, con puntas en la parte superior que fueron diseñadas para disuadir a cualquiera de intentar treparla. Pero mi otra opción es tocar el timbre y enfrentarme a Lucía.

Y, siendo honesta, eso lo tengo que ensayar o no voy a sobrevivir.

—Genial…

Me quito la chaqueta y la lanzo sobre las puntas para no cortarme las manos. Luego me aferro a la estructura metálica, apoyo el pie en un travesaño y la reja cruje bajo mi peso, pero no me detengo.

—Vamos… —susurro entre dientes, animándome.

Llego casi a la cima. Intento pasar una pierna, pero el borde del pantalón se engancha en una punta.

—Mierda —me quejo.

Tiro de la tela. Nada. Me impulso hacia delante y…

Los vaqueros se desgarran. Siento un pinchazo en la pantorrilla cuando la punta de la reja roza mi piel desnuda.

—¡Mierda!

Finalmente, consigo soltarme y caigo sobre el césped, ruedo un poco y termino de espaldas, sin elegancia ni gloria.

Me quedo ahí tumbada un momento, mirando el cielo, respirando como si hubiera corrido un maratón y maldiciendo a Camila, a San Miguel, y de paso a mi versión idiota que pensó que esto podía salir bien.

—Me va a pagar por esto —bisbiseo, con la respiración agitada.

Me incorporo y camino hacia la puerta que dejó entreabierta.

Adentro, el silencio es total. Tan perfecto que incomoda.

Las luces tenues de algunas lámparas envuelven el interior con esa calidez falsa que solo existe en hogares de ricos y en catálogos de muebles.

A diferencia de mi casa, aquí todo está ordenado. Ofensivamente ordenado. Nada fuera de lugar. Nada que desentone, que estorbe, que diga «aquí vive alguien». El piso de mármol brilla con esa prepotencia que tienen las superficies que nunca se ensucian. Las paredes exhiben arte moderno, de ese que cuesta una fortuna solo porque nadie se anima a decir que es una mierda, y fotografías enmarcadas que gritan «familia perfecta».

—¡Eso fue rápido! —suelta entre risitas.

Camila avanza tambaleándose por el pasillo, exhalando esa seguridad absurda de quien nunca ha tenido que lidiar con consecuencias.

—No es gracioso —le reclamo en voz baja— ¡Devuélveme el teléfono!

Empieza a subir las escaleras ignorándome, y mi instinto asesino abre un ojo, se estira, y decide que hoy sí tiene ganas de trabajar.

—Voy a llamar a tu madre —la amenazo.

Ella continúa como si ni siquiera habláramos el mismo idioma.

O compartiéramos la misma realidad.

La sigo, maldiciendo por lo bajo, hasta que entra en una habitación y se deja caer de espaldas sobre una cama enorme.

—Devuélveme el teléfono —ni siquiera intento sonar amable.

Camila estira la mano hacia mí, sosteniendo el teléfono entre dos dedos.

—Ven a buscarlo —el brillo de sus ojos me advierte, que tenga cuidado.

—Es un poco tarde para tus juegos —me acerco y le arranco el teléfono de las manos.

Camila suelta una risita y me mira desde la cama, con los labios ligeramente entreabiertos.

El efecto del alcohol es evidente en sus ojos, pero aún es capaz de mantener el contacto visual.

—¡Sabes que me gustabas cuando éramos más jóvenes, ¿no?! —dice de golpe, porque se le está acabando la energía, no porque quiera ser discreta.

La mano se me congela sobre el teléfono.

—Estás borracha.

—¡Sí, obvio! Pero eso no significa que no sea cierto —sonríe arrogante—. Me gustabas y yo te gustaba.

Su mano roza mi muñeca, y un escalofrío me sube por el brazo sin pedir permiso. Pero antes de que pueda responder, cierra los ojos y su respiración se vuelve lenta.

Se queda dormida.

Suelto el aire que ni sabía que estaba conteniendo y me paso una mano por la cara, intentando borrar lo que ha dicho. Spoiler: no funciona.

—Mierda.

Tomo la cartera que cuelga de su costado, para hacer una «limpieza». Adentro hay unas monedas, tarjetas de crédito… y billetes.

—¿En serio? —susurro sacando un fajo doblado con descuido.

Miro a Camila. Sigue dormida, respirando como si no le debiera nada al mundo. Por alguna razón su actitud relajada me irrita.

Deslizo los billetes entre mis dedos. ¿Cuánto hay? ¿Cinco mil? ¿Diez?

Pienso en mi cuenta bancaria, en la casa que se cae a pedazos, en el agente inmobiliario que me dijo que no recibiré ni la mitad de lo que espero.

Pienso en todo eso mientras doblo el dinero y lo meto en el bolsillo trasero de mis jeans.

Cierro la cartera y la acomodo de nuevo en su bolso, tal como estaba.

—No lo notará —susurro, más para convencerme que para justificarme, y la miro una última vez.

Sigue dormida. Sigue respirando con esa calma que suena a burla.

Ya está. Me largo de aquí.

Capítulo 08
La misma, pero más cerca

Empiezo a bajar las escaleras, con el teléfono apretado en la mano y el corazón todavía latiéndome fuerte en las sienes. Si logro salir sin hacer ruido, tal vez esto quede en el archivo mental de anécdotas incómodas que mi cerebro, por amor propio, decidirá borrar con el tiempo.

Estoy a medio pasillo, ya saboreando la salida, cuando una voz quiebra el silencio detrás de mí.

Una de esas voces que no solo llaman, sino que te atrapan por la garganta.

—¿Tú… quién eres?

Me congelo.

El aire se vuelve espeso de golpe y todo en mí se tensa. Giro la cabeza, despacio, con el corazón golpeando fuerte, empeñado en abrirse camino a patadas.

Ahora la que se va a desmayar soy yo.

Lucía Ferrer está ahí, de pie en el umbral. La luz del pasillo marca su silueta con una precisión que me incomoda, como si la escena estuviera ensayada y yo fuera la única sin guion.

Lleva una bata de seda marfil que apenas le cubre los hombros y cae suelta sobre su cuerpo. Está descalza. El cabello lo tiene recogido en un moño mal armado, y algunas hebras grises se le escapan por la frente, con esa clase de desorden que no arruina nada, solo lo mejora.

—Te hice una pregunta —su voz es baja, casi un susurro, pero hay algo en ella que me obliga a enderezarme— ¿Quién eres… y qué haces en mi casa?

Sostiene un cigarrillo entre sus dedos, y el humo se eleva en espiral hacia el techo. Casi puedo escucharlo riéndose de mi drama.

—Yo… yo… no… —las palabras me salen como si tropezaran entre ellas.

Lucía ladea la cabeza con esa delicadeza medida que da más miedo que un grito. Está tratando de ubicarme. Seguro busca mi cara en el catálogo de amistades de su hija.

—Encontré a Camila… bueno, más bien me la dejaron en la puerta como si fuera un paquete mal embalado —digo, sin saber si reír o preocuparme— Está un poco borracha… o muchísimo, no sé. No conozco al tipo que la trajo, parecía más asustado que culpable. Creo que dijo que sus amigos la dejaron sola. No me dio más información y, la verdad, no sabía qué hacer…

Me mira evaluando. Calculando. No parece asustada. Solo quiere saber si soy una amenaza o una molestia más. Tiene el ceño fruncido, lo suficiente para incomodarme sin decir una palabra. Me escanea de arriba abajo con una mirada tan fría que siento a mis extremidades firmando un tratado de rendición.

—Así que decidiste entrar a mi casa.

Suena a que está a punto de llamar a la policía y arruinarme la vida. Cárcel. Foto con fondo gris. Nombre en el noticiero local. Todo el pack.

—Bueno, sí… pero…

Se acerca, y yo me derrumbo en cámara lenta por dentro.

El cigarrillo danza entre sus dedos. La bata ondea con cada paso, y sus pies descalzos apenas hacen ruido sobre el mármol. Avanza como un fantasma refinado. Yo respiro como si hubiera corrido tres maratones y perdido los tres.

Se detiene justo enfrente. Levanta una mano y me toma del rostro. Su pulgar se desliza con suavidad por mi mejilla y el aire me abandona.

Mi corazón golpea tan fuerte que empiezo a pensar que esto ya cuenta como emergencia médica.

—Mara Velasco —susurra.

Carajo.

La próxima vez que decida colarme de madrugada en casa de mi vecina, debería recordar que los poetas no tenemos seguro médico.

—Ha pasado tanto… y, al mismo tiempo, parece que fue ayer —comenta, como quien recuerda con el cuerpo más que con la memoria.

Me quedo paralizada.

El calor de su mano en mi cara, el roce lento del pulgar en mi mejilla, el olor a tabaco y sándalo suspendido entre nosotras… todo vibra con esa extrañeza que tienen las cosas que no deberían estar pasando, pero igual pasan.

Lucía sonríe. No es gran cosa. Solo una curva minúscula en la comisura de los labios. Pero la noto. Y con eso basta.

—No puedo creerlo… —dice en tono suave.

Su pulgar baja hasta la línea de la mandíbula. Y yo, nada. Ni una bocanada de aire. Me convertí en una planta.

—Entonces… ¿la llevaron a tu casa? —pregunta, sin dejar que el hecho de haberme reconocido altere su tono.

—Sí —respondo, intentando atajar los pensamientos antes de que se me desparramen— Le preocupaba que… que usted la viera en ese estado. Yo… yo no sabía qué hacer, la verdad. No soy buena salvando a nadie. Apenas si puedo conmigo…

Lucía asiente. Tranquila, segura, demasiado. Ese tipo de calma que hace que el resto del mundo se tense por reflejo.

—Ya veo.

Da una última calada al cigarrillo, se inclina y lo apaga en el cenicero de la mesita cercana. Luego se acomoda la bata sobre el hombro con un gesto que ha roto matrimonios, interrumpido funerales y provocado motines. Es de esas mujeres que no solo conocen su efecto: lo perfeccionan cada mañana y lo cargan al salir, como un arma lista para usarse.

—Has crecido —observa con naturalidad, sin mostrar nada más que el hecho en sí.

Trago con nerviosismo.

—Sí. El tiempo hace esas cosas raras… crecer, romper, alejar —mi voz tiembla como una hoja que no quiere caer.

Lucía sonríe, y algo en esa curvatura tranquila de sus labios me deja claro que el chiste soy yo.

—Pero sigues siendo la misma — deja que sus ojos se detengan apenas un instante en mi boca.

Todo a mi alrededor pierde nitidez.

—¿La misma? —repito, porque no se me ocurre otra cosa.

—Todavía te comes las uñas…

Miro mis manos. ¿Cómo diablos ha visto…?

—Y te sigue delatando el pulso cuando me acerco —murmura, sin apartar la mirada.

Un nudo se forma en mi estómago.

—Me preocupaba que llamara a la policía…

Lucía humedece sus labios, aunque tal vez es más preciso decir que los acaricia con su lengua.

—Es de madrugada, estás en mi casa… y no fuiste invitada… aún puedo llamar a la policía. Pero no quiero. Todavía.

Esa forma de mirarme... tan tranquila, tan dueña de todo, tan Lucía, me desarma.

Tiene la calma letal de las depredadoras que ya comieron, pero igual te huelen el miedo. Esa arrogancia que convierte cualquier gesto en sentencia.

Y yo ahí, inmóvil, con la piel arrancada con pinzas y el alma expuesta, temblando bajo la luz cruda de su mirada.

—Tampoco has cambiado —digo en voz baja, mirando al piso.

—¿No?

—Todavía fumas —me muerdo el labio— Y sigues disfrutando ponerme nerviosa…

Se inclina hasta quedar a un suspiro de distancia. El calor de su respiración roza mi rostro y se filtra hacia mi cuello. No hay contacto, pero mi cuerpo reacciona como si ya lo hubiera sentido.

—Entonces no te olvidaste de nada importante…

Mi pecho sube y baja, desbocado.

Claro que me acuerdo de ella.

No hubo un solo maldito día en que no lo hiciera.

Ambas sonreímos y solo falta una hoguera ardiendo entre nosotros para completar el cliché.

Somos dos trenes mirándose de frente, sin intención de frenar. Sabemos lo que viene. Y, aun así, apretamos el acelerador.

—Te quedarás un poco más —no lo pregunta, es una invitación con la respuesta ya escrita.

Retrocede un paso, levanta la mano y se acomoda el cabello con esa elegancia distraída que convierte cualquier gesto en amenaza o promesa.

—No creo que sea… —la frase se me muere en la boca. ¿Con qué excusa me voy? ¿En realidad quiero irme?

—Si hay algo más interesante que esto… —se gira con una calma ensayada—, no me tomaré el atrevimiento de retenerte.

Camina lento, y su bata acaricia el piso con cada paso.

—Es tarde…

—Voy a preparar café.

Se detiene en el umbral, apoya una mano en el marco y me lanza una mirada por encima del hombro.

—Si decides irte, me quedo con el placer de haberte visto de nuevo… y con la duda deliciosa de lo que podría haber pasado si te quedabas.

No espera una respuesta.

No la necesita.

Asume que voy a seguirla.

Y lo peor es que tiene razón.

Capítulo 09
Solo piel. Solo fuego. Solo

La cocina es elegante, sí, pero no de esas que da miedo ensuciar. Hay señales de uso: una mancha en la madera, una taza mal puesta, un cuchillo fuera del bloque. Aunque sigue teniendo ese orden inquietante, pareciera que alguien con TOC la limpia entre crisis existenciales.

Lucía está de espaldas. La bata se le escurre por la piel con cada movimiento, pegándose y soltándose, como si también la deseara y no quisiera dejarla ir.

—¿Azúcar? —pregunta sin mirarme.

—Ah… no. Solo negro, está bien —la voz me tiembla lo justo para delatarme.

Sirve el café en dos tazas de porcelana blanca con bordes dorados. Después abre un pequeño mueble, saca una botella de vidrio y deja caer un chorro de líquido ámbar en su taza. Ni piensa. Ni duda. Su rutina está clara.

—¿Eso es…? —pregunto, con una ceja en alto.

—Brandy —responde con calma— A esta hora, el café solo, es casi una grosería.

Le da un trago lento a la taza y se apoya en la encimera, cruzando los brazos bajo el pecho y la bata, traicionera, se corre lo justo para dejar ver un trozo de piel entre el cuello y el hombro, una insinuación mínima, pero suficiente para incendiar la imaginación.

—Te he leído, ¿sabes? —sus ojos oscuros me recorren por encima de la taza.

Este es ese segundo en el que el mundo podría tragarme entera y no me quejaría.

—¿Perdón? —cuestiono, esperando que haya sido un malentendido. O un delirio auditivo. O las dos cosas.

—Tus libros —explica, con ese tono tan medido que ya no sé si está siendo amable o disfrutando en silencio de mi colapso— Los he leído. Todos.

Y ahí va mi cara, ardiendo como si esto no fuera ya lo suficientemente humillante.

—Oh… bueno… —digo, con la voz rota en pedacitos— No pensé que… tú…

—Fui tu primera fan —acaricia el borde de la taza con la yema de los dedos— ¿Por qué te sorprende tanto?

—No, es solo que… —agito las manos, en ese gesto inútil de quien quiere arreglar algo que ni siquiera ha roto— Ha pasado mucho tiempo…

Acerca la taza a su boca, pero no bebe. La deja ahí, apenas tocándole los labios, haciendo que el café parezca excusa.

—El cuerpo es un poema cuando arde —recita, con una voz tan suave que se me mete debajo de la piel sin pedir permiso.

Empiezo a mover el pie. No lo controlo yo. Es la ansiedad tocando el timbre con insistencia.

—Cuando las manos se pierden en la geografía urgente de otra piel —continúo el poema— Ni siquiera recuerdo cuándo lo escribí —me encojo de hombros— Tal vez mi café tenía brandy

El cuerpo es un poema cuando arde,
cuando las manos se pierden
en la geografía urgente de otra piel,
cuando la boca encuentra su sitio
en el borde de un suspiro.

Tus dedos trazan versos
en mi espalda desnuda,
cada jadeo es una rima sucia,
cada mordida una palabra nueva
que se queda pegada al paladar.

La lengua explora,
tropieza,
descubre el ritmo entre tus piernas

y el eco de tu respiración
se convierte en un estribillo animal.

Me pierdo entre tus caderas,
entre el temblor de tu nombre
cuando se estrella en mi boca,
entre el calor que nos devora
sin tregua ni rima.

El cuerpo arde,
y arde bien,
sin metáforas ni pudor,
solo piel,
solo fuego,
solo el poema
que escribimos con saliva.

Lucía inclina la cabeza y me clava una mirada que parece hecha para incendiar habitaciones.

O personas.

—Tu musa se ha vuelto más atrevida —dice con una media sonrisa— ¿Y tú?, ¿qué tal?

No puedo pensar. Estoy sudando en sitios que no deberían sudar por una conversación.

—Espero ser igual de impresionante —me aclaro la garganta— Supe que debo darte las gracias por la casa.

Deja la taza en la encimera y se acerca lo suficiente para que su perfume a tabaco llene el aire, como si tuviera derecho de propiedad sobre el oxígeno.

—¿A mí? —murmura, como quien juega a fingir que duda, solo para disfrutar del momento en que le confirmen lo obvio.

—Gracias por impedir que los vecinos se la rifaran en secreto.

—No necesitas agradecerme… en realidad lo hice para ahorrarme el horror de tener una iglesia al lado —su rostro se contrae al arrugar la nariz— En todo caso, salimos ganando las dos. ¿Vas a venderla?

Trato de no mirar. De verdad. Pero la manga sigue deslizándose, y con cada centímetro aparece más escote del que mi fuerza de voluntad puede manejar.

—Sí. La idea es limpiar, arreglar lo que no se caiga solo y ver qué se puede salvar —respondo— Tranquila, voy a incluir una cláusula para evitar que la conviertan en iglesia.

Nos miramos. Sonreímos. Un segundo de tregua entre todo lo que no decimos.

—Va a ser complicado ponerla en orden —dice con esa calma suya que convierte lo improbable en inevitable—, aunque no descarto echarte una mano. Puede que hasta lo disfrute.

Me toma por sorpresa.

—¿Tú? ¿De verdad?

Me mira con ternura mal disimulada. Esa que se escapa cuando alguien dice algo ingenuo… o estúpidamente honesto.

—No hace falta que me agradezcas… siempre encuentro la forma de que todo me resulte conveniente —dice, con un destello en los ojos.

—En cuanto la veas de cerca, te vas a arrepentir de haberte ofrecido —le suelto.

Lucía apoya una mano en la encimera y se inclina. Y ahí se va mi atención, sin frenos ni vergüenza, directo al comienzo de su escote.

Bonito. Inapropiado. Inevitable.

Una trampa bien armada, y yo cayendo con gusto.

—Vale la pena correr el riesgo… —responde— Digamos que tengo curiosidad por ver cómo termina esta historia.

Siento una vuelta en el estómago, de esas que avisan que el desastre está en camino… y que encima es mi culpa.

—¿Y si termina mal? —pregunto. Muy bajito.

—Entonces habrá valido la pena.

Su mano, aún apoyada en la encimera, se desliza despacio hacia la mía. Sus dedos apenas me tocan. Ni siquiera es un roce, es la insinuación de uno.

Y, aun así, me olvido de cómo se respira sin parecer idiota.

—¿Qué harías si dijera que no? —no sé si quiero la respuesta, pero ya es tarde para no hacer la pregunta.

Nuestras rodillas se tocan. Es un roce casual en apariencia, pero el calor que deja no tiene nada de inocente.

—No lo dirás —susurra.

Sus dedos recorren mi muñeca, lentos, atentos. No pregunta hasta dónde puede llegar, lo va descubriendo.

—¿Segura?

Gira levemente la cabeza y me mira sin parpadear. Hay algo en sus ojos que no avanza, pero tampoco retrocede. Y me tiene atrapada justo ahí.

—Completamente.

Su pulgar traza un semicírculo sobre el interior de mi muñeca, dejando un rastro que mi piel memoriza al instante, por si no vuelve a pasar.

—Podría decirlo solo para llevarte la contraria —intento sonar firme, pero la voz no coopera.

Se acerca, hasta que su aliento me roza la oreja.

—Podrías. Pero no lo harás.

Me acaricia el cuello con la respiración y los ojos se me cierran solos. Su pulgar no deja de moverse sobre mi muñeca, insistente. Y cuando sus labios tocan el borde de mi oreja, ya está. Algo adentro se enciende, y no tengo idea de cómo apagarlo.

—Sigues siendo igual de arrogante.

Siento su sonrisa en la piel.

—Sigues acercándote sin darte cuenta.

Es cierto. Estoy más cerca de lo que debería. Las rodillas se tocan y, para hacer todo peor, mi mano está encima de la suya.

—Yo podría apartarme —digo— Tú, en cambio, no puedes dejar de ser arrogante.

Su sonrisa se amplía.

—Jamás te apartarás… eres demasiado…

—¿Educada?

Alza una ceja.

—Vamos a dejar esa palabra por ahora —sus dedos poco a poco se van amoldando entre los míos.

Mi respiración se vuelve difícil de controlar.

—Lucía… —murmuro.

—Dime que pare.

No lo hago.

No puedo.

—Entonces, creo que voy a ayudarte con esa casa —declara.

Y retrocede. Con la calma de alguien que sabe exactamente qué está haciendo, que sabe que nada ha sido accidental.

—He preparado una habitación para ti —dice sin darle mucha importancia— Arriba, la segunda puerta a la derecha, la que queda justo al lado de la habitación de Camila.

—No… no eso es demasiado… —me pongo de pie, algo torpe— Te lo agradezco, pero…

—No sigas el camino de la necedad a esta hora —me dice, esta vez con un tono que no admite réplica— Tu casa se está desmoronando. Dime, ¿tienes al menos electricidad?

Aprieto los labios. Sé que es lo mejor, y ella también lo sabe, por eso no hay bromas, ni juegos, ni miradas llenas de segundas intenciones.

—Toma lo que necesites —dice caminando hacia la puerta— Descansa, Mara.

Capítulo 10

Brandy en la boca ajena

Me encontré con ella
como quien tropieza con un fantasma,
o un deseo que siempre se quedó a medio camino,
o esa tensión antigua
que se guarda en miradas largas
y despedidas que tardaban más de la cuenta.

Es humo y brandy.
Es pecado sin confesión.
Es esa sonrisa torcida
que siempre se detiene
a un centímetro de mi boca.
Es una voz que me nombra
sin llamarme.

Nunca me ha tocado.
No todavía.
Pero su cercanía enciende lugares
que creía dormidos.
Se sienta frente a mí,
y todo el cuerpo se me adelanta.

La miro
y el aire se llena de electricidad.
Ese espacio mínimo entre su aliento y el mío
deja claro que no respiramos:
nos contenemos.

Sus dedos giran la taza
como si giraran mis ganas.
Me observa con esa calma sucia,

la de quien imagina despacio
y sabe hacerlo bien.

No hay historia entre nosotras.
Solo espacios que se calientan demasiado,
noches donde nos fuimos con otras
pero pensándonos en silencio.

El aire se espesa
con todo lo que no ha pasado.
Con el roce que no se dio.
Con las veces que imaginé
sus manos en mi cintura
y su boca preguntando sin palabras.

No debería temblar así.
Pero la forma en que me mira
me desarma sin tocarme.
Y la forma en que no me toca
me deja ardiendo.

Es solo un café,
me digo.
Pero en sus ojos
ya están pasando
todas las cosas que aún no han pasado.

Y mis piernas,
las traidoras,
ya se están abriendo paso
hacia lo que no fue,
pero no deja de querer ser.

Capítulo 11

Solo vine a limpiar, lo juro

Cierro el cuaderno de un golpe, con esa teatralidad que uno se reserva para cuando nadie lo está mirando y lo lanzo al costado. Recupero el trapo y me concentro en el polvo que cubre la estantería, rezando, sin fe, para que frotar mugre sea terapia low cost. Que borrar suciedad me borre a la vecina. Que limpiar la madera, limpie lo que me dejó adentro. No funciona.

Por supuesto que actué con madurez. O sea, la versión adulta de mí decidió que lo mejor era aceptar su oferta y quedarme en su casa, me bañé, cargué el teléfono y dos horas después, me escabullí como quien se escapa de una secta amable. Porque siendo honesta: mis nervios no están listos para enfrentar un desayuno lleno de silencios incómodos y mermelada casera.

Con el dinero que le saqué a Camila, sí, así de bajo estamos cayendo, me compré algo de comer, puse gasolina en el tanque por si hay que huir y podría alojarme un par de semanas en un hotel barato. Pero vamos, tampoco soy tan estúpida. No me voy a alejar de Lucía justo ahora, que tengo una habitación en su casa.

Ya escribió la primera línea. Voy a dejar que la poesía fluya…

Y quién sabe…

Estoy en la sala, apilando los restos de una mesa rota, cuando tocan a la puerta. Al principio creo que es mi cabeza haciendo de las suyas, con esa función gratuita de efectos especiales que se activan cuando una vive al borde. Pero no, vuelven a tocar.

El corazón me da un brinco ridículo, ¿es posible que sea Lucía? ¿Ahora?

Los golpes se repiten, esta vez con más ganas.

Arrojo una de las patas astilladas y voy a abrir, pasándome las manos por el cabello en un intento torpe de parecer menos derrotada.

Pero no es Lucía. Por supuesto que no. En el umbral está Camila Ferrer. Al verme, me lanza esa sonrisa deslumbrante que en un segundo me devuelve la imagen clarísima de la niña de trenzas perfectas y caprichos caros, que siempre fue demasiado mimada para su propio bien…

—¡Hola! —dice entusiasmada, como si fuéramos amigas de toda la vida y hoy fuera nuestra reunión número mil— ¡Te ves igualita a cómo te imaginaba! Bueno, un poquito más seria… ¡pero eso lo arreglo en cinco minutos!

—Camila —su nombre me sabe raro en la boca.

—¿Qué tal va la reparación? —pregunta con tono cantarín, y entra a la casa sin esperar invitación.

—Adelante —murmuro con ese tono irónico que reservo para gente que no debería estar cruzando mi puerta.

Camila recorre la sala con una expresión que navega entre la curiosidad fingida y ese desdén suave, casi elegante, que solo manejan bien los que crecieron sin saber lo que es esperar su turno.

—Vaaaya… —pronuncia lento— Esto está… auténtico.

—¿Auténtico? —repito, cruzándome de brazos y con la ceja levantada— Anoche dijiste feo.

—No vale repetir lo que dice alguien ebrio —su sonrisa es ligera, sin un rastro de preocupación— Es la primera regla.

La observo con cautela. Camila era mi pesadilla en la escuela. La reina del recreo, la jefa de ceremonias del bullying. Animaba a todos a reírse de mí como si fuera parte del plan de estudios. ¿Qué demonios busca? ¿Viene a redimirse? ¿A recordar con ternura lo gracioso que era arruinarme los días?

—Aunque sí que es fea —levanta una estatuilla de porcelana— Si esta casa hablara, seguro solo se quejaría.

—Pues es lo que hay —respondo de forma cortante, sin ganas de seguir con la conversación.

Camila se deja caer en el sofá, que cruje con dramatismo, anunciando que está al borde del colapso. Y desde ahí sigue mirando todo con ese gesto de preocupación impostada, el que usan los que se sienten superiores incluso cuando fingen empatía.

—Oye, sin ánimos de ser grosera… ¿vas a quedarte aquí mucho tiempo?

—Estoy recogiendo lo que queda, voy a vender la casa —respondo, directa.

—Ah —hace una mueca, arrugando la boca— ¿Algo aquí se puede salvar? ¿Y quién querría comprar estas ruinas? Bueno… supongo que con los contactos adecuados…

—No tengo contactos —la interrumpo.

Quiero saber qué quiere. Y, más urgente aún, cuánto piensa tardar en largarse. Porque esto no es una visita, es una invasión. Y yo ya tengo suficientes escombros sin sumar los del pasado.

—Ya… —sus ojos se detienen en mi cuaderno—¿Es lo que creo? ¿Puedo…?

Se levanta de un salto, el sofá suelta un suspiro de alivio, y ella agarra el cuaderno sin dudar.

—¡Camila, deja eso! —protesto, acercándome.

Pero ya está leyendo. Por supuesto que ya está leyendo.

—Me encontré con ella como quien tropieza con un fantasma —lee en voz baja— Lindo. ¿Quién es la afortunada aparición?

Carajo.

—No habla de nadie —respondo rápido, sin poder evitar que las palabras se mezclen en el apuro.

Camila sonríe de lado y cierra el cuaderno con un gesto casual, casi aburrido.

—No tienes que decirme para quién es —su mueca no me da buena espina— Pero si es para alguien… ¡uf, debe ser alguien muuuy interesante!

Le arranco el cuaderno de las manos, con la rabia justa para que entienda que se terminó el juego.

—¿Qué quieres?

Ella me mira con una expresión de inocencia tan bien ejecutada que casi parece real. Pero no le creo ni medio segundo.

—¡Ah, sí! —exclama, chasqueando los dedos— Vine a invitarte a salir.

—¿Salir?

¿Esto es una broma? Espero que sí. Espero que en cualquier momento aparezca una cámara, un productor mal pagado y un cartel que diga «caíste». Porque si Camila Ferrer, mi verdugo oficial de la infancia, acaba de invitarme a salir… entonces alguien, en algún rincón del universo, está jugando a los dados.

Porque una cosa es que juegue al «yo te gusto, tú me gustas» cuando está tan ebria que se desmaya cada dos minutos, y otra muy distinta es que quiera «salir» estando sobria. Conscientemente. Con intención.

—A Tintero. Es una especie de bar, café… librería… está en el centro —frunce el ceño mientras procesa lo que está diciendo— También hay música en vivo, ¡a veces buena, a veces no, pero siempre ruidosa! Van a estar unos amigos y tal vez hasta podrías leer algo, ¿tienes algo para leer? Seguro sí. ¡Lleva el cuaderno!

La miro con esa mezcla de sorpresa y alarma reservada para la gente que empieza a hablar de unicornios en mitad de una reunión seria.

—Camila… tengo mucho que hacer —respondo, sin paciencia ni energía.

—Oh, vamos —camina hacia mí con esa confianza natural que parece haber nacido con ella— No puedes quedarte encerrada en esta casa toda sucia y deprimente mientras la vida hace fiesta allá afuera.

—No estoy de vacaciones —insisto, firme.

Vine aquí para conseguir dinero y deshacerme de esta estúpida casa. Punto. No es un retiro espiritual, ni una escapada pintoresca para reencontrarme conmigo misma.

—San Miguel puede ser divertido —responde, con un guiño rápido — Claro, si sabes con quién moverte…

Empieza a caminar hacia la puerta y justo antes de salir, se detiene. Me mira por encima del hombro, con esa media sonrisa que no aclara si se va por mi actitud grosera o porque ya logró lo que vino a buscar.

—¿Ya te dije que Tintero es un negocio familiar? —pregunta, restándole toda importancia con un gesto de mano— Mi mamá es la dueña. Sí, la jefa jefa.

La miro incrédula.

—¿De verdad?

Un bar, café, librería… En realidad, suena demasiado a algo de Lucía. Demasiado pensado, demasiado bonito, demasiado pretencioso en su intención de ser «acogedor y distinto».

—Sí —mueve los hombros hacia arriba, sin dar importancia al asunto— Le haría ilusión saludarte. Y bueno, si esta noche apareces por el café… podrías darle el gusto…

Mi cuerpo se tensa.

¿Su madre no le dijo que nos topamos anoche y que, básicamente, dormí en su casa? ¿En serio no se lo dijo?

Camila chasquea la lengua y se va. Sobre el polvo que cubre el recibidor quedan flotando preguntas sin respuesta, como moscas alrededor de algo que no quiero revisar.

Esa invitación a Tintero huele a Lucía por todos lados. Sugerencia suya, sin duda. Lo cual convierte esto en una cita camuflada… una cita muy discreta… planeada muy bien para ser inocente.

Y eso, claro, suena exactamente a algo que haría mi provocadora vecina.

Quiere verme.

Y yo quiero verla.

Capítulo 12

Reservado a nombre del desastre

Cuando llego, ya es bastante tarde, y hay una fila para entrar que parece más propia de un concierto que de un lugar donde sirven café.

Tintero es justo lo que venía imaginando en el camino. Fachada impecable, luces cálidas, decoración que grita «bebemos café caro mientras fingimos que leemos». Un grupo de chicos que espera afuera me lo confirma: hay que reservar con meses de antelación, conocer a la dueña o vender un órgano menor para conseguir mesa.

—Pero es una librería —les respondo, desconcertada.

No puedo creer que el sitio más popular de San Miguel sea uno donde venden libros. Libros. Ellos me miran como si acabara de salir de una cueva, con esa mezcla de burla y lástima reservada para los que no entienden nada. ¿En qué momento los libros se pusieron de moda entre los jóvenes del pueblo?

A mí me llamaban poemierda. Así, con entusiasmo. Era la sosa, la rara, la que leía en los recreos y escribía en los márgenes del cuaderno mientras los demás se peleaban por ver quién tenía más amigos imaginarios en sus redes sociales.

—También hay buena música, lecturas en voz alta…

—Puestas en escena —añade uno de los amigos.

—Si la cultura no es lo tuyo, también hay comida rica —lo dice una chica con una actitud altiva que no me gusta para nada.

—Soy escritora y amiga de la dueña. Llegue al lugar correcto —respondo con la arrogancia natural de los poetas.

Bueno, no importa que hayan aprendido a leer, los jóvenes de San Miguel siempre serán unos odiosos.

Camino hacia la puerta convencida de que me van a dejar entrar en cuanto me vean. Tintero ocupa una esquina entera, dos pisos bien plantados sobre la calle principal. Sus ventanas derraman un

resplandor cálido sobre la acera, diseñado para hacerte pensar que adentro todo es mejor.

Pero no ponen una alfombra a mi llegada, de hecho, el que hace de host me clava una mirada que no necesita palabras para hacerme sentir fuera de lugar.

—Buenas noches.

Todas las mesas están ocupadas, llenas de gente que habla, ríe y bebe, olvidando el mundo exterior y sus miserias cotidianas. Las paredes están cubiertas de cuadros de artistas locales: algunos abstractos, otros mostrando paisajes del pueblo tan retocados que ya no parecen reales.

—¿Tiene reservación?

Abro la boca para responder, pero las palabras se me evaporan en la garganta cuando la veo.

Lucía está recostada contra la baranda de las escaleras. El vestido negro le abraza el cuerpo, marcando cada curva y en una mano sostiene una copa de vino. Solo está ahí, inmóvil, magnética, dejando que la gente respire su presencia sin que ella tenga que hacer nada.

Ya me mira. Desde antes de que yo entrara, ya me estaba mirando. Y cuando nuestros ojos se cruzan, sonríe. No es una bienvenida. Es un desafío.

—Ponla en la lista de mis invitadas —dice, sin alzar la voz, y, aun así, logra que la escuchen por encima del bullicio—. Recuerda su cara. Va a venir seguido. Y cuando lo haga… quiero que la traten como si el lugar fuera suyo.

Su encargado me mira con curiosidad, intentando ubicarme en una historia que no le contaron, pero que claramente está ocurriendo frente a él.

—Me alegra verte por aquí—Lucía hace un ademán con la mano, indicándome que me acerque.

—Camila me insistió —respondo, intentando sonar casual, aunque la frase me sale con la rigidez de una excusa mal ensayada.

Se moja los labios y el mundo se queda quieto un segundo.

—Sí, mi hija puede ser bastante… persuasiva —murmura, con voz tranquila— Aunque no suele insistir por cualquiera.

Comienza a subir las escaleras y yo lo interpreto como una invitación a seguirla. No mira atrás, no dice nada, pero su cuerpo habla en ese idioma que conozco demasiado bien.

—¿Cómo hiciste que una librería fuera un éxito en este pueblo? —le pregunto, mientras la mirada se me va sin permiso hacia su espalda baja.

—Ofrezco buenas bebidas —dice, volviendo el rostro apenas lo suficiente para que su mirada me roce.

Arriba hay un bar, una sala con estanterías rebosantes de libros decorada con un estilo vintage, de ese que mezcla lo nostálgico con lo cuidadosamente desordenado, y otra estancia que funciona como foro, donde alcanzo a ver un escenario pequeño, un micrófono esperando atención y un par de guitarras recargadas en una esquina.

—Felicidades —se lo digo con franqueza— Me gusta.

Y lo odio un poco. Porque es verdad. Porque me gusta más de lo que quiero que se note.

—Lo hice pensando en ti —dice con naturalidad, porque es del tipo de mujer que no se anda con rodeos— Cuando te fuiste, San Miguel se volvió insoportablemente aburrido… así que armé algo con tus ingredientes: libros, guitarras, postres… y alcohol, por supuesto.

Por suerte no voltea, así que se pierde el espectáculo gratuito de mi cara pasando por todos los espectros del rojo.

—Yo no bebía —murmuro, sintiendo las miradas de sus clientes, pegándose a mi piel.

—Lo harías, tarde o temprano.

Me lleva hasta la cantina y se coloca detrás del mostrador. Yo me dejo caer en uno de los bancos, fingiendo dignidad, que es lo que me queda cuando ya no puedo fingir calma.

—¿Qué vas a tomar? —la invitación va más allá del menú.

Le lanzo una sonrisa que acepta el reto, con los dientes apretados y el corazón haciéndose el valiente desde la trinchera. No tengo idea de a qué estoy jugando, pero ya estoy metida hasta el cuello. Así que sonrío. Que parezca estrategia, no defensa.

—Solo agua —respondo, clavándole la mirada con la intención exacta de provocarla.

Lucía entrecierra los ojos.

—Mara —dice, con esa voz que se mete debajo de la piel— Si querías agua, podrías haber ido a mi casa.

Abre una botella, sirve un trago corto en un vaso de cristal, y lo desliza hacia mí.

—¿Whisky? —pregunto, con una clara curiosidad.

—Esta es una de esas noches que piden whisky.

Tomo el vaso y doy un trago. El licor me raspa la garganta, pero algo en esa quemadura me suelta los músculos. No calma, pero distrae. Y por ahora, eso alcanza.

Lucía me observa con atención mientras bebe de su copa, sin prisa, midiendo cada segundo del silencio entre nosotras.

—Camila me contó lo del poema —murmura, con una media sonrisa.

El whisky se me queda atorado en la garganta, traicionándome justo cuando más necesitaba parecer imperturbable.

—¿Qué? —consigo decir, después de toser un poco.

Lucía se moja el labio con la punta de la lengua. No lo hace por sed. Lo hace con intención, con esa manera suya de decir demasiado sin abrir la boca. Y claro, mi cerebro se apaga un segundo. O dos.

—Mencionó que leyó un poema que le escribiste.

—Ah… —pongo el vaso sobre la barra y miro hacia otro lado, con el calor trepándome por el cuello— Sí, leyó un poema, pero…

No tengo tiempo de aclarar nada. Las palabras apenas se me ordenan en la cabeza cuando aparece su hija.

—Pero ¡qué tenemos aquí! —grita con entusiasmo mientras se acerca casi bailando, agitando el vaso que parece tener un mojito— ¡No me dijiste que ibas a venir! ¡Esto se celebra!

Lucía se endereza, con esa elegancia suya que no hace ruido.

—No estaba segura —le respondo a Camila, sin muchas ganas de decorarlo.

—¡Me alegra que lo hicieras! —se acomoda en el taburete a mi lado— ¿Qué están bebiendo? ¿Ya pidieron lo bueno o están con algo suavecito?

Lucía levanta su copa.

—El vino es perfecto: entra suave, se queda dónde debe… y no arruina la noche.

—¡Pero no soy tan mayor para querer eso! —le suelta a su madre con una carcajada y enseguida me lanza una mirada cómplice, llena de brillo— ¡Tú sí que vienes a divertirte, eh! Ese whisky es el mejor que tenemos —baja la voz— ¿Te alcanza para pagarlo? Porque si no, yo hago magia…

Lucía la mira con una expresión ambigua. Luego da otro sorbo a su copa y se inclina hacia mí. No demasiado, lo justo para invadir mi espacio sin tocarme.

—Es cortesía. Igual que tu trago —me mira por encima del borde de la copa— ¿Vas a leer algo esta noche… para mis clientes?

Tengo ganas de decirle que prefiero leerle a ella, como antes, cuando todo era un poco más prohibido y bastante más íntimo.

Pero no alcanzo. Camila está al lado y toma la palabra.

—¡Claro que sí! —dice, casi dando un saltito— ¡Van a enloquecer cuando la escuchen! ¡Te lo juro! Yo ya estoy emocionada y ni siquiera ha empezado.

Lucía ladea un poco la cabeza y toma otro sorbo de su vino, se mantiene tranquila, en su propio ritmo, como si nada la tocara del todo.

Yo, en cambio, tengo la cabeza hecha un lío. Solo puedo pensar en el poema. En lo que Lucía creerá que significa. En lo que Camila piensa que significa.

Y en lo que yo sé que significa.

Capítulo 13

Me subí a leer y me desnudé

Camila me arrastra de la mano por el bar. Exhibiéndome como el juguete nuevo que le han comprado sus padres: algo que hay que mostrar, lucir, y usar antes de que pase de moda.

—¡Vamos, vamos! Te voy a presentar a todos.

El foro es pequeño, íntimo, fácil de medir con la mirada. Hay diez mesas altas, justas, como puestas con pinzas. Le dan al espacio esa atmósfera de sitio escondido, casi clandestino, como un secreto que solo algunos tienen permitido descubrir. Me he presentado en bares por todo el país: grandes, caóticos, llenos de ruido y pretensión. Pero ninguno se siente tan acogedor como este. Y no porque sea el mejor, sino porque no exige nada. Solo estar.

Camila me lleva directo hacia un grupo de personas reunidas en una esquina, bebiendo y riendo con ese entusiasmo que siempre me ha parecido un poco impostado. Van vestidos para ser vistos, hablan fuerte para ser oídos y se ríen como si alguien los estuviera grabando.

—¡Gente! —grita, levantando el vaso y girando sobre sí misma para asegurarse de tener toda la atención— ¡Les presento a Mara Velasco! Escritora, poeta, genia total… y autora del poema más bonito que me han dedicado en la vida.

—Camila… —protesto, con esa voz a medio camino entre el reclamo y la súplica.

—¿Un poema? —pregunta uno de sus amigos, mostrando una sonrisa curiosa.

—¡Sí, sí, sí! —insiste Camila, agitando las manos como si eso lo hiciera más cierto— ¡Me lo leyó esta mañana! ¡Es hermosooo!

—No era para ti —mascullo entre dientes, con la rabia bien envuelta en saliva. Pero Camila ni se inmuta. Está demasiado ocupada saboreando la atención.

Alguien me ofrece un trago y yo lo acepto, porque ¿qué más voy a hacer? Prefiero la quemadura del alcohol antes que la incomodidad sobria de estar fuera de lugar. Así que agarro el vaso, levanto la ceja y me lo tomo como quien firma un contrato sin leer las cláusulas.

Camila y sus amigos siguen hablando, riéndose de cosas que no entiendo o no quiero entender. A veces hago comentarios cortos, lo justo para no quedar del todo fuera, pero sin esforzarme en fingir interés. Mi atención se escapa sola, resbalando una y otra vez hacia el otro lado del salón, inevitable, terca, empujada por algo que no controlo. No sé si es deseo, incomodidad o puro instinto. Pero ahí estoy, mirando donde no debería, queriendo donde no conviene.

Sí, Lucía.

Está de pie junto a la barra, hablando con una de las meseras. Su copa se mantiene llena, como si el vino supiera que no puede faltarle.

No hay un solo gesto fuera de lugar. Se apoya apenas, con la espalda recta y una calma que no es descanso, es dominio. No ocupa el espacio, lo dirige. Y lo peor es que ni se da cuenta. O sí, y le encanta.

La observo mientras se inclina hacia su empleada y le dice algo al oído. La chica asiente de inmediato y se apresura a cumplir la orden, casi con devoción. Después se gira y cruza el piso, revisando con la mirada que todo esté en orden: los clientes atendidos, las mesas impecables, las luces en su tono exacto.

Pero no se acerca a nosotros.

No me mira ni una sola vez. Ni de reojo, ni por descuido. Nada.

El murmullo baja de a poco cuando el músico en el escenario empieza a afinar su guitarra. Prueba el micrófono con un par de frases y luego arranca con algo lento.

Una melodía suave llena el foro, con esa melancolía elegante que borra el resto del ruido sin pedir permiso. Las conversaciones se apagan, las copas dejan de chocar, todo se encoge alrededor de la canción.

La voz del artista tiembla al principio, pero luego se vuelve clara. La guitarra lo acompaña con acordes que caen despacio, uno por

uno, como gotas que se filtran por las grietas y se quedan ahí, haciendo peso.

Yo no escucho la letra.

No me importa.

Escucho la música.

Y la música me arrastra. Me empuja más abajo, a ese lugar donde Lucía sigue presente, aunque no me mire, aunque no se acerque, aunque no diga una sola palabra. Su silencio no se siente lejano. Se siente encima. Denso. Intencional. Como una forma nueva de tocarme sin tocarme.

Cada nota que flota en el aire me empuja hacia lo que temo admitir: sigo deseándola. No como antes. Peor.

Como si nunca me hubiera ido. Como si estos diez años hubieran sido un paréntesis que ahora se cierra.

—¡Mara debería leer el poema! —sugiere uno de los amigos de Camila, cuando la música cesa.

—¡Sí! —exclama ella, girándose hacia mí— ¡Es el momento perfecto!

—No… —empiezo a decir, con la voz rota antes de nacer, pero ya están empujándome hacia el escenario.

—¡Vamos, Mara! —Camila me toma de la mano con fuerza— No seas tímida, esto va a estar buenísimo.

—Es una mala idea —murmuro, sin mucha convicción, porque ya estoy ahí, de pie frente al micrófono, con las piernas temblando y el corazón haciéndose el valiente.

El tipo de la guitarra me sonríe, expectante, creyendo que está a punto de presenciar algo bello, cuando en realidad lo que tiene enfrente es una persona al borde del colapso.

Las voces del foro se van extinguiendo, una a una, hasta que solo queda el rumor leve de los últimos vasos. La gente me mira. No con morbo, ni con entusiasmo. Con esa atención tensa que se le da a lo que todavía no se entiende.

Tomo aire y busco en las notas del teléfono.

La luz del escenario me calienta la piel, clavándome al lugar para recordarme que ya no hay salida elegante.

Empiezo a repasar los primeros textos de cada archivo guardado, todos esos fragmentos sueltos que escribí para no explotar. En lo que suenan los primeros acordes, trato de decidir qué poema recitar. No el mejor. No el más bonito. El que pueda decir en voz alta sin quebrarme del todo.

«Me encontré con ella como quien tropieza con un fantasma…»

Claro que no le voy a dar el gusto a Camila. No vine hasta San Miguel para convertirme en su trofeo literario de fin de semana.

«Anoche te soñé con la ropa puesta y fue peor…»

No, no es el momento para este.

Demasiado obvio, demasiado crudo, demasiado yo. No pienso regalarle esa versión a una sala llena de extraños…

«Eres como el vino barato: sin etiqueta y sabes a desastre…»

Ese ni siquiera está terminado. Mierda.

Trago con dificultad y me humedezco los labios, intentando domar el temblor que se me cuela por la boca. ¿Qué diablos le leo a esta gente? No quiero sonar profunda. No quiero quedar patética.

Y encima está Lucía, en alguna parte del foro, con su copa llena. Seguro me ve. Seguro se da cuenta de lo ridícula que me siento.

Respiro hondo una vez más.

Ya tengo la edad adecuada.
La edad en la que uno ya no corre detrás,
pero tampoco se queda quieto.
La edad en la que sé distinguir
entre una caricia y una excusa,
y entre tus ganas y tu costumbre.

Cierro los ojos y dejo que cada verso se acomode en la melodía que suena detrás. No pienso, no edito, no corrijo. Solo dejo que salga. Que fluya. Que duela donde tenga que doler.

Ya tengo la edad de no explicar el desastre,
de abrirles la cama y no el pecho
y esperar a que se vayan sin decir nada.
La edad en la que el amor no me asusta,
Incluso me da un poco de risa.

Me atrevo a levantar la vista, a enfrentar al público, a fingir que estoy entera. Sin embargo, solo la veo a ella.

Entre todas las caras, todos los cuerpos, todas las luces, Lucía es la única constante. Está parada en el borde del foro, entre las sombras, en ese punto exacto donde puede verlo todo sin ser parte de nada.

La edad de pedir un café
y terminar con dos copas de vino,
tres verdades,
y tus piernas cruzadas en mi recuerdo.

Ladea la cabeza, pero no aparta la mirada. Y en ese instante, la población completa de San Miguel desaparece.

Ya tengo la edad adecuada
para saber que no vas a volver,
y, aun así, mirar la puerta
como si no lo supiera.
La edad en la que no te llamo,
pero apareces sola
cada vez que el silencio
se me mete en el pecho.

La música, las voces, las risas, el ruido de las copas chocando… todo se disuelve en el fondo. El mundo entero se retrae, pierde forma, se vuelve decorado borroso.

Solo quedamos ella y yo.

Y si vienes,
que sea sin promesas.
Con hambre, sí.
Con sed, también.
Pero sin ese disfraz de eternidad
que ya no nos queda bien.

Ya no estoy leyendo.
Estoy confesando.

Verso por verso, palabra por palabra, con mis ojos clavados en los suyos. Sin filtro, sin blindaje, sin un solo lugar donde refugiarme.

Cada cosa que digo me deja más al descubierto. Y no hay vuelta atrás. Solo esta verdad incómoda que se me escapa en forma de poema.

Y entonces ella sonríe.

Apenas una sombra en el borde de sus labios, lo justo para desestabilizarme.

Me desarma sin tocarme. Y yo la dejo. Claro que la dejo.

Porque ya tengo la edad adecuada
para desearte fuerte,
tocarte lento,
y olvidarte rápido.

Al terminar, el silencio en la sala se vuelve palpable.

Los ojos de Lucía siguen fijos en mí. Inamovibles. Inquietantes. Ya no sonríe.

Solo me mira.

Y esa mirada me atraviesa sin permiso, va directo al alma, revuelve, remueve, y se queda ahí.

Observando todo lo que quise disimular.

Camila y el resto aplauden fuerte, convencidos de que acaban de presenciar algo importante. Pero todo es un eco lejano.

Porque Lucía y yo tenemos un pacto.

No dicho. No escrito. Pero ahí está.

Y ahora sabe que lo recuerdo.

Y ahora sé que ella lo recuerda.

Lo que no fue, sigue pasando

Anoche te soñé con la ropa puesta,
y fue peor.
Porque ni en sueños
me diste la oportunidad.
Te sentaste cerca,
cruzaste las piernas despacio,
y me miraste como si supieras
que el cuerpo arde más
cuando no se toca.

No dijiste nada,
pero tu silencio
sabía exactamente dónde doler.
Yo intentaba no mirarte las manos,
ni la boca,
ni ese rincón de tu cuerpo
que nunca toqué,
pero se me quedó tatuado en la memoria.

No hubo un roce,
ni una excusa para acercarme.
Solo esa distancia medida,
esa forma tuya
de estar demasiado cerca
sin entregarte nunca.

Anoche te soñé vestida,
y fue peor
porque me desperté deseando
lo que nunca pasó
pero sigue pasando
cada vez que apareces.

Porque desearte sin tenerte
ya es una forma de hacer el amor,
aunque no estés.

Te pareces al amor cuando muerdes

Eres como el vino barato:
sin etiqueta
y sabes a desastre.

No haces promesas,
pero igual me las creo.
Llegas tarde,
pero justo cuando más me falta perder el control.

Te sirves en vasos que no lavo,
te derramas sin culpa,
me manchas los labios
y el juicio.

No eres amor,
pero te pareces bastante
cuando me muerdes el cuello
con esa risa que no pide perdón.

Y sí,
me haces mal,
pero qué manera tan jodidamente buena
de hacerlo.

Capítulo 14

Una despedida que quiso ser promesa

[Algunos años atrás]

El cielo está teñido de un naranja triste, el tipo de color que aparece cuando el día ya se rindió, pero no se anima a desaparecer del todo.

La brisa de verano llega con ese olor a hierba recién cortada y un perfume melancólico de flores que ya están por clausurar. Todo huele a cierre. A final no anunciado, pero inevitable.

Me apoyo contra la cerca del jardín, con los brazos cruzados sobre el pecho, en ese gesto que no protege de nada, pero da la ilusión de contención.

Intento no temblar demasiado.

Intento no mirarla demasiado.

Lucía está de pie frente a mí, a menos de un metro, con un cigarrillo descansando entre los dedos y una expresión que no termino de descifrar. Podría ser ternura. Podría ser calma. Podría ser nada. Y eso es lo peor.

Lleva un vestido de lino rosa, sencillo, pero elegante, de esos que no necesitan atención porque ya la tienen toda y deja al descubierto el borde de su cuello, ese punto frágil donde alguna vez quise quedarme a vivir.

Ella no deja de mirarme.

Yo, en cambio, no puedo sostenerle la mirada. No hoy. No así.

Meterme en sus ojos sería tirarme a un abismo que ya conozco.

Y esta vez, no tengo cómo trepar de vuelta.

—Te echaré de menos — la frase cae entre nosotras como una piedra en el agua.

—Entonces es un hecho —murmura, sin emoción, como quien ya lo sabía y no necesitaba confirmarlo.

—Sí —digo, y me obligo a enfrentar sus ojos.

Asiente muy despacio, digiriendo la idea en porciones pequeñas, tragándola con cuidado. Se lleva el cigarrillo a los labios, no por necesidad de nicotina, sino por tiempo.

Tiempo para pensar. Para no responder. Para esconderse un segundo detrás del humo y dejar que el silencio diga lo que ella no va a poner en palabras. Porque ahí, entre calada y calada, también está la despedida.

—Supongo que es lo mejor —dice, aunque su tono no acompaña del todo la idea.

—Creo que sí —la voz se me rompe justo al final.

Ella lo nota. Por supuesto que lo nota.

Sus ojos se suavizan apenas, como cuando uno ve algo que no sabe si debe tocar o dejar intacto. Baja el cigarrillo, y da un paso hacia mí.

—Dime, ¿qué es lo que más vas a extrañar de San Miguel?

Abro la boca con la intención absurda de decir algo razonable: Las tardes en la plaza o el café del mercado.

Pero no.

Las palabras que se escapan no son esas.

Son otras.

Más torpes, más ciertas, más yo.

Las que no quería decir. Las que no sé callar.

—A ti.

Lucía no cambia la forma en que me mira. Pero su respiración la delata. Se vuelve más corta, más tensa. Y sus labios se separan lo suficiente para que se note que lo que acabo de decir le movió algo.

—No será por mucho, lo prometo —dice en voz baja.

—¿Puedes asegurarlo?

Claro que no puede. Ni ella, ni nadie. Es absurdo. Es ridículo. Pretender certezas en medio de este enredo emocional es como pedirle a un incendio que no queme.

Pero igual lo pregunto.

Porque necesito escuchar la mentira. Aunque sea un segundo. Aunque sepamos las dos que no sirve de nada.

—Eres joven —murmura.

Nos miramos con esa intensidad ridícula que solo tienen los que están al borde de algo que no entienden del todo. Un par de segundos en silencio, en esa tensión que podría romperse o explotar.

Y entonces nos reímos.

Casi a carcajadas.

No por gracia, sino por el alivio absurdo de no saber qué más hacer con todo lo que pesa entre nosotras.

Reír o llorar. Esta vez ganó la risa. Pero fue por poco. Muy poco.

—Esa es una razón de mierda —le suelto, dando un paso hacia ella, con el corazón en huelga y las ganas por delante.

Lucía pone su mano en mi pecho. No empuja, no acaricia, solo la deja ahí. Un toque sutil, casi invisible. Pero peligroso.

—Cuando tengas la edad adecuada, entenderás que lo que digo tiene más sentido del que parece.

—¿Cuándo tenga la edad adecuada puedo venir a decirte que es una razón de mierda?

Si hay un manual para amar bien, nadie me lo dio. Y si mi juventud es el argumento con el que piensa zanjar esto, al menos quiero dejarle claro que no me convence.

Ni ahora. Ni después. Ni con diez años más encima.

—Tal vez para entonces ya ni te acuerdes de mí.

Apaga el cigarrillo contra el poste de madera de la cerca, luego lo deja caer y pone su otra mano en mi cintura.

—Te recordaré —le digo, con firmeza.

Y sí, lo sé. Le estoy alimentando esa arrogancia que la hace caminar como si el mundo fuera un poema inédito escrito solo para ella.

Pero qué se le va a hacer. Hay mujeres que merecen ser recordadas.

Y otras que, aunque no lo merezcan, se te quedan igual.

Lucía es ambas.

—¿Lo prometes? —dice, tirando de mí con esa calma que no se nota, se siente, y nos coloca bajo el jacarandá florido, cuya sombra

cae sobre nosotras con complicidad.

—Lo prometo —respondo, y la voz me sale más firme de lo que esperaba.

Lucía me empuja contra el tronco y da otro paso. Nuestras respiraciones se mezclan, cargadas de calor, tensión y algo que arde sin permiso.

—Si es que no me olvidas —dice, con la voz tan baja que apenas la escucho— Entonces… cuando nos volvamos a ver, te daré un beso. Uno que dure más que la espera.

Sus manos bajan lento por mis costados, memorizándome en silencio, hasta llegar a la curva donde la tela de los jeans se tensa sobre la piel.

—¿Por qué no ahora? —digo, mientras paso la lengua por mis labios con una lentitud que no disimula nada— Como despedida.

Lucía acorta la distancia, dejando sus labios tan cerca de los míos que el aire entre nosotras cambia de temperatura.

—Porque no me gustan las despedidas… y porque tú necesitas tiempo para saber si de verdad quieres ese beso.

—Voy a volver —susurro.

Ella me sostiene la mirada un segundo más. Sus manos siguen sobre mi cuerpo, como si dudara en soltarse. Pero lo hace. Da un paso atrás y se aleja, dejando un vacío inmediato, brutal, en el espacio donde antes estábamos completas.

El aire vuelve. Pero no sirve.

Ya falta algo. Ya falta ella.

—Ve, vive lo que tengas que vivir. Y cuando tengas la edad adecuada —su sonrisa es lo más peligroso que he visto en mi vida— Cuando tu musa ya no sea la única que te inspire y tus versos empiecen a mentir bonito… entonces, hablamos.

—Lucía…

—Yo sí te extrañaré —dice, sin rodeos— De hecho… ya lo hago.

Capítulo 15

Culpa con sabor a whisky

Ya tengo la edad adecuada.

Ese pensamiento me golpea en la cabeza con la contundencia de una verdad que no admite discusión. Bajo del escenario entre aplausos y vítores, pero todo suena distante.

No me importa la ovación.

No me importa la gente.

Solo me importa una cosa: Lucía.

Y para ella no hay nadie más.

Esconde tras la copa una sonrisa que no muestra del todo, pero que sé que está ahí, agazapada en la comisura, reservada solo para mí. No necesito verla para reconocerla. La siento. Vibra en el aire, en su forma de mirar, en la pausa exacta entre un sorbo y el siguiente. Es su forma de decir mi nombre sin decirlo. Y yo lo escucho todo.

Nos reconocemos.

No solo en el pasado compartido con una cerca entre nuestras casas. No.

Es más intenso.

Nos reconocemos de otros lugares, otras vidas, otras versiones de nosotras que también se encontraron, se perdieron, se buscaron otra vez.

Estamos hechas para cruzarnos, no importa el cuándo ni el cómo.

Y esa fuerza sobrenatural, antigua e implacable, es la que me arrastra hacia ella.

Y yo, que no creo en señales ni en cuentos místicos, no puedo ignorarlo.

Porque lo siento.

En la piel. En el pecho. En las decisiones que no tomo, pero igual me arrastran hacia ella.

Me aproximo, esquivando a toda la gente que intenta decirme algo, pero entonces…

Camila se me planta enfrente, como una interrupción torpe en medio de un capítulo que fluía sin problemas.

—¡Eso fue increíble! —sus ojos parecen luces de feria.

Y antes de que tenga tiempo de reaccionar, me besa.

Es rápido, directo. Toma mi cara entre sus manos y sus labios caen sobre los míos.

No hay torpeza ni confusión.

Esto no fue un impulso.

Fue una decisión.

Una muy estúpida…

—¡Uhhh! —exclama su grupo de amigos.

—¡Eso sí que es un final digno de un poema! —grita una persona desde el fondo del bar.

Mis brazos cuelgan a los costados, mientras mi cerebro intenta entender qué carajo acaba de pasar. Cuando Camila se aparta, me mira con una sonrisa radiante, orgullosa de sí misma. Y entonces sus amigos estallan en aplausos y gritos, celebrando el momento como si acabaran de presenciar el beso de la década.

—Eres una genia —Camila se cuelga de mi brazo— ¡En serio, no sé cómo haces eso! Me tenías con la piel de gallina.

No digo nada. La garganta se me llena de palabras que no sirven. No puedo hacerle un desaire acá, con todos mirando. Así que sonrío un poco, una mueca tensa, más reflejo de supervivencia que de agrado.

Mis ojos recorren el foro con urgencia, buscando a Lucía. Pero, la columna donde se apoyaba hace un momento está vacía. Escaneo cada rincón, cada rostro…

Nada.

Se fue. ¿Se fue después del beso?

La pregunta se me clava como un gancho en el estómago. Y detrás llega la rabia. Contra mí. Por quedarme quieta. Por no decir nada.

¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Rechazar a Camila frente a todo el mundo? ¿Empezar un escándalo?

No. Claro que no.

Pero igual me odio un poco por no haberlo hecho.

—¡Vamos, Mara! ¡Tienes que brindar! —uno de los amigos de Camila pone un vaso en mi mano.

Qué demonios.

Bebo.

Porque no tengo una idea mejor ni el coraje suficiente para no hacerlo.

El trago me arde en la garganta y se queda instalado en mi pecho, ocupando espacio donde antes solo había preguntas.

No calma, no arregla, pero anestesia un poco.

Y con eso me alcanza.

Por ahora.

—¡Otro! —grita Camila.

Y yo dejo que me llenen la copa otra vez. Y otra. Y otra. No pregunto qué es, no me importa. Solo bebo. Lo único que quiero es sentir algo que no se parezca tanto a la culpa.

Pienso en lo que no hice. En lo que sí. En cómo lo arruiné en el último segundo con una precisión tan absurda que hasta duele bonito.

Sí, lo he jodido.

Pero no de cualquier forma.

Lo he jodido de manera poética.

Como buena escritora emocionalmente inestable.

Unas horas después ya no pienso tanto. Las luces se van apagando, los meseros recogen con esa energía cansada de quien solo quiere irse a casa y Tintero empieza a vaciarse, perdiendo forma.

La mayoría de los clientes ya se fue, pero la música sigue sonando. Camila y sus amigos siguen en lo suyo, atrapados en esa burbuja donde el tiempo no tiene peso. Hablan de todo y de nada, se ríen con fuerza, se pelean por elegir la siguiente canción en la rocola. Al final no importa quién gana. No es por la música.

Es por el ruido.

Es por el alcohol.

Claro que me mantengo lejos de ella. Al menos de su boca. Porque de sus brazos no hay escapatoria: pasa un buen rato colgada de mi cuello y no encuentro una forma elegante de sacármela de encima sin armar una escena.

¿En qué punto se supone que se enamoró de mí?

Ni siquiera nos caíamos bien.

Eso es lo más absurdo de todo. No hay historia romántica detrás, ni miradas cómplices en los pasillos del colegio.

—Quédense el tiempo que deseen… esta noche, el bar les pertenece.

Volteo.

Y ahí está. Lucía.

No hay preparación posible. No hay trago que amortigüe ese impacto.

Tiene el cabello revuelto, desordenado por sus manos o por el día que arrastra encima. En el rostro se le nota el cansancio, pero no le quita nada.

La seguridad le brota de la postura, de la forma en que sostiene el cuerpo, de esa mirada que no baja nunca.

—¡¿Ves?! ¡Te dije que podíamos quedarnos! —celebra Camila, apoyándose en mi brazo como si fuera su almohada personal.

Lucía la mira con una expresión neutra, casi aburrida. Pero en sus ojos hay algo que corta.

Y eso me basta para tensarme.

—Si necesitan algo, solo tienen que pedirlo —dice con un tono tranquilo— Joan se quedará para atenderlos… con toda la atención que merecen.

—¡Podrías quedarte con nosotros! —le propone un amigo de Camila.

—¡Sí! —secunda su hija de inmediato— Ven, siéntate con nosotros.

Lucía no se mueve. Está ahí, plantada a medio metro de la mesa. Y, aun así, ocupa el centro de todo.

Incluso el aire parece detenerse, esperando que diga algo.

—Prefiero descansar. A cierta edad, una aprende a elegir bien cuándo quedarse… y cuándo dejar que otros se cansen por una.

¿Eso fue una piedra directo a mi cabeza?

—Nada de eso —dice otro del grupo, tambaleándose mientras estira el brazo para jalar una silla.

—Es solo un rato —añade, ahora una mujer, alzando su copa como si brindara por esa idea— La noche aún no se acaba.

—Vamos, es para que Mara se sienta bienvenida —dice Camila, mirándola con una mezcla de súplica dramática— ¡No seas mala, dale!

—Empieza a parecer un secuestro —murmura Lucía, sonriendo de manera sutil, dejando la duda de si es burla o aceptación.

—Uno amable —le responden, pasándole un trago.

Otro amigo de Camila, más borracho que todos y convencido de estar haciendo una gran hazaña, se levanta de golpe para ofrecerle una silla… y se estrella contra la que ya está justo al lado mío.

—¡Déjala aquí! —le gritan.

—¡No, aquí está mejor, junto a la estrella de la noche! —responde un tipo, empujando la silla hacia mí.

—Por Dios —dice Camila entre risas— ¡Parecen perros peleando por un hueso!

—Pero un hueso con clase —añade uno, y todos estallan en carcajadas tontas.

—¡Ay, por favor! Mi mamá sigue loca por mi papá —apunta con la seguridad de quien dice algo irrefutable, como que la tierra es redonda o el agua moja— ¡Así que sigan fantaseando, que de ahí no van a sacar ni un suspiro!

Aprieto la mandíbula, conteniéndome por reflejo más que por decisión.

Lucía respira hondo y se sienta junto a mí, cruzando las piernas.

Y con eso basta.

Ya todo se desordena.

Otra vez.

—Ahora sí, esto parece una reunión digna —celebra el primero que la invitó a quedarse.

En realidad, no tengo idea si esto es una buena o una pésima idea. No puedo decir si Lucía está molesta porque besé a su hija, o

si es lo bastante astuta para haber notado que yo no tuve nada que ver.

Camila y sus amigos empiezan a discutir sobre la siguiente canción. Hace rato dijeron que lo dejarían al azar, inventando un juego con las manos que cambia de reglas cada vez que alguien pierde. En teoría, el ganador elige la canción. En la práctica, gana el que grita más fuerte o el que ya tiene el dedo en la rocola. Nadie respeta nada, pero todos actúan como si el sistema funcionara.

Aunque hay ruido por todas partes, entre mi vecina y yo se instala el silencio más incómodo que he sentido en mi puta vida. Y justo cuando estoy por decir cualquier estupidez con tal de llenar el espacio, Lucía pone una mano sobre mi pierna.

No aprieta.

Solo la deja ahí.

Su pulgar sigue una línea en la tela de mis vaqueros y mi respiración se detiene.

Lo único que puedo hacer es quedarme quieta, sosteniendo el momento con las tripas apretadas y el corazón golpeando fuerte.

—Fue un buen poema —dice con una calma tan medida que suena más cerca de un pensamiento que de una confesión.

La miro. Mi boca se abre, dispuesta a decir algo que nunca llega y ella sonríe en respuesta.

—Sobre todo el final —susurra, apretando un poco más mi pierna antes de levantarse con la misma elegancia con la que pronuncia cada palabra— ¿Cómo era? ¿Desearte fuerte… tocarte lento… y olvidarte rápido?

Va en dirección a la barra.

Camila y sus amigos siguen gritando, divirtiéndose en su propia burbuja, pero ahora me importan incluso menos que antes.

Mi atención está en Lucía. Que se prepara un trago con la concentración de alguien que manipula uranio-235, sabiendo que un movimiento en falso podría borrar un continente.

Miro hacia Camila otra vez. Sigue riendo, brillando, ocupando más espacio del que debería.

Luego regreso los ojos a Lucía. Que tiene la quietud de lo inevitable.

Sé dónde quiero estar.
El problema es que no basta con saberlo.
Llegar ahí…
esa es otra guerra.

Capítulo 16

No era el momento, pero lo fue igual

Trato de entender en qué punto todo se volvió tan complicado. Digo, somos dos mujeres adultas, debería poder hablarlo sin que parezca la confesión de un crimen: Lucía Ferrer me gusta.

Debería presumir frente a todos que los poemas son para ella, que no los escribo porque estoy conectada con el universo, sino porque no puedo dejar de pensar en su forma tan seductora de fumar.

Pero no. Hay una muralla. Camila. Porque el drama siempre necesita un personaje secundario que cree tensión solo con existir.

Trato de disolver el enojo en más alcohol, pero el trago no tiene la decencia de anestesiar nada. Lucía vuelve a la silla. Bromea con los amigos de su hija, se suma al jueguito de elegir canciones. Y ya no vuelve a acercarse. Ni por error.

Me ignora. Pero no de esa forma casual, de quién está ocupada. No. Me ignora con ganas. Con una naturalidad casi artística.

Y sí. Trato de resolverlo con más alcohol.

La música cambia. El ritmo se desacelera, se vuelve más oscuro. El bajo golpea directo, sin sutileza, y se queda vibrando en el pecho. Alguien apaga casi todas las luces. Dejando destellos rojos, que cruzan las paredes, y resbalan por el rostro de los que seguimos bebiendo.

—¿Quién puso esto? ¿Es Depeche Mode o algo que quiere parecerse demasiado?

—¡Nah! Esto suena más a esa banda rara que le gusta a Fran, ¿te acuerdas? Esa que tenía un nombre impronunciable.

—¿Sigur Rós? —salta una chica, riéndose— No, esto no tiene tanta dignidad.

—Yo digo que lo puso Joan —interviene alguien, señalando hacia la barra con el vaso medio lleno— Siempre que le da la nostalgia se

va por lo denso.

—Pues a mí me gusta —dice Camila, moviendo los hombros al ritmo de la canción— Es como… no sé, música para tomar malas decisiones y no arrepentirse hasta mañana.

—¡Entonces que siga sonando! —responde uno de sus amigos, levantando la copa, y todos brindan, riendo entre ellos.

Sonrío, pero sin ganas.

No es por la canción.

Ni por las luces.

Es por la mujer a unos metros, que celebra con los demás y pasa de mí con una facilidad envidiable.

Y eso... arde. Más que el trago que acabo de bajar. Más que todo lo que no se dice cuando alguien decide olvidarte en voz alta.

—¡Vamos a bailar! —sugiere Fran.

Camila se estira y me lanza una sonrisa traviesa.

—Esa es una gran idea —dice, levantándose de golpe y me toma del brazo— ¡Vamos, no me hagas rogar!

—No creo que… —alcanzo a decir, pero Camila me jala con fuerza.

Lucía sigue sentada, observando. No dice nada. Solo me clava esa mirada suya, que me desarma por dentro.

—¡Vamos, vamos, vamos! —insiste Camila, haciendo todo lo posible para que me mueva.

La sigo a regañadientes, con el alcohol haciéndose notar en mis piernas. El piso se siente raro, medio blando, y la cabeza me pesa. Todo se mueve un poco, pero no lo suficiente como para justificar lo que estoy a punto de hacer.

Camila me arrastra hasta el centro del salón. Algunos de sus amigos ya están ahí, moviéndose bajo las luces que parpadean sin seguir el ritmo de la canción.

Me pone las manos en las caderas y me jala con esa seguridad que solo tiene quien no teme romper lo que toca. Yo intento moverme, pero ahora mismo soy más una piedra que una pareja de baile.

Lucía sostiene la copa cerca de sus labios. Pero no bebe.

Sus ojos están fijos en mí, sin parpadear, sin desviar la atención ni un segundo.

Y creo que no hay gesto más simple, ni más devastador.

—¿Estás muuuy ebria, cierto? —pregunta Camila, solo habla para acercarse a mi oído y el estómago se me revuelve al sentir su lengua en mi piel.

—No —la voz me sale hueca.

Camila baja las manos por mi espalda y me pega contra su cuerpo. Estoy a un segundo de mandarla al carajo. Esto va directo a convertirse en una escena de borrachos con gritos y vasos rotos.

—Quiero invitar a tu mamá a bailar —ojalá esas palabras hubieran salido de mi boca y no de uno de sus amigos— Claro que no te incomoda, ¿cierto?

—Ni lo pienses —exclama Camila, dándole un golpecito en el pecho con la palma abierta.

También tengo ganas de pegarle, pero sé que el mío no va a parecer un chiste.

—Anda, si consigo distraerla lo suficiente te vas con la poeta y todos ganamos.

De pronto, pegarle se siente como una necesidad básica. Respirar, parpadear, sacarle un par de dientes.

Camila se ríe y le dice que es un idiota mientras se pone a bailar con él.

Ni en sus sueños.

Me doy vuelta y camino hacia Lucía, envalentonada por la cantidad absurda de alcohol que tengo encima. El cuerpo me arde y la cabeza ya no pide permiso.

—¿Crees que puedes seguirme el ritmo? —le suelto en cuanto estoy enfrente, con más descaro que equilibrio.

—Puedo… si me convences de que vale la pena el esfuerzo —responde despacio.

Apaga el cigarrillo y se pone de pie.

Los amigos de Camila bailan, chocan entre sí, se ríen, tararean la canción sin preocuparse por nada. La música retumba en el suelo, sube por el pecho y estalla en las manos de Lucía cuando me agarra de la cintura.

—¿Estás segura? —su tono hace que la pregunta suene más a promesa que a advertencia.

No tengo tiempo de hablar.

Ya está deslizando una mano por mi cadera y reclamando territorio.

La respuesta va en la piel, en el calor que sube por sus dedos, en la forma en que mi cuerpo se entrega sin pelear.

Le he dicho que sí con todo, mucho antes de abrir la boca.

La música parece estar hecha para que las almas se rocen.

Y su cuerpo encaja en el mío con una precisión que no debería ser posible. Su muslo se cuela entre mis piernas con una suavidad feroz, y yo, sin pensarlo, adelanto la pelvis, buscándola. Buscándome.

Hay un ritmo que no suena, pero nos envuelve. Un vaivén que no nace de la música, sino de las respiraciones entrecortadas, del roce de nuestras pieles, del deseo que se acumula en el vientre y empuja desde adentro.

Lucía me guía sin imponer.

Su mano en mi cintura.

Su torso pegado al mío.

Sus labios apenas separados de mi mejilla, lo suficiente para que el calor de su aliento me cuente secretos que no se dicen.

Mis dedos se enredan en su nuca.

Sus caderas marcan el compás contra las mías.

Bailamos. No para el mundo.

Bailamos para entender en qué parte exacta de este roce termina una y empieza la otra.

—Te estás moviendo bien —dice en un susurro que apenas llega a mis oídos.

—Estoy aprendiendo de ti.

—Así es como me gusta.

Me hace girar, y ahora es mi espalda la que queda contra su pecho. Su mano recorre mi brazo sin prisa, hasta que nuestros dedos se entrelazan. La otra permanece firme en mi cintura, guiando el movimiento.

Nos balanceamos juntas, dejando que todo se diga en los roces.

Su respiración me roza el cuello. El calor de su cuerpo se mezcla con el mío, desdibujando los bordes.

Y cuando me vuelve a girar para enfrentarla, su pierna se acomoda entre las mías, no por accidente.

La presión es mínima, precisa, suficiente.

Cierro los ojos. No porque quiera, sino porque lo necesito.

El suspiro se escapa sin permiso y se disuelve en la música, como si todo esto fuera parte de la canción.

—Estás temblando —me dice, con la media sonrisa de quién sabe exactamente por qué… y no va a detenerse.

—Tú también —le respondo, apenas. Casi en sus labios, casi sin voz.

Sus manos bajan por mi cuerpo detallando cada centímetro, memorizándome en silencio. Mis dedos encuentran el hueco de su cintura y se aferran ahí, buscando equilibrio en medio del temblor. El salón desaparece.

No hay risas, ni gente, ni luz. Solo ella, yo, y una melodía que nos empuja al borde.

Me tiene justo donde quiere:

Ardiendo.

Muriéndome por más.

Hasta que siento un brazo extra sobre mis hombros y casi me da un infarto. El tipo de susto que borra el deseo y te devuelve de golpe a la realidad.

—¡Lo lamento! ¡Me estaba encargando de un imbécil! —dice Camila, agitando las manos— Pero ya está, ya pasó, sobrevivimos todos, más o menos —por suerte, está tan ebria que no se da cuenta de nada— ¿Seguimos?

—Creo que a Mara le vendría bien un trago —responde Lucía, dejando la mano sobre mi cadera un segundo extra.

—¡Vale, vale, nos sentamos un ratito! —cede Camila, que está ganando muchos puntos para que la odie más que cuando éramos unas chiquillas.

Sé que las intenciones de Lucía son apartarme del grupo. Lo leo en la forma en que me mira, en ese gesto contenido que no necesita traducción. Pero es su hija la que termina llevándome lejos de la pista.

Claro que puedo pararla en seco. Decirle que me gusta su madre y que deje de joder. Pero si a Lucía no le gusta que le levanten la voz a su hijita, entonces perfecto: fin del juego, me borra sin mirar atrás.

Capítulo 17

Tan mal... y tan inevitable

Joan, uno de los empleados del bar y la mano derecha de Lucía, va al volante. Se ofreció sin pensarlo demasiado, quizá por costumbre, quizá porque desde su rincón detrás de la barra ya ha visto demasiadas noches como esta. Maneja con un gesto tranquilo, como si llevar a dos mujeres al borde de un incendio hormonal y a una tercera medio inconsciente, estuviera en la descripción de su puesto.

Camila va despatarrada en un ángulo imposible, con la cabeza contra el cristal, el maquillaje hecho trizas y el alma en pausa. Respira lento, hondo, con ese ritmo que deja claro que ya no se va a enterar de nada más esta noche.

Lucía va junto a la ventana.

Yo estoy en medio.

Y el espacio entre nosotras tiene una electricidad rara, más íntima que cualquier cuarto apagado, más real que cualquier frase dicha a tiempo.

La camioneta avanza despacio por la carretera del pueblo, bajo faroles anémicos y un cielo sin estrellas. Solo suena el murmullo del motor, el soplido cansado del aire acondicionado… y mi respiración, que no termina de estabilizarse.

Lucía se inclina hacia mí. No tanto como para que se note, pero sí lo justo para que su muslo toque el mío con esa clase de roce que no dice nada… y lo dice todo.

—¿Estás bien? —pregunta, con voz baja, como si lo dijera solo para acercarse más.

—Sí —respondo apenas—. Al menos tienes chófer.

—Se volvió necesario —suelta una risa baja, de esas que se sienten más en el pecho que en los oídos—. Siempre pierdo la cuenta de los tragos.

—Yo nunca había bebido tanto —admito.

—¿Soy una mala influencia? —deja que su mano, aparentemente por accidente, roce mi rodilla.

El contacto es mínimo, pero mi cuerpo reacciona al instante. Arde. Así, sin aviso ni permiso.

—Puedes estar segura de eso.

—¿Y te molesta? —su tono es tan bajo que no parece una pregunta, sino una forma elegante de acercarse más sin moverse.

—No.

Me molesta que no estés más cerca.

No lo digo, por supuesto. Solo la miro, y ella me sostiene la mirada. Parece que puede oír todo lo que estoy pensando.

—Lo disfrutas —no pregunta. Afirma.

—Tanto como tú —le suelto, con media sonrisa.

Su mano abandona mi pierna. Un castigo directo por haber respondido demasiado rápido.

—Eres buena en esto —murmura.

—¿Y ahora de qué me estás culpando? —pregunto despacio.

—Incendiar con una sola palabra… —dice, casi pensándolo en voz alta— Por eso eres poeta. Supongo.

Me muerdo el labio.

—Tú incendias con las manos… y no, no me estoy quejando.

Sus labios se curvan. Prueba el sabor de mis palabras antes de tragárselas.

—Entonces las dos somos un problema —no deja de mirarme mientras habla— Tú, por decir demasiado con una sola línea… y yo, por querer entenderlo todo al tacto.

No hablamos más.

No hace falta.

Pero sigue el roce, la tensión, y el calor que se acumula entre dos cuerpos que no se tocan del todo, pero tampoco se permiten distancia.

La camioneta gira y se mete por la calle de la casa Ferrer. Las lámparas del jardín apenas alcanzan a dibujar la fachada. Todo lo demás se esconde en sombras.

Joan aparca y apaga el motor.

—¿Necesitan ayuda para llevarla adentro? —pregunta, levantando el pulgar y señalando a Camila.

—Nos encargamos nosotras —dice Lucía, abriendo la puerta.

Bajamos a Camila. Su cuerpo está pesado y desmadejado. Es un bulto con pestañas postizas. Pero entre las dos logramos arrastrarla hasta la puerta y subirla por las escaleras.

—Tiene talento para el alcohol —murmuro mientras la dejamos caer sobre la cama, más un comentario que una crítica.

—Cada día lo perfecciona, empezó cuando murió su papá —no hay lamento, ni dramatismo. Solo una verdad desnuda, servida sin adornos.

Camila suelta un quejido débil y se da vuelta sobre la cama. El cabello oscuro se le pega a la frente, y su respiración es estable, ajena a todo lo que pasa alrededor.

Lucía le quita los zapatos y acomoda las mantas. Yo solo la observo, sin saber qué hacer con las manos, sintiéndome fuera de lugar.

—¿Te agradeció el poema? —pregunta de pronto.

Su cara no dice mucho, pero en los ojos hay algo turbio. Algo que me desestabiliza. De pronto el piso ya no es tan firme como lo recordaba.

—No era para Camila —susurro, sabiendo que ya no puedo dar marcha atrás.

—¿No? —su sonrisa juega entre la curiosidad y algo mucho menos inocente.

—No —digo, sin bajar la mirada— Era para ti. Como siempre.

Sus ojos caen en mi boca. Su mano se posa en mi muñeca y empieza a subir hasta mi codo.

—¿Cómo siempre?

—Y desde siempre —le aclaro, sin rodeos.

Con la otra mano, me rodea la cintura.

—¿Y la musa celosa? —pregunta— ¿Se resignó a compartirte?

—No hay problema con ella. La tengo enfrente —respondo, sintiendo el calor subir por mi cuello— Y no tiene que compartirme con nadie.

Lucía da un paso más. Su boca queda cerca y todo en mí se tensa, esperando lo que todavía no pasa… pero ya está pasando.

—¿Y en qué momento acepté un trabajo tan complicado? —dice, con un gesto de falsa molestia— Hasta donde recuerdo… tú nunca preguntaste.

Respiro entrecortado. Mis manos suben solas y se apoyan en sus caderas.

—Ya es tarde para renunciar —me humedezco los labios— Volví, Lucía. Y no te olvidé. ¿Vas a cumplir tu promesa?

Sonríe y la tortura de años por fin termina. Me besa.

Es un beso como los que se escriben en los márgenes de los libros, donde nadie mira, pero todo importa.

Me besa como si no me besara por primera vez, como si me estuviera buscando en todos los lugares donde me imaginó, como si sus labios recordaran perfectamente la forma de los míos, aunque nunca los hubieran tocado.

Y yo la recibo entera.

Con las manos, con la boca, con el pecho latiéndome como si tuviera dieciocho otra vez y la certeza de que no hay futuro sin esto.

Nos besamos como se besan los que no se besaron cuando debieron.

Como se besan los que saben que ya no hay nadie más, ni pasado que importe, ni futuro que asuste.

Lucía se agarra de mi nuca, y yo aprieto sus caderas con todo lo que tengo. Es eso, o morir aquí mismo.

Y sí.

Aquí mismo podría morir y estaría bien.

Porque este no es un beso.

Es el poema que nunca pude escribir.

Es la declaración que ninguna de las dos se atrevió a decir en voz alta.

Es lo que pasa cuando ya no hay edad que prohíba.

Cuando el cuerpo dice: ahora.

Y por fin… alguien escucha.

Sus manos bajan por mi pecho. Rozan el borde de la camisa, y mete los dedos, tocando la piel desnuda de mi cintura.

Jadeo contra su boca y ella sonríe. Sabe exactamente lo que está haciendo, y le encanta.

—Silencio —susurra— No querrás que Camila se despierte ahora, ¿verdad?

Me besa el cuello. Sus dientes se marcan en mi piel y ahogo un gemido cuando su lengua traza una línea húmeda desde la clavícula hasta el borde del escote.

Sí, bebimos. Y no, no estamos pensando con claridad. Me empuja hacia la cama, hasta que mis rodillas tocan el borde del colchón.

Caigo hacia atrás y Lucía me sigue. El calor de su cuerpo, la forma en que sus caderas encajan entre mis piernas... todo parece pensado para este momento.

—¿Esto está bien? —su mano dentro de mi blusa busca el broche del sujetador.

—Sí —son dos letras con el peso de una súplica.

Su boca vuelve a la mía. Esta vez, el beso es más profundo. Más urgente.

—Eres preciosa —me muerde el labio— Y te juro que no pienso dejar ni un rincón tuyo sin recordártelo.

Me roza, presiona, se aleja y vuelve, marcando un vaivén lento que me derrite.

Siento su muslo colarse entre los míos, insistente y suave, y mi cadera responde, no porque la mueva, sino porque cede.

Su boca no me toca, pero la siento cerca.

Respira contra mi cuello, y cada exhalación me parte en dos.

Tengo las manos en su espalda baja, y ahí me aferro… sé que no hay salvación.

Que ya crucé ese punto donde dejarme llevar no es una elección, es la única forma de seguir respirando.

—¿Es así como te gusta? —su mano se desliza dentro de mis vaqueros.

Aprieto los dientes para no gemir

—Lucía —su nombre se me derrite en la boca.

—Ha valido la pena la espera —sonríe perversa.

Con el dedo roza justo donde me tiene más vulnerable. Y se queda ahí, jugando con la idea de llevarlo más lejos. De hacerlo de

verdad.

Camila se gira hacia el otro lado. Su cuerpo se acomoda con un suspiro somnoliento. Las dos la miramos, en suspenso. Pero sigue perdida en algún mundo al que los tragos la enviaron.

Lucía sonríe.

No se detiene.

Al contrario.

Sus dedos hacer a un lado mis bragas con una delicadeza criminal. Y cuando por fin me toca, de verdad me toca, tengo que morderme el puño para contener mi gemido.

No es solo el placer. Es la tensión.

Saber que, a menos de un metro, su hija duerme sin tener idea de lo que su madre le está haciendo a la poeta que le escribe versos a escondidas.

Cada segundo se vuelve más peligroso. Más necesario.

Sus dedos no dudan.

Se hunden en mi carne, explorando y apretando donde duele rico, donde arde.

Adentro. Afuera. Justo donde la piel cambia de nombre.

Me lee con la yema. Como si cada roce fuera la estrofa de un poema que solo se escribe de noche y en camas ajenas.

En poco tiempo estoy al borde.

—Shhh —murmura cerca de mi oído, antes de besar mi cuello con una lentitud cruel.

Y entonces, me dejo caer.

Todo se recoge en un punto, un nudo que se aprieta, que se rompe, que se derrama.

Es un relámpago que me atraviesa desde adentro y me deja temblando entre sus dedos, con el pecho agitado y la garganta cerrada.

La culpa vendrá después.

Ahora solo existe esto: el espasmo. La humedad compartida. Su mano quieta, aun dentro de mí.

Y esa calma rara que llega cuando ya no queda nada por esconder.

Capítulo 18

Con la boca llena de versos

Todavía estoy temblando cuando retira la mano. Lo hace tan despacio que parece no querer devolverme del todo al mundo y no dice nada, pero en ese silencio caben más palabras que en todos mis poemas juntos.

Nos quedamos así unos segundos, con el corazón intentando bajar de vuelta al pecho, con la respiración todavía desacompasada, como si el cuerpo necesitara recordarse que sigue siendo cuerpo.

Se levanta de la cama y me da la mano para que vaya con ella. Apenas cruzamos la puerta, la oscuridad del pasillo nos traga y ahí, en medio de ese deseo eléctrico que no nos suelta, me empuja contra la pared.

—Siempre me gustaste… —murmura— Pero ahora tengo hambre de ti.

No sonríe. No juega. Lo dice con la seriedad de quien revela algo que no debería decirse en voz alta. Como si lo que está por pasar fuera sagrado.

Y entonces se lleva los dedos a la boca.

Esos mismos dedos que hace un segundo me abrían y me encendían.

Se los lame despacio.

Uno por uno.

No por morbo. No por espectáculo.

Los saborea. Como si quisiera grabarme en su lengua.

—Sabes tan bien como escribes.

Y no espero más.

O tal vez es ella.

No importa.

En ese instante, nuestras bocas se encuentran, ansiosas.

Nos besamos hondo.

Lengua, aliento, deseo.

Un beso con las manos en la nuca, en la espalda, bajando, agarrando, pidiendo.

Un beso que no conoce la calma. Que empuja, que muerde, que exige.

Un beso que ya es promesa de lo que sigue.

Y lo que sigue…

no va a ser suave.

No puede serlo.

No después de esto.

Nos devoramos como si el pasillo fuera un territorio sin ley.

Lucía desliza mis tirantes con una urgencia que no debería ser tan elegante, pero en ella todo lo es.

—Quítate esto —su voz sale baja, y áspera por el deseo contenido.

No lo pienso. Me saco la camiseta y la dejo caer.

La suya la sigue, sin ceremonia.

Las prendas se pierden, una tras otra, como si entendieran que ya no tienen nada que hacer entre nuestros cuerpos.

Me bajo los jeans con más deseo que coordinación, y se me quedan trabados en los tobillos. Tropiezo un poco, me enredo conmigo misma, y antes de que pueda fingir dignidad, Lucía se ríe.

—¿Todo bien, poeta? —susurra, divertida.

—Todo mejor de lo que debería —le digo, con la mano en su pecho, fingiendo que busco equilibrio, cuando en realidad no quiero despegarme— Tal vez es solo mi cuerpo pidiéndote que te apures.

Alza una ceja, satisfecha. Le gusta lo que escucha, y se nota.

—¿Ah, sí? —pregunta con falsa curiosidad, como si no lo supiera, como si no lo hubiera planeado todo desde el principio— Entonces dime… ¿qué parte de ti está suplicando por mí ahora mismo?

—Mi coño, Lucía —le digo, sin apartar la mirada— Está latiendo. Y quiere saber dónde carajo están tus dedos.

Su sujetador cuelga de la perilla de una puerta.

Mi ropa interior se pierde entre las sombras del pasillo.

Cada beso es una pausa cargada de peligro.

Cada prenda menos, una urgencia que crece y se desborda.

Mi espalda da contra otra pared, y esta vez Lucía muerde.

No duele.

Arde.

Sus manos me recorren como quien repite un poema de memoria, temiendo olvidar una palabra, deseando habitar cada sílaba.

—Apúrate —le digo, rozándole los labios— O te juro que voy a suplicarte. Y no quiero que me veas así.

—No te preocupes —dice con una sonrisa peligrosa— Te voy a dar razones para hacerlo… aunque no quieras.

Abre a ciegas la puerta de su habitación, sin dejar de besarme, sin soltarme.

El cuarto huele a sábanas limpias, perfume, tabaco... y deseo. Del fuerte. Del que se queda impregnado hasta en el aire.

Reímos. Jadeamos. Ahogamos el deseo mordiéndonos, como si el sonido pudiera delatarnos ante dioses o fantasmas.

Lucía me empuja y caigo de espaldas sobre el colchón, pero no estoy sola ni un segundo. Se acomoda sobre mí, reclamando su sitio. A mi lado. Donde siempre debió estar.

—No tienes idea de cuántas veces te imaginé así —sus labios bajan hasta el centro de mi pecho, rozando la delicada curva— Con la boca llena de versos… y de mí.

—¿Y cómo era el final de esa fantasía? —pregunto, mientras mis dedos dibujan la línea de su espalda.

—Justo así —murmura, y cambia de posición.

Su cuerpo gira, y como esos poemas que se leen al revés, el significado cambia por completo.

Y mejora.

De pronto estamos en reflejo: cabeza con pies, boca con sexo, piel con hambre. Me toma por sorpresa, pero no me detengo. No puedo. Solo abro las piernas, y los labios, y la historia.

Ella no empieza de inmediato. Me observa. Acerca su nariz a mi coño y respira profundo.

Mi corazón se aprieta, pero no por el deseo. Es vértigo. La certeza de estar justo donde siempre quise estar.

—¿Lista para beber las ganas que te tengo? —no hay piedad en sus palabras.

—Estoy sedienta…

Da la primera lamida.

Su lengua es paciente. Y cruel.

La mía busca lo mismo, pero con más urgencia.

Entre gemidos, suspiros y jadeos, el mundo se reduce a esto: un círculo cerrado de placer que no distingue principio ni final.

No hay tiempo, ni moral, ni culpa.

Solo dos bocas devorándose en espejo. Dos mujeres volviéndose locas por haberse esperado tanto.

Y ahí, entre su lengua y la mía, pienso:

No es pecado
si al tocarte,
te rezo.

Liturgia del temblor

No es pecado
si al tocarte,
te rezo.

Si mis manos entienden tu cuerpo
mejor que cualquier plegaria,
y mi boca calla
para escuchar cómo respira tu deseo.

No es pecado
si al recorrer tu espalda
repito tu nombre
como si fuera un mantra
que me salva del infierno.

Si tu gemido es respuesta,
si tu temblor es promesa,
y tu cuerpo,
el altar donde el deseo se hace verbo.

No es pecado
si al morderte,
te creo.
Si al perderme en ti,
me convierto.

Porque hay fuegos
que no condenan,
solo purifican.

Capítulo 19

La pasé bien... contigo no

Llevo toda la mañana limpiando la vieja casa de mis padres.

El polvo no está encima: está adentro. Incrustado en las paredes, en los muebles, en cada rincón de esta propiedad que se niega a soltar el pasado.

Pero me obligo a seguir. A pasar el trapo por las ventanas, a juntar revistas, a barrer el suelo, creyendo, contra toda evidencia, que en algún punto eso me va a ordenar la cabeza.

No funciona.

Una parte de mí sigue atrapada en lo que pasó hace unas horas.

En el peso del cuerpo de Lucía sobre el mío.

En la forma en que su boca se deslizó por mi piel, midiendo cada pulgada.

En la manera en que me tocó: primero despacio, después sin piedad.

Tengo el sonido de su respiración vibrándome en los oídos.

Me estremezco. El trapo se me cae de la mano, y tengo que apoyarme contra la pared. Necesito algo que no se mueva, porque todo lo demás tiembla adentro.

No hubo promesas.

No hubo compromisos.

No hablamos de eso.

Lucía me besó hasta dejarme sin aliento, hasta que el mundo se volvió ruido blanco. Y después, nada. Ni una palabra. Solo me miró y en sus labios se dibujó una sonrisa arrogante, porque sabía, claro que lo sabía, que yo iba a pensar en ella al día siguiente.

Y al otro.

Y todos los que vinieran después.

Y tiene razón.

Pero no quiero parecer desesperada. No quiero asfixiarla si la intensidad no viene de la poesía. Por eso me escurrí en la noche como un ladrón y vine a esconderme en las ruinas que mi familia dejó atrás. Porque al menos acá, entre polvo y abandono, no tengo que fingir que no estoy pensando en ella.

Tengo miedo de ser la idiota que va a buscarla… y se entera de que solo fue un buen acostón.

Así que me obligo a limpiar. A poner en orden, al menos, esta casa. Porque mi cabeza, esa, claramente no tiene arreglo.

Estoy juntando la basura en una esquina cuando escucho el crujido de la madera...

Y después, el olor.

Ese olor característico del cigarrillo.

El pulso se me acelera. Giro la cabeza hacia la puerta y la respiración se me queda atrapada en la garganta.

Pero no es Lucía.

Es Camila.

Está apoyada contra el marco de la sala, con un cigarrillo entre los dedos y una sonrisa colgada en los labios. Lleva una camiseta gris, demasiado grande, que se le resbala por un hombro, y unos shorts que dejan al descubierto sus piernas largas y bronceadas.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste? —pregunto, frunciendo el ceño.

—La puerta estaba abierta —miente con descaro.

—La puerta no estaba abierta.

Camila se encoge de hombros y avanza con esa seguridad molesta de quien está convencida de que no necesita permiso para nada.

—Deberías agradecerme —dice, tirando la colilla al suelo— Estoy evitando que te mueras sepultada bajo toneladas de mugre.

—Solo una idea loca… pero podrías avisar antes de venir.

O no venir nunca.

Camila me ignora y se deja caer en el viejo sofá, estirando las piernas sobre el brazo del mueble.

—La pasé taaaan bien contigo anoche —confiesa con una sonrisa perezosa mientras se estira.

—Ajá… —murmuro, porque no puedo decirle que yo también la pasé de maravilla comiéndole el coño a su madre.

Camila me sostiene la mirada.

La sonrisa se le achica. Ya no es gesto: es disparo.

—Te gusto —lo dice, como si fuera un hecho indiscutible.

El cerebro se me apaga por un segundo.

—¿De qué hablas?

—Vamos, Mara… ¿crees que no me daba cuenta? —habla con un tono claro y sin rodeos—Te la pasabas mirando mi casa… rondando cerca de mi jardín como si buscaras una excusa para cruzar la cerca.

¿Qué diablos…?

Sí, idiota. Lo hacía porque me gustaba tu madre.

—Siempre me mirabas mientras escribías esos tontos poemas —dice, señalándome con un dedo— Te hacías la intensa, con el cuaderno y la carita pensativa, pero estabas pendiente de mí. ¡Lo sabía! ¡Siempre lo supe!

¿Tontos?

Perfecto. Lo que me faltaba.

Abro la boca… pero no me deja hablar. Está empeñada en hacerlo más incómodo.

—Y tú me gustas —dice, levantando una ceja con orgullo— Soy directa, ¿ves? Así es como se hace. Nada de drama, nada de poesía. ¡Ahora te toca a ti! Vamos, sin tartamudear.

—Camila… —me mojo los labios. Hay mil cosas que podría decir, pero ninguna se deja agarrar.

—Sé lo que viene —interrumpe con fastidio, rodando los ojos— No quiero arruinar nuestra amistad, bla bla bla. Tranquila. No te estoy pidiendo que nos casemos ni que me escribas sonetos. Solo digo que me gustas… y me encantaría ver qué pasa si dejamos de hacernos las tontas.

No, querida. Con gusto te diría que me das igual. Es más: estorbas. ¿Qué haces todavía en la casa de Lucía? ¿No tienes a dónde ir? Ya crece. Cásate, ten tus propios hijos, y deja de andar por ahí arrastrándote de borrachera en borrachera como si tuvieras 17.

—Camila… —intento otra vez, forzando un tono casual, pero sintiéndome como si me hubiera tragado un cuchillo por error.

Se levanta del sofá y viene hacia mí.

—Si te doy miedo, puedes decirlo—suelta, mordiéndose el labio— Aunque, sinceramente, tu cara dice que lo mío te da más ganas que miedo.

No hay forma de disimular la mueca de horror.

Lo que me provoca no se arregla con antiácidos, se arregla con distancia. Mínimo un continente de por medio.

—No me das miedo.

—¡Entonces, ¿cuál es el problema?! —pregunta.

Que me gusta alguien más. Que me gusta tu madre.

Y lo que pasó anoche fue justo eso que vengo imaginando desde hace años. Y ahora estoy jodida. Completamente jodida. Porque no tengo idea si para Lucía fue quitarse las ganas… o algo más.

Pero a ella no le puedo contar nada de eso.

Así que improviso.

—No estoy en ese momento —digo, fingiendo calma— Acabo de volver al pueblo, la casa está hecha un desastre, y mi cabeza no da para romances ni para nada que se parezca.

Camila me mira. Y claro que sabe que estoy mintiendo. O editando. Que, a esta altura, viene siendo lo mismo.

—Está bien —acepta, encogiéndose de hombros— Podemos empezar despacio.

—Lo que digo es…

—¡Lo entiendo, lo entiendo! Nada serio, cero presión —dice moviendo las manos— Podemos… no sé, comer algo. Esta tarde. En mi casa. ¡Comida normal! Gente normal haciendo cosas normales.

—¿Comer? —pregunto, contrariada

—¡Sí, esto te va a dejar con hambre! —alza los hombros en un gesto despreocupado— Mamá estará ahí, pero no te preocupes. No será raro.

Sin compromisos. Casual.

Y su madre en la mesa.

¿Esta mujer nunca ha salido con nadie? Alguien debería explicarle cómo funcionan estas cosas.

Yo no.

Porque apenas menciona a Lucía y mi cabeza se descarrila.

Sé que es peligroso seguirle el juego. Pero también es una excusa conveniente. Porque claro que quiero verla. Quiero su mirada sobre mí.

Y sus manos.

Y Camila me la está poniendo en la mesa. Lista para el almuerzo.

—Está bien, iré esta tarde —digo— Pero sin promesas. Ya tengo suficientes deudas conmigo.

—¡Vamos viendo! —me guiña el ojo con descaro— ¿Vienes a las dos? ¿Dos y cinco?

—A las dos está bien.

Camila me lanza un beso. Después se da media vuelta y camina hacia la puerta.

—¡Maraaa…! —dice, justo antes de salir, asomando medio cuerpo — No te pongas nerviosa, ¿sí? Solo es una comida.

La miro irse y me quedo ahí, con el estómago hecho un nudo y una sensación de vértigo en el pecho.

La estoy usando para acercarme a Lucía.

Esto es una mala idea. Una de esas que huelen a desastre desde el principio.

Pero ya es tarde.

Demasiado tarde para frenar.

Demasiado tarde para fingir que no quiero exactamente lo que estoy a punto de hacer.

Capítulo 20

Amor, tensión y ensalada

Me planto frente a la puerta de los Ferrer respirando como si eso pudiera domesticar al animal histérico que tengo por corazón. El jardín, claro, está en modo postal: la luz dorada de la tarde cae sobre todo con esa arrogancia de las cosas que nunca se rompen.

Tomo aire. Fingiendo que una respiración más va a calmarme y levanto la mano para tocar el timbre.

La puerta se abre después de unos segundos. Es Lucía quien me recibe.

Va descalza, con la camisa blanca desabrochada en la parte superior, dejando ver la delicada curva de su clavícula. El pelo lo tiene recogido en un moño bajo y un mechón suelto le cae por el costado de la cara, con esa insolencia de las cosas que no se arreglan porque quedan mejor así.

—Puntual… —sus ojos me recorren despacio, y una chispa de diversión aparece en su mirada, recordando lo que compartimos hace un rato.

—No quería hacerte esperar —digo, intentando que mi voz suene a invitación.

Lucía se moja los labios. Y justo cuando creo que va a decirlo, sea lo que sea, una voz llega desde adentro de la casa y lo arruina todo.

—¡Maraaaa! —grita Camila apareciendo detrás de ella. Lleva una blusa cortita y unos shorts microscópicos, el cabello relamido hacia atrás y una sonrisa tan brillante que parece que se la encendieron con un interruptor.

Lo de que no quiero una relación, al parecer, se le borró del disco duro. Porque se acerca, entrelaza nuestros dedos, y se apoya en mí como si tuviéramos tres años juntas y la custodia de un gato.

—¡Vamos al jardín! —dice, tirando de mí con suavidad— Mamá hizo pasta… ¡y huele a gloria!

Sigo a Camila hacia el interior de la casa, y siento la mirada de Lucía pegada a mi espalda. Me recorre entera, sin vergüenza ni disculpas, de arriba abajo y de vuelta.

El jardín trasero logra mantenerse más fresco que cualquier otra parte de San Miguel. El pasto parece cortado con láser, tan parejo que da miedo pisarlo y dejar huella. Alrededor de la pérgola, las plantas están en su mejor momento. Y en medio pusieron una mesa para tres, con un mantel blanco, planchado hasta el delirio, y una jarra de agua con rodajas de limón.

Camila me conduce hasta allí y me ofrece una silla.

—Siéntate. ¡Lo arreglé todo para ti! —sonríe de oreja a oreja mientras se deja caer en la silla de enfrente— ¿Te gusta?

—Todo se ve…

El jardín es hermoso. Igual que hace años, cuando lo miraba desde mi ventana, escondida entre las cortinas, espiando a Lucía mientras leía o regaba las plantas con una paz que no podía ser de este mundo.

Entonces me parecía lejana, hecha de otra materia. Una cosa preciosa e intocable. Ahora estoy aquí, recordando el timbre exacto de sus gemidos.

—Perfecto —añado.

Camila sonríe, pero ya no escucho lo que dice. Mi atención se va, sin permiso, hacia su madre, que aparece con dos platos en las manos.

La brisa le pega la camisa al cuerpo. Esa tela delgada, incapaz de guardar secretos, se le ajusta con una sutileza cruel, revelando lo justo. Lo suficiente para que mirar sea inevitable y dejar de mirar, imposible.

—Espero que tengan hambre —dice, con una sonrisa que no revela mucho.

—Yo muero —responde Camila.

En ese momento, Lucía apoya una mano en mi hombro. Deslizando el pulgar sobre la tela de mi camisa, el roce es sutil, casi nada, pero me atraviesa entera.

Contengo la respiración. Porque si respiro, tal vez tiemblo. Y si tiemblo, pierdo.

—Camila, cariño… ¿podrías ir a la cocina a buscar el aceite de oliva?

—¿¡Ahora!? —suelta un sonido de protesta

—Sí. Por favor —responde despacio, pero su tono sugiere una orden elegante, dejando claro que no hay prisa, pero tampoco alternativa.

—¡Está bien, está bieeen! —dice Camila, dando un saltito mientras se levanta— Solo para que mi invitada esté complacida —y se va casi corriendo hacia el interior de la casa, hablando sola—. ¿Dónde lo habrán puesto esta vez?

Lucía no se mueve. Su mano sigue instalada en mi hombro con la autoridad de quien ya sabe que no va a ser rechazada. El cuchicheo de su hija se desvanece y entonces su pulgar se desplaza, encuentra el borde de la camisa y se mete sin pedir disculpas. Buscando el tacto de mi piel.

—¿Te sientes cómoda? —pregunta— ¿O prefieres que yo coma dentro?

Algo en el pecho se me desborda.

—No… digo, está bien… es tu casa —tartamudeo.

—Lo sé… pero si no estás cómoda con mi…

—Solo vine por ti…

Su mano baja despacio por mi hombro, deslizándose por la clavícula y sigue descendiendo, sin prisa, hasta que sus dedos rozan el borde de mi pecho.

Separo los labios, pero no hay palabras. Solo aire, tensión y la certeza de que quiero que siga.

Lucía obedece a mi súplica muda. Sus dedos bajan y presionan sobre mi pezón con una suavidad que me rompe los pensamientos.

—¿Te gustó lo de anoche tanto como a mí? —su boca se desliza muy cerca de mi oído, rozando el aire entre palabra y palabra.

Mi corazón está pateando todo desde adentro.

—Tal vez un poco más —jadeo, sin aliento y con cero dignidad, pero ya qué importa.

Sonríe y me aprieta más. Ni tierna ni cruel. Solo esa presión exacta que me hace vibrar.

—Suena como un reto —susurra con los labios pegados a mi oreja — Y creo que podemos hacerlo mejor.

Ahogo un gemido y cierro los ojos un segundo, no para huir, sino para no explotar. Lucía apoya toda la mano en mi pecho y presiona.

—Vamos… —susurro, y ni yo sé si estoy dando permiso o pidiendo auxilio.

—Shhh… —sus dientes rozan el borde de mi mandíbula— No querrás que Camila nos descubra, ¿verdad?

Mis manos se aferran a los bordes de la silla y las piernas me tiemblan. No por miedo, ni por pudor. Tiemblan porque ella no suelta, porque su mano sigue ahí, empeorando el desastre.

—Ven conmigo —suplico, sí. Porque ya no sé cómo no hacerlo.

—Te busco más tarde.

Los labios me tiemblan y respiro como si el aire estuviera mal repartido. Lucía ocupa su silla con esa tranquilidad que hoy, en este contexto, me da rabia. Rabia del tipo que arde bajo la piel y no encuentra salida.

Y todavía no termino de recomponerme cuando Camila aparece de nuevo, sosteniendo la botella de aceite de oliva.

—Aquí está —dice, dejándola sobre la mesa con un pequeño golpe triunfal— ¡La encontré al fondo, detrás de mil tonterías!

Su madre le agradece, con un tono que roza lo aburrido, cuando a mí me tiene con el corazón desbocado y las piernas todavía temblando bajo la mesa.

Camila empieza a hablar, entusiasmada, sobre una fiesta que están organizando en el pueblo, pero su voz se vuelve un murmullo lejano. No escucho nada. Solo puedo mirar a Lucía, que juega con la pasta en su plato, moviéndola con el tenedor, mientras en sus labios se dibuja una curva que me advierte que está pensando algo peligroso.

Y cuando levanta la vista y nuestras miradas se cruzan, confirmo lo que ya temía: esa curva puede ser mortal… sobre todo para mí.

Capítulo 21
Musa en cuatro, gracias

Miro la página en blanco. O tal vez es ella la que me mira, con esa intensidad muda de las cosas que ya esperaron demasiado.

Frunzo el ceño. ¿Qué carajo me pasa? Las ganas de escribir me revientan en el pecho. Pero no sale nada. Ni una palabra. El papel sigue intacto, con esa blancura insoportable que provoca prenderle fuego.

Estoy sentada en el suelo, con el cuaderno apoyado en las rodillas, rodeada del desastre que todavía finge ser una casa.

Ni siquiera debería estar escribiendo. Tendría que levantarme y ponerme a limpiar.

O podría ir a gritarle a Camila. Esa tonta es un verdadero fastidio. Durante la comida no me dejó intercambiar ni dos frases con su madre sin meterse en el medio, opinando, marcando territorio con la sutileza de un ladrillo. Y después la echó, usando esa voz chillona que debería haberse quedado atrapada en el colegio: «Queremos estar a solas un ratito».

Por supuesto que me levanté antes de que Lucía pudiera hacerlo. Les di las gracias forzando una sonrisa, y me escapé, murmurando que tenía que seguir limpiando.

No mentí. Tengo que limpiar. Pero no es lo que quiero estar haciendo ahora.

Y tampoco quiero escribir.

Me tiemblan los dedos, el pecho empuja, insiste, quiere convertir todo esto en letras antes de que me explote adentro.

Pero no.

No puedo.

La cabeza no está acá. Se quedó pegada a ella.

Lucía.

Sus manos sobre mi piel.

Su boca contra la mía.
Sus jadeos… mis gemidos…

No sé si esto es poesía
o un intento torpe de exorcismo.
Porque cada línea que nace
termina desnuda…
como ella.

Tacho la última línea. Apoyo la cabeza contra la pared y cierro los ojos. Intento apagar el recuerdo a la fuerza, pero no funciona. Los pensamientos siguen ahí, tercos, reconstruyendo cada maldito segundo de lo que pasó entre nosotras.

He dormido en la cama de mujeres guapas, y de otras que no lo eran tanto, al menos no en los términos habituales.

Cada una tenía su forma de estar en el mundo. De moverse, de tocar, de quedarse quieta. Y en cada forma había algo que me mantenía atenta. La que hablaba poco, la que hablaba demasiado. La que me jalaba las sábanas, la que se iba sin cerrar la puerta.

Lucía no se parece a ninguna, porque no es humana.

Es mi musa.

No en ese sentido rancio de mujer idealizada en un cuadro viejo, sino en el único que importa: la presencia que empuja. La que no duerme conmigo, pero se mete en mi cama. La que no me toca, pero me deja temblando.

A Lucía no la buscaba, aparecía. A veces cuando estaba sola, otras cuando estaba mal acompañada. Nunca tuvo horarios. Ni cuerpo, pero me hablaba. No con palabras, sino con interrupciones. Me obligaba a parar, a mirar donde no quería, a escribir lo que estaba evitando.

La escribo, sí.
Pero no para recordarla.
La escribo para ver si así
deja de aparecer en cada vaso medio lleno,
en cada cama medio vacía,
en cada cigarro que no me fumo

pero enciendo igual,
por si vuelve.

Trazo una cruz enorme sobre el poema y lanzo el cuaderno lejos. Me arde tenerlo cerca. No quiero verlo. No quiero leerme.

—¿Te has peleado con la musa?

Levanto la cabeza.

Lucía entra al salón. No me mira, observa el desorden con una expresión que la hace ver mayor. De acuerdo. La hace ver de su edad. Es que esa mujer tiene una presencia seductora que le enmascara los años con una facilidad impresionante. Ni cremas, ni cirugías: pura actitud. A mi madre nunca le gustó.

—Se la pasa fumando en ropa interior y ni asoma la nariz por la iglesia, ¡una vergüenza, te digo!

—No está en ropa interior y de todas maneras no sabía que había un reglamento para vivir en San Miguel.

—¡Es una mujer hecha y derecha, Mara! Tiene mi edad y sigue comportándose como si tuviera veinte…

—Tal vez porque se cansó de fingir que le importa lo que piensa el resto.

—O tal vez porque nunca maduró. Hay gente que cumple años y no le crece ni una pizca el sentido común.

—¿Y eso la hace mala persona?

—No quiero que estés metida con ella, ¡punto!

—No estoy metida en ningún sitio, mamá. A veces nos encontramos en el jardín y hablamos. Le enseño mis poemas.

—¡Exacto! No creas que no me doy cuenta, ¿eh? Es ella la que te mete ideas en la cabeza y te anima a seguir perdiendo el tiempo.

—No me anima a nada. Solo me escucha, algo que tú dejaste de hacer hace rato.

—Yo te escucho, Mara, claro que te escucho, pero hija, cada vez que abres la boca es para hablar de esa poesía tuya… ¡que no te va a llevar a ningún lado!

—No… —respondo, sin dejar de recorrerla con los ojos— Es solo que ahora me provoca algo que no entra en frases bonitas. Ni quiero

que entre.

Tiene un pantalón negro y una blusa de tirantes que se le adhiere a la piel, como si la tela se hubiera diseñado para seguir sus movimientos.

—Entonces no lo escribas —responde, bajando la voz— Haz que lo grite tu cuerpo… y yo sabré escucharlo.

Habla con una calma que araña. Todo en su tono está intacto. Suelta la bomba y se queda a ver cómo me las arreglo con los restos.

—Vas a tener que ayudarme con eso —le propongo, viéndola caminar en mi dirección.

—Con gusto. Pero no esperes que lo haga con las manos…

Cuando la tengo enfrente, se detiene. Abre las piernas y se arrodilla, colocando una a cada lado de mi cuerpo, hasta quedar montada sobre mí.

—¿Y con qué, entonces? —pregunto, colocando mis manos alrededor de su cintura.

Ella se inclina hacia delante y el peso de su cuerpo cae justo donde arde.

—Con todo lo que tengo prohibido darte —susurra en mi boca.

Y yo, poeta al fin, solo alcanzo a pensar:

Esto no rima,

esto gime.

Su boca llega a la mía con esa calma rara de lo inevitable. No hay apuro. Pero tampoco hay dudas.

El beso empieza suave, como si quisiera recordarme que también sabe ser tierna. Pero luego entra su lengua, y ya no hay ternura.

Hay hambre.

Hambre de años.

De versos que no se dijeron.

De manos que se frenaron en el borde.

Nos besamos como si estuviéramos poniéndole nombre a algo que nunca lo tuvo.

—Improvisa un poema que no puedas leer en público —es una orden entre jadeos y saliva, y a eso no me puedo negar— Haz que tu musa se empape.

Ladea la cabeza con esa mezcla de desafío y entrega que me desarma.

Paso la lengua por mis labios, no para humedecerlos, sino para prepararlos.

Para ella. Solo para ella.

Deslizo las manos hacia el borde de su blusa, y la levanto despacio, hasta que sus pechos quedan al aire.

La beso de nuevo.

Bajo por su cuello, respiro en su piel, lamo el hueco de su clavícula, llego a la línea entre sus senos…

Jadea y me detengo a mirarla.

Está rendida a mí, con la piel erizada, los labios entreabiertos y los ojos medio cerrados.

Un poema que no se puede (debe) leer en público

No hay estrofa más perfecta
que el sonido que haces
cuando entierro la lengua
donde más lo necesitas.

No hacen falta metáforas
cuando tus muslos me aprietan la cabeza
y el deseo encuentra su sitio
justo donde tus pliegues me ahogan.

Tus dedos en mi nuca.
Tus jadeos marcando el ritmo.
Y yo, permitiendo que tu cuerpo diga
lo que mi voz no aprende a pronunciar.

No hay rima,
hay humedad.
No hay estructura,
hay urgencia.
Y en el centro de todo,
tu clítoris,
centro sagrado de toda blasfemia.

Te adivino en cada espasmo,
te invoco con la lengua y con las manos,
me pierdo
en la forma en que tu cuerpo tiembla,
justo antes del silencio,
cuando no sé si acabamos un poema
o estamos empezando el siguiente.

Y entonces te rompes,
como si tu cuerpo no pudiera callarse más,
y me salpicas los dedos,
la boca,
las ganas,

con esa furia líquida que solo entiende
quien ha lamido un alma desde dentro.

No hay pudor,
solo el calor de tu entrega desbordada,
mis dedos temblando con tu nombre,
y yo, mirándote desde el suelo,
como quien ha tocado el infierno
y no quiere volver.

Capítulo 22
De aquí no salgo ilesa

El sofá es incómodo, el tapizado raspa y cruje con cada respiro. Nos advierte que está a punto de colapsar… pero no nos movemos. Nos importa un carajo.

Lucía está medio sentada, medio recostada, con una pierna doblada sobre el cojín y la otra colgando al borde.

Estoy entre sus brazos, con la cabeza en su pecho, el torso desnudo y una mano tirada sobre su muslo pegajoso.

Usamos una sábana vieja, que saqué de las cajas apiladas en mi habitación, para cubrirnos a medias. No por pudor. Por reflejo. Y para no dejar que el frío o la realidad se metan sin permiso.

El aire huele a sexo, polvo y madera. Como si la casa también hubiese sudado.

Lucía se pasa los dedos por el pelo y luego deja que uno de ellos trace garabatos torpes en mi espalda, como si aún no estuviera lista para soltarme.

Y por primera vez, estoy tranquila en esta casa. No desde que volví. Desde que existo.

—Es bastante cómodo —interrumpe el silencio con una voz áspera, suena como alguien que acaba de despertarse de otra vida.

—¿El sofá? —pregunto, sin entender.

—Estar contigo —responde— El sofá es una tortura.

La siento vibrar cuando se le escapa una risa baja, de esas que no se planean ni se controlan.

—Tu cama sí que es cómoda —suspiro, siendo franca, preferiría estar ahí.

—No lo parece, huyes en cuanto puedes —pronuncia con seguridad— Odias mi casa… aunque nunca te atrevas a decirlo.

—No tengo nada contra tu casa ni contra tu cama —le aclaro, sin dejar espacio para malentendidos— Es solo que no quiero parecer

intensa.

—Mencionas mis cigarros en todos tus poemas —se ríe, con esa risa suya que raspa y acaricia a la vez, y yo me sonrojo otro poco— Ya es un poco tarde para esos intentos, ¿no crees?

Lucía siempre ha sido directa. No entiendo por qué sigo poniéndome como un tomate cada vez que se saca la sinceridad de la manga y me la lanza sin anestesia.

No en todos… —murmuro, con la voz bajita y la vergüenza trepándome por el cuello.

—No tienes por qué huir —habla con un tono tranquilo— Soy viuda y estoy soltera desde hace cinco años, Mara. Cuando no quiero despertar acompañada… no traigo a nadie a mi cama.

Me gusta cómo lo dice.

Me gusta más cómo lo remarca.

«Soltera».

Esa palabra no cae, se acomoda. Justo donde sabe que voy a sentirla. No es una puerta lo que deja abierta. Es toda la casa.

Aprieto su pierna. No para responderle. Para asegurarme de que está aquí. Que no es otro delirio fabricado por esta cabeza que no sabe cuándo parar.

Es Lucía hablando de compartir su cama. Esta clase de oportunidades no se dejan pasar. Así que me lanzo, con el corazón atorado en la garganta, a ver si el futuro muerde el anzuelo.

—¿Y si me quedo y lo arruino? —pregunto, sabiendo que esa es mi especialidad.

—Entonces lo arruinas —dice, como si ya no hubiera nada en el mundo que la sorprendiera— ¿Y qué? Te haré café en la mañana… con o sin desastre.

Me río, nerviosa.

Porque la conozco.

Porque cuando dice algo, ya lo pensó, lo sintió y lo decidió. No habla por hablar. Nunca lo ha hecho.

—Llevo años sin tocar la estabilidad ni con un palo. No tengo un lugar al que pueda llamar hogar, y tampoco lo he buscado. Con mi sueldo de poeta, eso entra en la categoría de fantasía absurda —

confieso— Igual, descubrí que mi vida camina mejor cuando no me detengo.

—Eso suena a libertad —dice, acariciándome el pelo— Pero también suena a excusa. Bien armada, bien dicha… pero excusa igual.

Abro la boca, pero no llego a decir nada. Ella se me adelanta.

—No digo que tengas que quedarte, Mara. Pero no me vendas el cuento de que no puedes… A mí no.

Hace una pausa. Respira hondo. De ese tipo de respiros que avisan que lo que viene no va a ser liviano. Ni fácil. Ni evitable.

—Lo que no sabes… es que yo tampoco tengo un hogar desde hace mucho—deja escapar cada palabra con cuidado— Tengo una casa, sí… con paredes limpias y una cafetera automática. Todo en orden. Pero hogar… —sus dedos se detienen sobre mi cuello— no habito uno desde que dejé de tener a alguien que me tocara como tú me tocas ahora.

Trago saliva y me acomodo lo justo para verla mejor.

—Entonces no dejes que me vaya. No todavía.

Escalo hasta sus labios. No es difícil por la distancia, es difícil por lo que implica. Su boca tiene esa forma de amenaza dulce que una parte de mí esquiva por instinto y otra quiere convertir en domicilio fijo.

Cuando llego a ella, no empieza un beso. Empieza una condena compartida.

Es salvaje. Con lengua, con mordida. Me besa como si recordara una pelea pendiente entre nuestras bocas.

—Deja de planear tu próxima salida mientras todavía estás desnuda sobre mi cuerpo —me advierte con la respiración agitada.

—Eso es bastante directo —sonrío, y le muerdo el labio.

—No estoy en edad de andarme con rodeos.

Yo tampoco quiero juegos, y se lo demuestro. Esta vez sin ritmo, ni dulzura.

Me permito ser torpe, meter los dientes, gemir fuerte. Le entrego el beso más largo que he dado en mi vida, y también el más sucio. Lo arrastro por su pecho, sus muslos, hasta llegar a ese lugar de su cuerpo que no tiene nombre, pero vibra con el resto.

Y ahí, en medio de la ruina, del polvo y de las ganas, pienso que si alguna vez me iba a quedar por algo… iba a ser por ella.

Por su cama.

Por su cigarro.

Por la forma en que me deja elegir.

Incluso si elijo mal.

Todo lo que aprendió ardiendo

Lucía no envejece. Se afila.
No le pesan los años,
la hicieron más precisa.
Camina como quien ya entendió
que la piel también puede ser armadura.

No se disimula las canas,
las lleva como quien colecciona relámpagos.
Cada línea en su piel es un mapa,
y quien se atreve a recorrerla
no vuelve siendo el mismo.

No se maquilla para esconderse,
se pinta los labios como quien se prepara para la guerra.
No necesita gritar.
Aprendió hace tiempo
que el silencio también puede hacer sangrar.

Lucía no pregunta si puede.
Entra.
Se sienta.
Te fuma.
Y cuando se va,
queda su olor flotando en el aire,
mezcla de tabaco, jazmín
y decisiones que no piden disculpas.

No es nostalgia.
No es pasado.
Es ahora.
Es una mujer que ya no duda,
y si te elige,
te afila también.

Capítulo 23

Si me haces espacio... no me voy

Han pasado varios días desde que Lucía apareció en mi puerta.

Cumplí mi parte: me quedé hasta que amaneció, me despedí con un beso. Ella no me dejó ir sin desayunar, y media hora después se apreció en la casa de mis padres con una caja de herramientas, un par de cervezas y un cigarro entre sus labios.

Avanzamos lento. Porque cada vez que está cerca me toca.

Me pasa una herramienta y sus dedos rozan mi muñeca.

Empujamos una estantería y su cadera choca con la mía.

Me explica algo sobre la estructura de la casa y su boca roza el borde de mi oído.

Es un juego peligroso.

Y las dos sabemos exactamente lo que estamos haciendo.

—¿Qué harás después de venderla?

He seguido el plan. Firmé papeles, hablé con quién tocaba. Asentí a todo, como quien cierra una puerta sin tener idea de lo que deja adentro. No por valentía. Porque no tengo idea de qué hacer con esta casa y necesito, con urgencia, que pase a ser el problema de alguien más.

—Siendo sincera… no lo sé —respondo, mirando la montaña de basura que hemos ido apilando en el jardín.

Es de noche.

Hace calor.

Estamos sudadas, sucias, con las manos negras de tierra y el cuerpo rendido.

Hay una botella de cerveza a medio terminar sobre la mesa, y Lucía sostiene el cigarro con una elegancia que no encaja con las bolsas de basura ni con la mugre que se le cuela bajo las uñas.

Sin embargo, la miro como si fuera arte en ruinas. Algo bello, desgastado, valioso por todo lo que ha sobrevivido. Algo que no

debería tocarse, y que igual me dan ganas de lamer.

En un impulso repentino, entro corriendo a la casa y salgo unos minutos después con un bidón en la mano y una idea estúpida a cuestas.

—¿Qué haces? —pregunta, al ver que me acerco a la pila de basura desenroscando la tapa.

—Sepultando a mis padres —comienzo a empapar todo, dejando que el chorro salga lentamente.

La gasolina cae sobre los recuerdos como si los bendijera al revés.

Lucía no dice nada.

Solo observa.

Se lleva el cigarro a los labios, lo muerde entre sus dientes y me sigue con la mirada.

El líquido baña la madera podrida, las bolsas, los papeles y ese espejo roto donde una vez me vi adolescente.

Todo arde… aunque todavía no hay fuego.

Pero ya huele a final.

Cuando me detengo, respiro agitada. No por el esfuerzo. Por el vértigo. Por esa mezcla de culpa y alivio que se siente justo antes de hacer algo irreversible.

Lucía se acerca, extiende el brazo y me ofrece su cigarro.

—Hazlo rápido. Lo que no se quema, vuelve —bromea, con esa risa seca y medio oscura que no sabes si viene del humor o de la experiencia.

Sujeto el cigarrillo y me quedo mirando la brasa.

—¿Qué decían ellos sobre mí? —cuestiono sin despegar la vista del cigarro— Supongo que la gente les hacía preguntas.

—Se inventaron una hija que no eras —habla despacio, con una pausa entre cada frase— Una que obedecía, que los llamaba todos los domingos, que prometía volver pronto.

—Me pregunto si alguna vez se arrepintieron de no querer a la verdadera —suelto, sin dramatismo, pero con el nudo bien puesto en la garganta— La versión que no pudieron controlar. La que no encajaba en los marcos de sus fotos familiares.

Lanzo el cigarro.

La llama se enciende con una violencia casi poética.

El fuego corre como si supiera exactamente qué consumir primero.

Papeles, muebles rotos, mentiras.

Todo empieza a arder.

Todo.

Menos nosotras.

—¿Te sientes mejor? —pregunta, sin apartar la vista del fuego.

—No lo sé —respondo— Pero me siento… distinta. Solté algo que me venía aplastando. Y ahora el cuerpo no sabe qué hacer con tanto espacio libre.

Lucía asiente. En su cara hay algo que confirma que entendió todo. Incluso lo que no dije. Especialmente eso.

—Yo también esperé años para soltar cosas —dice— Algunas las quemé… otras todavía las tengo debajo de la cama.

—Siempre tuve la sensación de estar metida en algún rincón tuyo… aunque nunca supe en cuál. Ni si me querías ahí…

Gira el rostro hacia mí. No se ríe. No se incomoda. No huye. Solo contesta.

—Nunca estuviste en un rincón —expresa, con esa calma que solo se consigue después de haber callado mucho— Estabas en todas partes. Y ese era el problema… porque eras lo único que no quería arruinar. Y cuando una ha roto tanto, lo intacto da miedo.

Trago saliva. El pecho se me cierra de golpe, como una puerta que no avisa antes de romperte los dedos.

—Así que no me mirabas solo como la vecina de los poemas cursis.

Lucía se pasa una mano por el cabello y aparta unos mechones húmedos que el sudor le había pegado a la frente. El gesto le sale descuidado, pero le queda perfecto. Como todo lo que no intenta.

—Te miraba como quien mira una tormenta venir desde lejos. Sabía que, si me acercaba, me iba a empapar hasta los huesos…, aun así, no supe dar un paso atrás. Ni quise.

El fuego no baja.

Todo lo contrario.

Se levanta con más ganas, como si acabara de recibir permiso para arrasar con todo.

La respuesta de Lucía me sigue sonando adentro, una y otra vez.

Pienso en todas las veces que deseé que alguien apareciera. No para rescatarme, ni para arreglar nada. Solo para dejar de estar tan jodidamente sola.

—Te necesitaba entonces —susurro, sin apartar la vista del incendio.

—No estuve… pero no fue por falta de ganas. Fue por exceso de conciencia —toma aire y sé lo que está por decir— Tienes la misma edad que mi hija, Mara.

Me cuesta respirar. El calor del fuego no ayuda. Tampoco la forma en que me está mirando.

—Sí… tengo la edad de tu hija. Y lo sé. Pero no quiero que te frenes por eso. No quiero que me cuides. Quiero que no me sueltes.

—Entonces deja de hablar… y ven aquí.

Me toma del rostro con delicadeza, como quien no termina de creerse que tiene permiso para tocarme. Y yo me aferro a su camisa sucia, sin pensar en nada más que en su lengua, que viene a cobrarse todo lo que nos callamos, todo lo que nos negamos cuando todavía nos ganaba el miedo.

Esto es lo que pasa cuando dos mujeres dejan de huir.

Y se miran.

Y se eligen.

Sin culpa.

Sin prisa.

Sin permiso.

Y el fuego sigue ardiendo detrás de nosotras. Pero por primera vez, no quema.

Ilumina.

Entonces el beso se hace más profundo, más torpe, más real. Nuestros dientes chocan. Nuestras narices estorban. Nos reímos entre bocados de aliento, pero no paramos.

Sus manos bajan por mi espalda y se detienen en la curva exacta de mi cintura. Yo pongo las mías en su pecho, sintiendo el ritmo acelerado de su respiración. Sin pensar, sin medir. Solo la toco.

Porque puedo.

Porque quiero.

Porque ya no hay nada que nos lo impida.

Lucía me muerde el labio y ese gesto mínimo me prende entera. Nos pegamos más.

Más.

Como si la única forma de estar fuera invadiéndonos. Habitándonos desde adentro.

—¿Mamá? ¿Mara?

—Mierda —susurro, y me aparto de Lucía de golpe.

La voz de Camila irrumpe desde dentro de la casa.

—¡Mamá!

Tenemos el tiempo justo para esconder las ganas bajo la ropa y fingir normalidad antes de que llegue al jardín.

—¿Están bien? —dice mirando la hoguera con las manos en la cintura— ¿Qué hacen? Casi llamo a emergencias, a los bomberos…

—Mara decidió deshacerse de la basura de la forma rápida —le contesta sin muchas ganas y se aleja a buscar la botella de cerveza que habíamos dejado olvidada.

—Bueno, al menos parece que por fin terminaron —habla con un tono ligeramente crítico— ¡Ya era hora, eh! —me observa con los ojos brillando—¿Qué vas a hacer esta noche?

Mi estómago se contrae.

He rechazado sus invitaciones usando la limpieza como excusa. Por suerte, le tiene fobia al trapo, al balde y a todo lo que huela a esfuerzo, así que nos ha dejado en paz.

Cuando volvemos a su casa, ella todavía anda de fiesta. Eso nos deja el camino libre para meternos juntas a la ducha y encerrarnos en la recámara principal.

Admito que su relación con el alcohol a veces me preocupa. Un poco. O más.

Pero no sé cómo preguntarle a Lucía sin que suene a crítica encubierta de maternidad. Así que me callo.

—Dormir. Estoy agotada —no quiero sonar distante, ni cariñosa, así que simplemente no sueno a nada.

—¡Vamos, una copita no te va a matar! —dice, con una sonrisa juguetona.

—De verdad, estoy cansada —respondo cortante.

Lucía está a unos metros, concentrada en terminarse el alcohol. Esto no podría ser más incómodo.

Camila hace un puchero tan exagerado que roza lo ridículo.

—Mamá, anda, dile que aprenda a divertirse, por favor —gira hacia Lucía con los brazos alzados.

—Ha sido un día complicado, debes dejarla descansar —le hace ver con una suavidad medida.

—De acuerdo. Pero al menos nos puedes dejar solas un momento, ¿sí? —lo dice en un tono que me raspa. Y claro que tampoco me entusiasma la idea de quedarme sola con ella.

—No —para mi sorpresa, Lucía y yo respondemos al mismo tiempo, con la misma determinación

—Hay que vigilar el fuego, podría salirse de control —por suerte, ella saca de su manga un argumento coherente— No sé a qué te imaginas que se juega aquí todo el día… pero si te interesa, ven y participa.

—¿No te das cuenta de que ella quiere estar conmigo? —la enfrenta Camila— ¡No la dejas en paz ni un segundo con el tema de la limpieza! ¡Que si esto, que si aquello! ¡No puedes andar esclavizando a todo el que se te cruza solo porque tú no sabes divertirte ni un poquito!

—Tengo obligaciones, no vine a San Miguel para salir de fiesta —intervengo, sin suavizar nada— Lo lamento, Camila. Pero mi prioridad es la casa…

—¿Cómo vamos a llegar a algo con esa actitud? —dice a mil por hora—. Cada vez que intento avanzar contigo, tú vas y ¡pum! Levantas un muro más alto.

Empiezo a sentir náuseas. ¿En qué puto mundo tiene la cabeza esta tonta?

Se me ocurren mil formas de mandarla al carajo, pero ninguna queda bien con su madre a unos metros.

—La casa está lista —Lucía toma las riendas de la situación— Mañana, Mara tendrá más energía… y tiempo libre —añade— Ya verán qué hacer juntas. Seguro se les ocurre algo… interesante.

Camila aprieta los labios.

—Está bien —dice con un suspiro exagerado— ¡Pero no creas que te voy a perdonar tan fácil, eh!

Se va sin despedirse de su madre, soltando insultos entre dientes.

—De acuerdo, ese es un problema —digo, mordiéndome el labio.

Lucía sonríe, me toma de la muñeca y me atrae hacia ella.

—Tranquila —dice, dejando un beso en mi cuello— Los enamoramientos se le pasan rápido…

—Cree que me gusta, que la miraba a ella… —respondo, dejando caer la cabeza en su hombro— Tengo que dejarle claro que no me interesa. Y mientras más pronto lo haga, menos lío va a ser después… ¿lo entiendes? ¿Cierto?

—¿Me estás pidiendo permiso para romperle el corazón a mi hija? —parece que juega con la idea.

—Es muy caprichosa, voy a tener que ser cruel... un poco —le digo despacio— No quiero, de verdad que no, pero…

—No intervengo en su vida desde que es adulta —dice con la calma típica de alguien que ya ha repetido esto en más de una ocasión—. Haz lo que necesites…

El fuego empieza a apagarse, pero el humo sigue saliendo en oleadas.

—¿Qué pasó con Camila? —pregunto con un tono tímido— En el colegio los chicos se peleaban por ella, y ahora está acá, sigue soltera, vive contigo y se emborracha cada fin de semana. Algo no cuadra. Algo se quedó a medio camino.

—Camila se aburre fácil —responde sin pensarlo demasiado—. De la gente, de las ideas, de sí misma. Nada le dura más de dos días… ni el entusiasmo, ni el cariño —hace una pausa, y en ese silencio me rodea con los brazos—. Y cuando algo le duele, lo disfraza de exceso. Como si tomar o reírse fuerte le quitara importancia —pone un beso en mi cabeza—. Pero yo la conozco. Aunque no quiera que nadie la vea… yo la veo. Y eso, créeme, la enfurece más que cualquier sermón.

—Lo que lamento es que cuando le ponga un alto, se me van a acabar las excusas para estar en su casa. No va a querer verme ahí.

Ella niega con convicción, su gesto claro y firme.

—No te confundas, Mara —lo hace sonar como un regaño envuelto en terciopelo— Camila puede cerrarte la puerta cien veces… pero esa casa no es suya —me da la vuelta, asegurándose de que la mire a los ojos—. No estás ahí por ella. Estás porque yo quiero que estés —me acomoda un mechón detrás de la oreja, y sus dedos se quedan un segundo más de lo necesario—. Lo que pasa entre nosotras no se va a negociar con mi hija —en su mirada hay un incendio contenido—. No pienso devolverte al otro lado de la reja, Mara. No después de todo lo que costó cruzarla.

Me quedo quieta.

Porque a veces lo que más te sacude no es que te abracen, sino que alguien diga que no va a soltarte.

Y lo diga así.

Sin temblar.

Sin permiso.

Sin miedo a quedarse.

Capítulo 24
Café con aroma a Guerra Fría

Despertamos en su cama. Con las sábanas hechas un desastre y el olor a sexo todavía aferrado al aire.

Tiene el brazo bajo mi cuello, la pierna entre las mías, y su aliento me roza la frente. Parece que ha estado esperando dormirse así desde siempre.

Yo no me muevo. No por miedo a despertarla. Si no porque no quiero que esto se rompa.

Este momento.

Este calor.

Este silencio sin culpa.

Un destello del amanecer se cuela por la cortina. Lo justo para disfrutar de cómo se ve su cuerpo, envuelto en el mío. Incluso dormida, se aferra. Y hay algo brutalmente tierno en eso.

—Mmm… —murmura somnolienta, con la voz ronca— Hueles a mi shampoo… a mi suavizante de telas… y a que eres mía.

—Qué posesiva te pones al amanecer —le susurro, girando el rostro un poco para que mis labios toquen su piel.

—Solo cuando alguien se duerme en mi cama y me roba la mitad de la almohada —su mano rodea mi cintura, deteniéndose en la parte baja de mi espalda— Ah… y también mi remera favorita. Pero eso te lo voy a cobrar más tarde.

—No te la robé —me defiendo— Me la diste después de que te comí el coño.

—Entonces confirmamos —murmura—. Eres mía.

—¿Por cuánto tiempo es el contrato? —pregunto, fingiendo ironía, mientras mi corazón late tan fuerte que temo que me delate.

Lucía sonríe, y esa sonrisa trae todo el descaro del mundo.

—Indefinido —se muerde el labio— Con cláusulas de reincidencia… y beneficios por fidelidad oral.

Una risa fuerte se me escapa.

—Eso suena peligrosamente conveniente para ti.

—Y delicioso para las dos —me atrapa con las piernas—. Así que quédate quieta… —susurra sobre mi boca—. Voy a aprovecharme de lo que es mío.

—De lo que siempre ha sido tuyo —le digo, mordiéndole el hombro. Porque a veces el amor también se dice con los dientes.

Desliza su mano dentro de mis bragas, y justo en ese segundo, mi celular en la mesita empieza a vibrar. La vida real tiene un timing de mierda.

Lucía exhala con un sonido fuerte.

—No contestes —dice, mientras sus dedos se amoldan entre los pliegues de mi intimidad.

—Podría ser el agente inmobiliario —digo, con la libido hecha trizas.

—Podría ser el fin del mundo. Que espere.

Lo dejo que entre al buzón.

Y entonces suena el suyo.

—Creo que sí es el fin del mundo.

Estiramos la mano al mismo tiempo para ver qué pasa. Tal como lo imaginé, la venta ya es un hecho.

—Hay alguien interesado en la casa. El agente quiere que pase por su oficina hoy mismo.

Me muerdo el labio. Sabía que este momento iba a llegar. Lo firmé, lo apuré, recé por esto. ¿Por qué no me siento complacida?

—Puedes rechazarlo —dice, mirándome seria— Esperar un poco más…

—No. Necesito el dinero, eso no puede esperar —respondo, sin dramatismo— ¿Y tú? —pregunto, más para salir de mi cabeza que por verdadera curiosidad— ¿Quién te interrumpe cuando estás por darme los buenos días?

—El negocio —suspira, como si ya le doliera la cabeza con solo nombrarlo— Es fin de mes… tengo que revisar cuentas, gritarle a la impresora y convencer a un proveedor de que no estoy muerta.

—Suenas tan adulta.

—Solo cuando exijo facturas.

—Qué excitante —murmuro, estirándome entre sus sábanas.

Lucía me da un beso en el hombro antes de levantarse.

No corre. No se disfraza de prisa.

Solo camina desnuda hasta el vestidor, con esa seguridad insolente de quien sabe que me tiene mirando. Y que me encanta.

Me quedo en la cama cinco minutos más. Lo justo para fingir que no llevamos días compartiendo sábanas, por si a Camila se le ocurre aparecerse en la cocina.

Tengo que resolver esto hoy. No voy a jugar a la relación clandestina. Somos dos adultas, solteras, y lo que sea que Camila cree tener conmigo, ya es hora de que lo suelte.

Me pongo una camisa, sin molestarme en abotonarla, y bajo descalza hasta la cocina. El olor a café recién molido me abraza en cuanto entro.

Lucía está de espaldas, revolviendo algo en una sartén. Tiene el cuerpo envuelto en una bata, apenas atada, y el moño que le sostiene el pelo parece hecho a las prisas, sin espejo ni paciencia. Aun así, se ve jodidamente irresistible.

—¿Siempre cocinas en ropa interior? —pregunto, apoyándome en la encimera y ella finge no darse cuenta que estoy mirándola con hambre doble.

—No. A veces ni desayuno —responde, sin voltear— Pero últimamente… tengo motivos.

—¿Buenos?

—Suficientemente peligrosos como para justificar tocino, croissants, pan brioche… y mermelada de higo con vino tinto —se lame el labio inferior con un movimiento lento— Hay placeres que merecen desayuno completo.

—¿Estás jugando a ser millonaria?

—Estoy jugando a consentirte. Acostúmbrate… porque pienso hacerlo seguido.

Ocupo un banco en la barra del desayunador y Lucía sirve café en dos tazas.

—¿Esto lo haces con todas las poetas que arrastras a tu cama? —pregunto, fingiendo desconfianza.

—No —responde con una media sonrisa— A la mayoría las dejo escribir con hambre…

Le sonrío de vuelta y pruebo el café.

Perfecto.

Fuerte, con un toque de canela.

Igual que ella.

Estoy por contestarle cuando se azota una puerta en algún rincón de la casa. Y el café, de pronto, ya no sabe igual.

Lucía ni siquiera se inmuta.

Yo, en cambio, me congelo.

—¿Crees que ya se despertó? —susurro, aunque sé que la pregunta es estúpida.

—Lo vamos a averiguar en tres… dos…

—¡Maraaa! —grita Camila entrando a la cocina como un torbellino— ¡Por fin no estás cubierta de polvo!

Lucía suspira. El tipo de suspiro que no hace ruido, pero carga juicio, decepción y un «ya sabía» todo junto.

Camila ha bajado a desayunar en bragas, con un top que parece pintado, el pelo hecho un caos y el celular pegado a la mano.

—Buenos días —Lucía camina hacia la alacena para buscarle un plato.

—¡Qué bien que ya estás despierta! —dice, ignorando por completo a su madre— Pensé que podríamos hacer algo hoy. No sé, una caminata, café en el centro, paseo, chisme, lo que sea, ¡algo distinto!

—Tengo que pasar por la oficina de la inmobiliaria —respondo, tomando otro sorbo de café— Y después tengo que recoger algunas cosas. Todavía no decido qué hacer con mis viejos cuadernos.

—¿Qué más podrías hacer? Debiste quemarlo todo, es basura —dice, sentándose junto a mí— Vamos a escaparnos, ¿sí? ¡Lo prometiste! Y yo soy de las que cobran promesas… con intereses.

Estoy segura de que no le prometí nada. Y el comentario, llamando basura a mis primeros poemas, prefiero tragármelo. No voy a dejar que me arruine un día que empezó perfecto en los brazos de Lucía.

—Hoy no puedo —respondo sin decoraciones.

Ella se ríe, pero en su gesto no queda ni una gota de humor.

—Bueno, al menos podrías ser un poco más… agradecida, ¿no? —dice con fastidio— Te he dejado dormir en mi casa y tú solo me esquivas.

Lucía arroja el plato frente a ella con una violencia premeditada, como quien necesita que algo haga ruido para no gritar.

—La casa es mía —su rostro permanece tranquilo, pero su voz nos aprieta el pecho— Y Mara ha sido bastante… agradecida… conmigo —le lanza un croissant al plato— Y si quieres seguir comiendo mi comida, haz el favor de mantenerte en silencio.

Camila parpadea, se cruza de brazos y le clava los ojos, parece que cuenta hasta diez… o activa una bomba.

—Ahora resulta que tengo que pedir permiso para hablar —hay veneno reprimido en su voz— Porque claro, la invitada especial está desayunando. ¡Perdón por respirar, majestad!

—No necesitas permiso, solo educación. Y últimamente… andas bastante corta de eso.

—¿Sabes qué es raro? —empieza, con la voz tensa y los ojos muy abiertos— Que desde que ella llegó te comportas como si la intrusa fuera yo. Ni siquiera me pediste permiso para darle una habitación.

—¿Pedirte permiso?

El tono de Lucía me deja claro que ya le encendió la mecha. Y tengo ese impulso absurdo y primitivo, de correr para ponerme a salvo.

—Soy tu hija —le grita— Y si ella me incomoda, ¡deberías echarla! ¡Es lo mínimo, lo más básico, lo que haría cualquier madre decente con un poquito de sentido común!

—Mírate… tienes casi treinta —Lucía no necesita subir el tono para cortar hondo— Si algo te incomoda, cariño, puedes agarrar tus cosas… y dormir en otro lado.

—¡No voy a irme de la casa de mi papá! —exclama, totalmente desbordada, con los brazos en el aire y las palabras atropellándose unas a otras— ¡¿Te volviste loca o qué?!

—Te lo repito, con toda la calma que me queda —siendo honesta, ya no hay nada de calma en su voz— La casa es mía.

—La casa la hizo él —sentencia con el rostro encendido— Tú nunca has hecho nada con tu vida.

Lucía deja sus manos sobre la encimera, con los dedos extendidos.

—Yo construí más que esta casa —de algún modo, el aire se vuelve más pesado— Construí tu colegio privado, tus vacaciones, tu habitación con vistas al jardín… y mientras el señor alcalde no se pasaba por aquí durante semanas, yo me encargaba de que ni notaras su ausencia.

Camila la mira con los ojos entornados y con ese brillo que no es llanto, es orgullo herido.

—Yo no pedí que lo hicieras —suelta con rabia— Y al final bien que se te pagó, eh. Te quedaste con su dinero, con todo, con lo que me tocaba a mí. ¡Que debería ser mío!

—Lo que me dejaron fue una hipoteca, un apellido manchado y una hija que todavía cree que la vida se le debe por herencia —no hay titubeos en su respuesta— Si este dinero tiene nombre, es el mío. Y no estés tan segura de que un día llegará a tus manos…

—¿¡Qué!? —salta como si le hubieran pinchado con una aguja— ¿Vas a donarlo a una asociación para poemierdas fracasadas?

Me atraganto con el café. Pero no intervengo, porque cualquier palabra sería gasolina.

—Cuidado con lo que dices —le advierte.

—No, en serio —suelta Camila, completamente alterada— Le gusta esta casa, se le nota en la cara. Ya se está imaginando su vidita cómoda, desayuno servido, vista al jardín y tú ahí, cayendo redondita. Solo tiene que seguir con esa carita de mártir que te desarma, y listo.

De acuerdo, yo tengo bastantes ganas de desaparecer ahora mismo.

Y de romperle la cara.

—Mara no está aquí por comodidad. Está aquí porque yo la invité. Y como lo veo, tienes dos opciones, querida: madurar… o mudarte.

Camila retrocede apenas. No dice nada. Se lo piensa, respira hondo y, por lo visto, decide jugar a ser adulta y ponerle fin al show.

Sale de la cocina sin una palabra, pero deja un portazo como souvenir.

Lucía se acerca, me sirve más café y, con la calma de quien ya está vacunada contra el drama, suelta:

—Perdón. A veces se me olvida que la maternidad no tiene días libres.

—Lamento estar…

—Esto es de siempre. No tienes nada que ver, te lo aseguro. Solo eres la excusa de la semana —tiene la sonrisa cansada de quien ya ha visto pasar demasiadas tormentas.

Pone su mano en mi espalda. No puede arriesgarse a más, y no hace falta. Ese roce es suficiente para ambas.

Capítulo 25
No soy opción, soy decisión

Lo más sano es no pensar mucho en Camila.

Nunca he creído en lo espiritual. Jamás fui a que me pasaran humo de salvia ni esas cosas que la gente usa para espantar fantasmas inventados. Pero ahora daría lo que fuera por una limpieza a fondo. Porque estoy segura de que Camila es un vampiro energético.

No muerde, no deja marcas. Agota.

Tiene el talento miserable de vaciar el ánimo de una habitación en cuanto cruza la puerta. Su presencia cobra un impuesto que nadie autorizó y respirar cerca de ella cansa el doble.

Después del desayuno huimos de la casa. Lucía se fue a Tintero, yo a la oficina del agente inmobiliario. El tipo habla con esa voz inflada de quien cree que vende castillos y no casas desechadas por sus propios dueños. Por eso sé que va a cerrar el trato rápido.

—Está evaluando opciones —dijo, cruzando las piernas con una elegancia que parecía forzada— Pero la suya le resultó atractiva. Me pidió coordinar una visita para esta semana.

Eso fue todo.

No me preguntó si quería quedarme con la casa, si tenía dudas, si me dolía dejarla.

Solo se aseguró de que las llaves estuvieran disponibles y de que el jardín ya no se viera como una escena del crimen.

Negocios son negocios. Aunque a veces lo que se venda sea un pedazo de uno mismo.

Firmé un papel que no leí con atención y salí antes de que pudiera felicitarme. Porque no se siente como algo que quiera celebrar. Se siente como ver a alguien borrar las últimas huellas de mi origen. Esa casa, llena de goteras, es el único testigo de lo que alguna vez intentó ser una familia. Ahora vendrán nuevos apellidos, nuevos

niños, nuevas fotos colgadas en paredes. Y yo voy a ser, oficialmente, alguien que vino de ninguna parte.

Pero no dije que no.

Solo asentí. Como siempre.

Como quien no sabe si quiere quedarse, pero tampoco tiene ni puta idea de a dónde ir.

Paso el semáforo de la plaza central, el único que hay, está todo el tiempo parpadeando en ámbar, es más decorativo que útil.

—No sabía que te gustaban las rosas.

—No me gustan. Pero mi marido cree que sí.

—¿Y por qué le dejas creerlo?

—A veces es más fácil que corregirlo.

—¿Qué sí te gusta?

—La gente que se toma el tiempo de preguntar… en lugar de suponer.

—Entonces tengo ventaja.

—Te oyes muy segura.

—A veces solo hay que parecerlo… para que alguien empiece a verte en serio.

—Estás jugando con fuego, y no pareces tener un plan para no quemarte.

Vuelvo al presente, sin sobresaltos, como quien se despierta de un sueño.

Sonrío.

Porque ahora la tengo cerca.

Puedo tocarla.

Puedo besarla

No sé cuánto va a durar esto.

No sé si algún día va a arrepentirse de haberme dejado entrar.

Pero hoy, ahora, es mía. Soy suya.

Y con esta victoria breve me basta.

Tomo un desvío rumbo a Tintero. Porque quiero verla. Porque no han pasado más de tres horas y ya la extraño.

El local está cerrado al público. Pero adentro hay vida. Dos tipos jóvenes están limpiando el piso con trapeadores que dejan estelas húmedas. Otro acomoda las mesas, tarareando una canción que no reconozco.

Todo vibra con ese ritmo de entretiempo, ese momento raro en que un lugar respira antes de volver a llenarse de gente.

Empujo la puerta con cuidado.

—¿Hola? —pregunto, y en cuanto la palabra sale de mi boca, ya me siento fuera de lugar.

Los tres levantan la vista, desconcertados. No me reconocen. No tienen por qué.

—¿Sí? ¿Buscas algo? —pregunta uno, acercándose lo justo para ser amable sin comprometerse.

Lleva una camisa de manga corta salpicada de cloro y la mirada de quien ya se prepara para lidiar con estupideces antes de que pasen.

—Estoy buscando a Lucía —digo, tratando de sonar amigable.

—¿La jefa? —interviene el que organiza las mesas.

Asiento.

Los tres se miran, incómodos. No hay complicidad: hay miedo a decir que no.

—Está ocupada —comenta el del trapeador, dejando que su mirada caiga al suelo— No atiende a nadie por ahora.

—A mí sí me va a atender —escupo, sin darle demasiadas vueltas, con una dosis de arrogancia que no había planeado mostrar.

El más joven se acerca con cierta cautela. Tiene cara de no querer meterse en líos, pero igual lo hace.

—Es que… —baja la voz, temiendo que Lucía pueda oírlo desde alguna parte— Llegó alguien a verla. Alguien importante. Tienen una reunión en su oficina y pidió que no la interrumpamos por nada.

El estómago se me retuerce.

Alguien importante.

¿Quién carajo es importante para mi mujer?

El empleado no lo dice para joderme. Pero esas dos palabras me golpean el pecho como una patada mal dada.

—¿Importante? —repito, como si no entendiera el idioma.

Él asiente.

—Sí. Dijo que no pasemos llamadas, ni visitas. Que necesita privacidad.

Muerdo mi lengua.

¿Privacidad? ¿Para qué?

Me río por lo bajo, con una de esas sonrisas que nacen muertas.

—Mira —me aclaro la garganta— No quiero ser imprudente, de verdad…

Los tres empleados me observan como si olieran que estoy a punto de hacer una locura.

Y no se equivocan.

—Pero se trata de Camila…

El más joven arruga el rostro.

—¿Qué pasa con Camila?

—Es algo grave —respondo, bajando un poco la voz— Tienen que dejarme ver a Lucía. Necesito hablar con ella. Ahora. Antes de que todo sea peor.

El chico me mira, atrapado entre la preocupación y el miedo.

—¿Grave? ¿Le ha ocurrido algo?

—Le ha pasado algo terrible —deberían darme un Óscar por esta actuación—. No puedo dar más detalles.

Se lanzan una última mirada, esperando que sea otro el que haga la estupidez de ofrecerse.

El más joven asiente, resignado, y me señala las escaleras.

Lo sigo callada, cuidando que mis pasos no delaten el escándalo que llevo adentro.

—Está ahí —señala una puerta de vidrio esmerilado con marco negro— Pero si después se enoja, yo no tuve nada que ver.

Asiento sin agradecer. Estoy demasiado ocupada conteniendo el torbellino en mi estómago.

Toco la puerta dos veces y la abro sin esperar respuesta.

Lucía no está en su escritorio, ni perdida entre papeles, ni disfrazada de empleada ejemplar.

Fuma en el sofá, tiene las piernas cruzadas y el vestido deja al descubierto el inicio de su muslo.

A su lado hay una mujer. Quizá tiene la misma edad que yo, pero sin polvo en las uñas, sin el cabello revuelto, sin el pasado pegado a los hombros.

Es atractiva. Mierda.

Cabello corto y liso, recién peinado. Blusa blanca abotonada hasta el cuello. Labios rojos, delineados con una perfección que jode. De esas mujeres que saben exactamente cómo se ven y hacen de eso un arma.

Me siento ridícula.

Lucía no se levanta.

No dice nada.

Sacude el cigarro sobre el cenicero y me mira como si fuera el proveedor de aceitunas.

—Mara —dice al fin.

No hay sonrisa en sus labios, ni culpa en su mirada; solo mi nombre, dicho con pereza, cayendo al suelo como una moneda de poco valor.

La otra mujer me lanza una de esas miradas que etiquetan todo en tres segundos.

—¿Interrumpo? —pregunto, odiando lo rota que suena mi voz.

—Siempre sabes elegir el momento… —responde Lucía, no entiendo si lo dice como una virtud o un problema.

Su visitante estira una mano hacia mí como si estuviéramos en un cóctel elegante y no nadando en una incomodidad que se mete por los poros.

—Daliahé —dice, como quien sabe que su nombre y su voz son suficiente presentación— Cantante a medio tiempo. Admiradora de este lugar a tiempo completo.

Le doy la mano con una sonrisa cortés.

—Encantada —miento.

Ella baja la voz, confiándome un secreto que no pedí.

—No se lo digas a nadie, pero Tintero lo abrió pensando en mí —lanza una risita cargada de satisfacción, y Lucía no la contradice— A cambio, yo escribo canciones pensando en ella. No podía ser de otra manera.

Solo asiento, porque de pronto no confío en mi voz.

Lucía da una calada y se pone de pie con esa elegancia suya que no se ensaya, se tiene.

—Mara es poeta — mientras lo dice se pone a mi lado, cruza el brazo por mi espalda y apoya la mano en mi hombro, como quien recuerda que eso también es casa— He leído a muchos. He visto versos hermosos, construidos como edificios impecables… pero los de ella son otra cosa —su tono baja— Tiene ese don raro… el de ponerle palabras a lo que otros apenas se atreven a sentir. Y cuando la lees, no sabes si protegerte o dejarte romper. Yo… elegí lo segundo.

No me nombra suya. No me reclama como parte de su historia.

Pero me planta en el centro del escenario, como si fuera obvio que, de todas las cosas en esta habitación, yo soy la que más importa.

Daliahé la mira con una ceja alzada, y aunque sonríe, hay algo tenso en la línea de sus labios. Se cruza de brazos con un aire casual que no engaña a nadie y ladea la cabeza, observándola como se mira una obra de arte que de pronto dejó de gustarle.

—Vaya —dice, estirando cada letra— Qué presentación. Y yo que pensaba que solo mis canciones te provocaban así… —sonríe, segura de su encanto— Parece que la competencia se puso interesante. No sabía que también coleccionabas escritoras.

Me acomodo un mechón detrás de la oreja y dejo que mi voz salga con esa calma que a veces me rescata.

—¿Celosa o sorprendida? —pregunto, con una dulzura que ni yo me creo— Porque si se trata de colección, hace años que Lucía me tiene guardada en la estantería más alta —me meto las manos en los bolsillos— Y lo lamento, pero no vine a competir. Estoy aquí porque ya gané.

Hay un brillo desafiante en sus ojos.

—Vaya, qué seguridad la tuya —dice, recostándose con soltura en el sofá— Aunque, ya sabes lo que dicen: ganar es fácil, lo difícil es mantenerse en la cima —saborea el veneno que se acumula en su lengua antes de dejarlo caer— Y ten cuidado. Si te tiene en la estantería más alta… quizá sea porque no piensa bajarte nunca. Solo

mirarte desde lejos. Limpia. Intacta. Inalcanzable. Como un libro que ya leyó.

—Daliahé gracias por venir, de verdad —interviene Lucía— Sabes cuánto valoro tu música… Pero hoy no voy a poder regalarte más de mi tiempo.

La cantante de poca monta se queda sentada, con las piernas cruzadas y una expresión que intenta ser altiva, aunque se le escapa un resto de incredulidad.

—¿Tan rápido me vas a echar? —pregunta, mostrando una clara actitud de superioridad— Vaya, no todos los días se tiene el privilegio de mi compañía… y tú decidiendo desperdiciarlo.

—Si tienes la intención de cantar este mes, habla con Joan. Él sabrá qué hacer contigo.

—Bueno… supongo que tienes derecho a divertirte —se pone de pie, alisándose la blusa —Nos vemos cuando se te pase la fascinación…

—Si te preocupa cuánto tiempo va a mantener Mara su lugar… —me mira de reojo— puedes estar tranquila. No hay necesidad de reemplazar lo que ya es suficiente.

Daliahé la encara, y por un instante parece que va a responder algo. Pero se contiene. Ajusta su bolso con una dignidad forzada y, antes de salir, se vuelve una última vez hacia mí.

—Suerte en la estantería —tiene un gesto cruel— Ojalá no te llenes de polvo…

Y se va.

Lucía no dice nada. Solo suelta un suspiro y se acerca a la puerta para poner el seguro.

Me muerdo las uñas porque no sé qué hacer con las manos… ni con el resto del cuerpo. Ni con esta rabia que no es mía, pero se me quedó encima.

—No pensé que hubiera competencia —digo, medio en broma, medio en serio.

Lucía me mira, esa expresión suya que no se deja traducir.

—No la hay —responde, acercándose— Y nunca la habrá para ti.

Me acomoda un mechón detrás de la oreja. Su tacto es tranquilo como su tono, pero igual arde.

Me mira como si ya supiera lo que estoy pensando, como si me llevara varias jugadas de ventaja y, aun así, quisiera dejarme ganar.

—He tenido sexo con Daliahé, algunas veces —al escucharla pienso que la honestidad está sobrevalorada— Nunca ha sido importante.

Aprieto los labios. Estos años también tuve una vida y sexo con mujeres. Esa frase no debería doler, pero duele.

—Tranquila, no vine a hacer inventario.

—Sé muy bien cómo se ve todo desde afuera. Por eso prefiero que lo escuches de mis labios. No porque tenga que darte explicaciones… sino porque me importas.

—Eso es suficiente para mí. Lo demás lo digiero con café.

Lucía sonríe y le brillan los ojos un segundo antes de apagarse.

—Quédate —dice, tomándome por sorpresa, aunque en su voz no hay drama ni súplica— Quédate conmigo, Mara.

No sé si habla de esta oficina, de la cama o de su vida entera.

—¿Y si un día ya no me quieres aquí? —esa duda me muerde los talones cuando me acerco demasiado.

Ella entrelaza nuestros dedos, sabiendo que eso es más íntimo que cualquier beso.

—Si ese día llega… te lo diré. Pero no será hoy. Ni mañana. Ni pronto.

Apoyo mi frente en la suya.

No hay música, ni aplausos, ni fuegos artificiales estallando en el cielo. Solo el tic-tac del reloj en la pared.

—Te advierto que soy torpe —susurro.

—Te aviso que soy paciente…

Y me besa.

No con urgencia.

No con hambre.

Me besa como si el tiempo, ese animal salvaje, se hubiera echado a dormir a nuestros pies.

Y en su boca encuentro algo que no busca devorarme, ni rescatarme, ni prometerme nada.

Solo quedarse. Solo ser.

Lo inevitable no necesita testigos

No me prometió nada,
ni amor,
ni mañanas,
ni quedarse a mirar cómo se enfría el café.

Pero ahí estaba,
cerrando la puerta con llave,
como quien no quiere testigos
para lo que va a pasar.

No me dijo que me quería,
pero se quitó la ropa
como quien se quita el miedo.

No habló de futuro,
pero me desarmó el presente
con las manos firmes
y la boca entreabierta.

No me prometió nada,
y, aun así,
su cuerpo hablaba en voz baja
de todo lo que iba a volver a pasar.

Y yo,
que nunca creí en señales,
empecé a guardar sus silencios como si fueran promesas.

Quedarse también es verbo

Hay mujeres que no te salvan,
te esperan.
Y eso, a veces, duele más.

No llegan con respuestas,
no intentan arreglarte.
Solo se quedan ahí,
sin hacer ruido,

dejando espacio
para que seas, sin miedo.

No preguntan cuándo vas a volver,
pero dejan la luz encendida
y una parte de la cama desordenada,
como si supieran
que tarde o temprano vas a entrar
sin decir nada.

No te curan con palabras,
te sostienen con el cuerpo,
te abrazan sin apuro
cuando ya no te queda ni voz
para explicar por qué lloras.

Hay mujeres que no te salvan,
pero te esperan.
Y en ese gesto simple,
sin promesas ni condiciones,
te salvan más que nadie.

Libertad bien servida

No me pidió que me quedara.
Me ofreció un lugar.
Y a mí eso siempre me jodió más que el deseo.

Porque el deseo va y viene,
arde, se apaga,
vuelve disfrazado de otra boca.

Pero un lugar…
un lugar se queda.
Se mete en la piel
como un olor que no se va,
como una canción que no sabes por qué
Sigues tarareando.

No me habló del futuro,
ni de amor,
ni de promesas con fecha.
Solo abrió la puerta
y me dejó estar.

Y yo,
que siempre confundí amor con urgencia,
me descubrí en paz
mirándola dormir,
entendiendo, por fin,
que a veces la libertad
es dejar de huir.

Capítulo 26

Si ella es el ritmo, yo soy la letra

Ocupo una de las mesas del fondo, con un vaso de limonada a medio terminar y las piernas estiradas sobre la silla de enfrente. Tintero todavía no abre, pero ya se mueve: una mujer barre el foro con cara de estar contando los minutos, Joan está en el bar acomodando vasos, y la música sale de la rocola, como si también estuviera ensayando.

Lucía es un huracán: revisa la caja, suelta órdenes a nadie en particular, pregunta por el stock de bebidas sin esperar respuesta y llena su libreta de anotaciones.

Llevamos juntas todo el día. La ayudé a organizar unas facturas y terminé sin sostén, enredada entre recibos vencidos y tickets arrugados. El negocio va bien, sí. Es el lugar más popular de San Miguel. Pero mantenerlo así cuesta. Y cuesta mucho. El dinero que entra se escapa casi al mismo ritmo.

Siempre pensé que mis vecinos eran de esos que tienen la vida resuelta desde hace generaciones. Que cuando llueve en su jardín, lo que cae son billetes. Pero la gloria, según me contó Lucía, fue un espejismo que duró lo mismo que el mandato de su marido como alcalde de San Miguel.

Después de eso, lo único que quedó fue su capacidad para estirar el dinero y la costumbre de no deberle nada a nadie.

Y por eso Tintero funciona.

Porque ella está detrás de cada decisión.

Porque, aunque a veces parece que improvisa, tiene un plan para todo. Incluso para mí.

La veo cruzar el salón con una carpeta en una mano. Se planta junto al mesero nuevo, un flaco con cara de que preferiría estar durmiendo, y le suelta indicaciones en voz baja, señalando una hoja

con el dedo. Él asiente una y otra vez, con esa actitud nerviosa de quien quiere hacer todo bien a la primera.

Lucía le da una palmadita en el hombro, sigue de largo hasta el bar y saca un cigarro. Sin prisa, se lo acomoda en los labios, lo enciende y sopla el humo hacia el cielo. El gesto debería ser trivial, cotidiano. Pero en ella todo parece una escena planeada con cuidado.

El mundo se hace más lento para no perderse el momento en que exhala.

Y yo estoy ahí, sentada con las manos quietas sobre la mesa, sintiéndome un poco espectadora, un poco cómplice, y un poco idiota por no poder dejar de mirarla.

De la nada, voltea.

Nuestros ojos se cruzan.

Y sonríe.

Viene hacia mí. Sus pasos no suenan, pero los siento en el pecho. El cigarro le cuelga entre los dedos, como una extensión más de su cuerpo, y el humo se le enreda en el cabello.

Yo no respiro, no vaya a interrumpir algo sagrado.

—En media hora abrimos —dice, deteniéndose a mi lado.

Coloca la mano en el respaldo de la silla y se recarga, tomando un respiro.

—¿Debería ponerme otra ropa?

Chasquea la lengua, moviendo la cabeza despacio, mientras inhala otra bocanada de humo.

—¿Cuál es tu canción favorita? —pregunta, escudriñándome— La otra noche todos peleaban por elegir canciones, y tú... tú nunca pediste nada—el humo se mezcla con sus palabras— Me intriga saber qué sonaría si esta sala fuera solo para ti.

Lo pienso cinco segundos. No necesito más.

—San Miguel de La Gusana Ciega.

Da una calada, saboreando el humo que llena sus pulmones.

—San Miguel —repite, y deja escapar el humo hacia un lado, pero no con prisa, sino con esa gracia suya de quien exhala incluso lo que otros se esfuerzan en esconder.

Camina hacia la rocola dejando una estela. Al llegar pasa el dedo por la pantalla, encuentra lo que busca y lo marca con un toque seco.

Cuando me mira de nuevo, ya sé lo que viene.

—¿Bailamos?

San Miguel empieza, no como un sonido, sino como un cambio de atmósfera. Algo invisible que se instala entre nosotras.

Lucía se acerca sin prisa, sin sonrisa, pero con la serenidad de quien no duda, de quien ya está donde quiere estar. Apaga el cigarro con un gesto casi ceremonioso, lo deja a un lado y me ofrece su mano.

No como quien pide permiso.

No como quien exige.

Me la ofrece como quien propone un salto al vacío sin red.

Y, por supuesto, la tomo.

No podría hacer otra cosa.

Ella me atrae despacio. Guía mi mano hasta su hombro, mientras su palma abierta encuentra mi cintura.

Todo sucede sin palabras, como si hubiéramos ensayado este baile en sueños.

Si solo tú supieras lo que es querer y no poder morder tu piel.

Y caigo en picada, y como ya dije: no hay red.

Lucía me provoca con movimientos que no deberían ser legales. Me guía con la cadera, rozando lo justo para dejarme en vilo.

Por ti me voy, por ti no duermo
Por ti me enciendo cuando sueño que te tengo que tener.

Desliza su pierna entre las mías. Su aliento golpea mi cuello. Y yo cierro los ojos porque no resisto tanta realidad. Bailamos con una torpeza cargada de ganas. Con esa lentitud provocadora que, en lugar de calmar, enardece.

Su mejilla roza la mía.

Su mano sube hasta mi nuca.

Me aprieta contra ella.

—No sabes lo que me provoca el olor de tu piel —susurra.

—No me huelas tanto o voy a romperme —pero me quedo ahí, aferrada a ella, convencida de que es el único lugar seguro.

De noche no se ve y nadie tiene que saber.
Este deseo es como un tren que no puedo detener.

Y llega el beso.

Este beso.

Con sabor a canción vieja y deseo nuevo. Con hambre. Con dientes. Con lengua. Me besa como si le hiciera falta. Como quien lleva esperándome desde antes de saber que existía.

Mi espalda choca contra la barra del bar. Sus manos bajan por mis costados y yo me aferro a su camisa. Al fondo, alguien acomoda mesas, otro repasa la lista de clientes, y seguro que alguien nos mira de reojo, con una mezcla de asombro y envidia.

Pero nada de eso importa.

Seguimos el ritmo de la canción, con la certeza de que esto ya no tiene vuelta atrás.

Por ti me enciendo cuando siento que te tengo que tocar.

—Sabes… —su voz acaricia el espacio entre ambas— Si seguimos bailando, voy a terminar olvidando que aún llevamos ropa.

—Entonces no te detengas.

Por ti me muero cuando sueño que me empiezas a besar.

Y seguimos, enredadas en un ritmo que ya no sabemos si viene de la música o de nosotras.

Después, todo fue ruido

No me besó.
Me puso en pausa.
Me dijo con la lengua
lo que el cuerpo ya sabía.

No hubo promesas,
ni palabras bonitas,
solo el silencio justo
y una mano que entendía más que cualquier verso.

Me tocó como si me conociera
de otra vida,
de otro incendio,
de esas veces en las que no hace falta hablar
porque el deseo ya está escrito en la piel.

No me pidió permiso,
pero es que tampoco tomó nada.
Solo abrió el espacio,
y me dejó entrar
con toda mi urgencia,
mi miedo,
y esas ganas tontas de salir corriendo.

No me besó.
Pero desde entonces,
cada vez que cierro los ojos,
todavía estoy ahí:
suspendida entre su boca
y el resto del mundo.

Lo sentí, y bastó

No estábamos bailando.
Estábamos empezando algo
que no tiene nombre.

Sus manos en mi cintura
no seguían el ritmo,
seguían el pulso.
El mío.
El suyo.
El que se armó entre las dos
cuando el mundo dejó de importar.

No hablábamos.
Nos leíamos con el cuerpo,
como si cada roce
fuera una línea subrayada
de un libro que nunca terminamos
pero nunca olvidamos.

No estábamos bailando.
Estábamos pactando en silencio
una forma de querernos
sin instrucciones.

Y cuando me acercó más,
cuando me sostuvo con esa suavidad que pesa,
entendí que hay cosas
que no se dicen,
no se explican,
no se nombran.

Solo se sienten.
Y te cambian.
Como ella.

Lenguaje sin alfabeto

Lucía me toca
como quien escribe con las manos
y quiere que duela.
No pregunta,
no avisa.
Llega con los dedos cargados de palabras
que no se dicen en voz alta.

No me besa,
me subraya.
Como si supiera
que hay partes de mí
que solo entienden el lenguaje del tacto.

Lucía no ama despacio.
Se mete en la piel
como el alcohol en una herida abierta,
como un poema que raspa
pero no se olvida.

Me deja marcas
como puntos suspensivos.
Se va sin hacer ruido,
pero el cuerpo la sigue nombrando
cuando ya no está.

Lucía me toca
como quien no promete quedarse,
pero igual escribe su nombre
donde nadie más lo va a borrar.

Capítulo 27

El riesgo está en no intentarlo

El cuaderno está abierto frente a mí, pero no lo miro.

Todavía no.

Primero dejo que la mano recuerde el peso de una pluma. Después es el cuerpo el que se acomoda: la espalda cede, el cuello afloja. Hay algo ritual en esto.

Mis dedos rozan el borde de la página, adivinando que esto va a doler antes de escribirlo.

Pienso en una frase, pero no la anoto. La dejo pasar.

El poema no empieza en el papel. Empieza en el pecho. Entre las costillas, donde late algo que no se deja nombrar, algo que arde, que pulsa, que pide ser escrito para no apagarse.

Hoy no busco belleza.

Hoy busco verdad.

La tinta comienza a deslizarse, no escribo como quien espera ser leído. Esta tarde escribo como quien quiere sobrevivirse.

—Te veo... peligrosa de tan inspirada.

No necesito darme la vuelta para saber que es ella.

Lucía se sienta a un lado y, por primera vez en un largo rato, tomo conciencia de mi entorno.

Del cuaderno entre mis manos.

Del jardín de los Ferrer.

De la musa que terminó siendo demasiado real.

Y que ahora está sentada conmigo, fumando con una calma tan insolente que duele mirarla.

Su bata roja es transparente, con encajes que no insinúan nada porque ya lo muestran todo.

Y, aun así, no hay nada vulgar en su postura.

Tiene el descaro de quien ya no necesita pedir permiso para ser deseada.

—¿Qué le confiesas al papel que no te atreves a decirme a mí?

Cruza las piernas y exhala el humo hacia el cielo, disfrutando de cómo mis ojos se escurren por su piel.

—Que me cuesta concentrarme cuando alguien se pasea en bata por el jardín como si fuera un poema con tetas.

Lucía suelta una risa baja y áspera de tanto cigarro.

—Y eso que aún no me he tomado en serio el arte de distraerte.

—Mejor no imagino lo que pasaría si lo haces.

Sus ojos se clavan en mí, mostrando esa intensidad que, en ella, nunca se siente forzada.

—Dime, ¿tus mejores poemas nacen de la crisis o de la felicidad?

—Cuando estoy confundida.

—¿Y ahora... lo estás?

Cierro el cuaderno con calma y lo coloco a un lado.

—Ahora camino en territorio desconocido.

Lucía asiente, evidenciando que le gusta lo que escucha.

—Eso explica por qué escribes tanto —murmura, llevándose el cigarro a los labios— No hay brújula más exacta que una mujer que no sabe a dónde va… pero tiene mucho que decir mientras camina.

Me río, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Eso suena a título de mi próxima antología.

—Avísame si lo usas… quiero pedirlo firmado.

—Te lo firmo… pero con la voz —digo, apoyando el codo en la mesa.

—Léeme, poeta. Me encanta cómo suenan tus palabras cuando no las estás corrigiendo.

Me humedezco los labios, dudo un segundo y paso los dedos por el cuaderno.

—¿De verdad quieres escuchar?

—Siempre quiero escucharte —dice, y lo dice tan fácil, tan natural, que parece una de esas verdades que no necesitan ser defendidas.

La miro. Esa bata, el cigarro, la calma con la que habita cada gesto…

Y decido que sí. Que va a escuchar.

Tomo aire, pero ni siquiera alcanzo la primera línea cuando una puerta se azota dentro de la casa.

—Debe ser Camila —dice, sin darle mayor importancia— Tranquila.

—No puedo estar tranquila si es un problema entre ustedes dos —respondo, volviendo a cerrar el cuaderno.

Lucía suelta el humo. No sé cómo hace para seguir pareciendo dueña de todo.

—Camila siempre arma estos dramas —dice al fin— No lo tomes como algo personal.

Ha estado de fiesta más de la cuenta. Llega de madrugada, duerme un par de horas y vuelve a desaparecer. No habla con su madre y mucho menos conmigo.

—Tengo un adelanto de la casa. Podría irme a un hotel. Sería lo más apropiado.

Lucía apaga el cigarro en el cenicero, no con fuerza, sino con una clara determinación.

—No digas tonterías —responde— Estás conmigo, y disfruto tenerte cerca. No voy a dejarte sola en un hotel.

—Es solo que…

Levanta la mano para evitar que siga.

—No te vayas, Mara… no por ella.

—Es que no quiero que la relación entre ustedes se vuelva insostenible —murmuro.

—Nuestra relación siempre fue complicada, créeme.

Me muerdo el labio y dejo que las palabras se acomoden en mi cabeza antes de soltarlas.

—Ella empezará a sospechar —empiezo, temerosa—. Eres consciente de eso, ¿no?

—Lo tengo bien claro.

—¿Cuál es el pronóstico?

—No permitiré que Camila decida el futuro de lo nuestro —lo dice como si dejarme ir, ni siquiera fuera una opción en el peor de los escenarios— No tiene derecho a decidir quién me acompaña, ni cómo.

—A veces siento que todo esto atraviesa cualquier límite —reconozco con una sonrisa culpable— Demasiado bueno, demasiado repentino… demasiado real.

Lucía se inclina y deja la mano en mi rodilla. Su tacto es como una afirmación escrita en piel.

—Eso no implica que tengas que sacrificar algo. A veces lo bueno sabe sostenerse solo.

Le sonrío. Supongo que nos va el riesgo: ella juega a exhalar humo, yo a inhalar sus provocaciones hasta quedarme sin aire.

—¿Todavía quieres que te lea?

Se moja los labios.

—Siempre.

Capítulo 28

A VECES, EL CAOS ES NECESARIO

Esto se siente tan nuestro.

Tomar café en la cocina, usando esa camisa suya que es demasiado cómoda para devolverla. Y ella, con una bata que hace juego con su lencería. Roja. Como el pecado, como la tentación que nunca dejó de ser.

Es tarde. Camila salió con sus amigos, así que estamos completamente solas. Hablamos de todo y de nada. Intentamos arañar ese tiempo que estuvimos separadas, como si compensarlo fuera posible.

—En tu historia tuvo que haber alguien que importara de verdad —dice, con esa calma suya que no pregunta: invita a confesarse.

No levanta la voz. No frunce el ceño. Solo me mira sobre la taza, sabiendo la respuesta, pero queriendo escucharla igual.

—Depende de lo que llames importante —evado la pregunta.

Se frota la mandíbula, pensativa.

—¿Te enamoraste?

La miro fijamente, no tengo ninguna razón para negarlo.

—Hubo una —muevo la cabeza despacio, afirmando. Vaya que me enamoré— Se llama Irene. Trabajaba en una revista cultural donde publiqué algunos poemas. Era buena con los textos y mejor con las manos.

Lucía sonríe, sin pronunciar una palabra.

—Nunca hablamos de estar juntas —sigo— Pero me gustaba que leyera mis poemas en voz alta. Sonaban más suyos que míos. Supongo que eso me tuvo atrapada un tiempo.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Se aburrió de ver mis maletas en la puerta. No puedo sentarme a escribir en una esquina del mundo. Si quiero que mis poemas se

lean, necesito salir y ella lo entendió… por un tiempo. Un día llegué al departamento y solo encontré una nota.

Lucía extingue su cigarro en el cenicero.

—¿Fuiste a buscarla?

Me río de mí misma, de mis tragedias.

—Ojalá pudiera presumir que mantuve la dignidad intacta. La busqué, lloré, me puse de rodillas… por suerte para ella le ofrecieron un puesto en Canadá. Puso, literalmente, hielo entre nosotras —suspiro, a veces se tarda en comprender que algunas personas, al irse, no te lastiman, sino que te hacen un favor— ¿Y tú?

Su respuesta no llega de inmediato. Se acerca para robarme un beso lento, uno que empieza en la comisura de mis labios y termina en el borde de mi mandíbula.

—¿Que si me enamoré? —se encoge de hombros— No.

Apoya su frente en la mía y, por un instante, el mundo se reduce a este calor en el pecho y a sus manos subiendo por mi pierna.

—Eres la primera que se pone mis camisas —dice, apretando mis manos y jalándome hacia ella con fuerza.

Chocamos y su boca se hunde en la mía. No pide permiso, exige. Es un beso brutal, húmedo, largo, de esos que borran el pensamiento y te dejan puro cuerpo.

—Dios… —jadeo contra sus labios, apenas respirando— No tienes idea de lo que me haces.

—Sí, la tengo —responde con voz ronca y los ojos encendidos—. Y no pienso detenerme.

Nuestras lenguas se enredan en un juego sucio mientras sus manos se cuelan dentro de la camisa y suben por mi espalda, arañándome la piel con una desesperación que duele deliciosa.

—Pídeme más —me aprieta contra ella, como si quisiera atravesarme— Quiero escucharte.

—Déjame sentir tu boca en todas partes —digo, sin poder disimular el temblor en mi voz— Hazme tuya.

Me toma de la cintura con firmeza, y me ayuda a montarme en la encimera. El frío de la superficie choca contra el calor que se escapa de su cuerpo, y gimo… aunque no sé si es por el golpe de

temperatura o porque se inclina y sus labios rozan mis rodillas con una devoción obscena.

—Lucía…

Su boca húmeda sube por mi pierna, dejando un rastro de fuego en cada centímetro de piel.

—Demonios…

Sus dedos encuentran la delgada barrera de mi ropa interior. Primero la acaricia, se toma su tiempo, saboreando la expectativa, y después la baja con una lentitud que me hace estremecer.

—Ábrete —esa orden se me clava entre las piernas— Quiero ver cómo te deshaces por mí.

Y lo hago. Porque en ese instante, ya no me pertenezco.

Me abro para ella, temblando, expuesta, vulnerable… y tan jodidamente viva. El aire entre nosotras vibra, cargado de algo que pesa más que el deseo: hambre contenida, necesidad acumulada… la urgencia brutal de tocarnos hasta desaparecer.

Besa la parte interna de mi muslo y se detiene ahí. Sabe que me está volviendo loca, y lo empeora dejando que su aliento acaricie justo donde más la quiero.

—Estás tan mojada… —dice en un tono que parece dirigido solo a ella— Fuiste hecha para mi boca.

Y sin preparación alguna, me lame.

No es un gesto, es una escritura. Una caligrafía húmeda que empieza en la raíz del deseo y asciende como un verso prohibido.

Su lengua es tinta que no acaricia: borra, reescribe.

Lento. Profundo.

Con esa precisión cruel de quien no solo busca dar placer, sino dejar su nombre grabado en la carne.

No lo llamo sexo oral.

Lo que hace es abrirme en capas: piel, nervios, historia.

En cada trazo despega algo de mí que ya no volverá a ser igual. Lame como quien bendice y profana al mismo tiempo, como quien encuentra a su Dios entre las piernas y no pide permiso para rezarle.

Un gemido se me escapa, incontrolable, gutural, nacido de ese centro sin nombre del que ella guarda el único mapa.

Tengo que aferrarme a sus hombros, al filo de la encimera, a la poca realidad que todavía me queda. Porque ya empiezo a licuarme en su boca.

Cada movimiento de su lengua es una conjura, un hechizo, una respuesta a preguntas que ni siquiera sabía que cargaba. Lucía no busca mi placer, lo reclama. No lo provoca, lo arranca. Lo succiona de mí como si fuera su derecho ancestral.

Y yo, desbordándome, rota y construida a la vez, no tengo más opción que entregarme.

—No pares… por favor.

Su lengua juega con mis pliegues, encuentra mi punto más sensible y lo acaricia con un ritmo que me arrastra al borde y me deja colgando.

Me tortura. Me adora.

Dos de sus dedos resbalan dentro de mí, ganándose un gemido que, sin duda, ya están disfrutando los vecinos.

—Mírame cuando te vengas —ordena— Quiero verte romperte en mis ojos.

Y lo hago. La miro. La miro como si fuera lo único que existe.

Y cuando el orgasmo me revienta en el cuerpo, violento y delicioso, grito su nombre, sintiendo cómo me sacuden los espasmos, mientras sus dedos siguen dentro, tercos, acompañándome hasta el final.

Lucía me besa el vientre, despacio, como quien cierra una ceremonia.

Y entonces, lo escuchamos.

—Bravo.

Un par de aplausos lentos y cargados de ironía, alteran el ambiente.

Mi corazón da un vuelco

Lucía mira hacia la puerta, y yo, por puro reflejo, intento cubrirme. El calor del orgasmo se convierte en una descarga de vergüenza y rabia que trepa por mi columna como un latigazo.

En el marco de la puerta, apoyada con una tranquilidad ofensiva, está Camila.

—No quise interrumpir —escupe, con una sonrisa tan tensa que parece que le va a estallar en la cara— ¡Faltaba más! Sé reconocer una obra maestra cuando la presencio en vivo, gracias.

Lucía no se inmuta. Me acaricia la pierna con una calma que parece medida, como si su hija fuera un fantasma que yo me invente.

—¿Te gustó el espectáculo? —su voz suena seca y peligrosa al hacer la pregunta— Perfecto. Ahora lárgate.

Yo apenas respiro. No sé si vestirme, gritar, esconderme o salir corriendo. Pero entonces Lucía me mira y algo se acomoda dentro de mí.

—¿Te estás cogiendo a mi mamá para tener comida y un techo? —retuerce la cara en una mueca de asco— No puedo creerlo.

Siento que el corazón va a romperme el pecho.

—Camila, no es lo que piensas... —intento explicarle.

—¿Me tomas por idiota? —grita, con los ojos encendidos.

Lucía avanza un paso hacia ella.

—Camila… —empieza a decir.

—¡No! —levanta una mano y le apunta con su dedo— ¿Qué carajo te pasa? Si lo que querías era una puta, hay muchas en San Miguel. Les pagas con tragos y no tienes que traerlas a mi casa...

Lucía le da una bofetada, limpia y sin aviso.

—¿Cómo te atreves? —Camila levanta la mano, con la intención clarísima de devolver el golpe, pero Lucía la esquiva, y cuando vuelve a intentarlo, ya estoy entre las dos.

—Cuida cómo hablas de ella —dice, con la voz afilada como un cuchillo— Estás a dos frases de quedarte fuera de esta casa para siempre.

Camila se ríe, incapaz de creerse lo que escucha. Esperaba ver a su madre avergonzada, sumisa.

Algo lógico después de la escena en que nos pescó.

Yo estoy temblando.

Pero Lucía, ella… no sé qué carajo tiene en las venas que la mantiene tan firme.

—¿De verdad estás haciendo esto, en serio, por una tipa que escribe poemas de mierda que ni riman, ni sirven, ni nada? ¡Te juro

que no lo puedo creer!

—¡Camila! —mi voz sale por encima de la suya— No soy tu enemiga.

—¡No, claro que no! ¡Eres la intrusa que duerme en mi casa, desayuna en mi cocina y se acuesta con mi mamá, perfecto! —escupe cada palabra como un disparo— ¿Tienes idea de lo que me hace sentir todo esto?

—¿Y sabes lo que me ha hecho sentir a mí criar a alguien que exige todo, pero no quiere hacerse cargo de nada? —le suelta Lucía.

—¡Yo no pedí nacer, ¿okey?! —grita Camila, desbordándose como una nena furiosa atrapada en un cuerpo de adulta.

—Y yo no pedí criar sola. Pero lo hice. Te di todo, y lo único que sabes hacer es reclamar.

—¡Porque me quieres robar! ¡La casa, el dinero, todo, todo! ¡Esto es mi herencia, no tu motel de paso para las zorras que te levantas! —me señala, y estoy segura de que intentará abalanzarse sobre mí en cualquier momento.

—Si lo único que te importa es lo que puedes heredar, te voy a dejar algo bien claro —responde Lucía, manteniendo su voz en un tono bajo— Prefiero prenderle fuego a esta casa antes que dejarla en manos de alguien que solo sabe emborracharse y hacer dramas por todo.

Camila tiembla de rabia y se muerde los labios tan fuerte que empiezan a cambiar de color. Mira a su madre, luego a mí, después a la puerta.

—¿Sabes qué? Voy a ponerte una denuncia —susurra, con el único respaldo de su propio orgullo.

—Adelante —la reta Lucía— Quiero ver qué abogado tiene el descaro de pedirme que siga manteniendo a mi inútil hija de treinta años.

Camila no dice nada más. Aprieta los puños y se va. No con dignidad. No con derrota. Solo con esa rabia ciega de quien está a un paso de hacer algo de lo que se va a arrepentir después.

Cuando el portazo sacude la casa, me atrevo a respirar.

—Discúlpame por el espectáculo —murmura Lucía con esa calma suya que ahora entiendo mejor: no es frialdad. Es resistencia.

Y por primera vez desde que la conozco, se deja alcanzar por el miedo.

Capítulo 29

No huimos, me hizo parte de algo

Agarraría mis cosas, las tiraría en el asiento de atrás, pondría a Lucía en el copiloto y nos largaríamos a ningún lado.

Tengo el dinero de la casa y puedo conseguir un empleo fijo.

Pero Lucía no es el cuaderno de poemas que rescaté de mi habitación.

Ella vive en San Miguel, le gusta estar aquí, tiene una casa bonita, un negocio que funciona y la gente la respeta.

—No estás comiendo —dice de pronto, mientras sigue masticando— ¿Le estás escribiendo un poema a la ensalada?

Parpadeo. El pensamiento se me desmorona encima.

—Estaba... pensando —murmuro, sin encontrar una excusa donde esconderme.

¿En fugarnos? —sonríe, girando el tenedor con la rodaja de tomate ensartada en él— Si vamos a escapar, espero que al menos me dejes elegir la playlist.

Vaya. Si huimos, ella puede trabajar de vidente y yo recitando poemas por comida.

—No voy a sobrevivir a la carretera con Roberto Carlos sonando de fondo.

—Un clásico es un clásico —dice, con un suave encogimiento de hombros— Y tú sigues tarareando «Detalles», así que no entiendo de qué te quejas.

No logro contener una carcajada ligera.

—Es que lo cantabas como si te estuvieras divorciando del amor de tu vida.

Levanta su limonada y arma un brindis improvisado.

—Por los divorcios —dice, chocando los vasos— ¿Sabes qué podríamos hacer? —añade con tono reflexivo— Reorganizar los estantes del bar. Joan los mantiene como si le tuviera fobia al orden.

—¿Esta es una cita en Tintero o una trampa para que trabaje gratis?

—Ambas —dice, guiñándome un ojo— Ya estás demasiado cómoda para seguir fingiendo que eres una invitada.

—¿Y ahora qué sería? ¿Interna? ¿Residente?

—Propiedad privada —responde, clavándome los ojos tan rápido que ni siquiera me da tiempo de fingir que no me gustó lo que dijo.

Todavía me estoy riendo en silencio cuando subimos a la camioneta.

Lucía maneja con una mano en el volante y la otra colgada en la ventanilla.

Yo voy a su lado, con las piernas cruzadas y una de sus chaquetas sobre las piernas.

—Adivina qué es lo que más me gusta de San Miguel —me reta, mientras giramos hacia la calle del mercado.

—¿Los chismes gratis?

—Eso también —admite, con una sonrisa torcida— Pero tiene más. La calma. Las calles con nombre de santo, aunque nadie aquí sea demasiado devoto. Los saludos por inercia. Las rutinas que parecen una tontería... hasta que te faltan.

—Una gran familia llena de miembros incómodos —resumo.

—Exacto —asiente, girando el volante— Como una familia que no pediste, pero igual se aparece los domingos. Lo bueno, lo malo, todo se sabe. Pero cuando necesitas algo... están.

Pasamos frente a la plaza central, donde un grupo de adolescentes juega con una pelota vieja y un perro se pasea entre las bancas como si fueran suyas.

Lucía baja un poco la velocidad. Mira todo como quien camina dentro de un recuerdo que todavía no sabe que es pasado.

—¿Nunca te dieron ganas de largarte?

—Alguna vez. Pero hay cosas que uno aprende a querer cuando deja de pelear con ellas. Como el silencio entre canción y canción en la rocola. O esas casas viejas que crujen como si se quejaran de tus pasos.

—O las poetas que caen del cielo —digo, bajando la ventanilla.

Lucía sonríe. No me mira. No le hace falta.

—Sobre todo esas.

La camioneta dobla hacia la calle de Tintero. Desde acá se ven las luces apagadas y el cartel muerto. Pero no se siente vacío.

—Vamos. Tenemos una cita con el trabajo —dice en cuanto apaga el motor.

—Ya tengo mi playlist. Esta tarde la rocola me pertenece.

—Te lo advierto: si pones algo de La Oreja de Van Gogh, me voy a tumbar en el sofá a beber.

Revuelve su bolso grande, lleno de cosas que seguro no necesita, hasta encontrar el llavero.

—Una amenaza como esa solo puede ser una invitación —le lanzo, con la sonrisa de quien espera tener un pequeño descanso para portarse mal.

La puerta de Tintero se abre, emitiendo ese chirrido que, con los días, ha comenzado a sonar familiar. Y ahí, justo en ese sonido feo, entiendo lo que me acaba de decir: hay cosas que uno aprende a querer cuando deja de pelear con ellas.

Aunque llegué hace semanas, ahora que enterré el rencor a mis padres en un pozo sin lápida, entiendo que San Miguel es mucho más que dos personas frustradas por no haber fabricado una médica.

Y me doy permiso de pensarlo, a riesgo de quemarme la lengua: estoy en casa.

Capítulo 30

El dolor huele a madera quemada

Alguien canta con más entusiasmo que talento y las risas del fondo se enredan con el tintinear de vasos y el murmullo tibio de conversaciones desordenadas. Tintero está lleno. Vivo. Como si todos en el pueblo hubieran adoptado la ridícula creencia de que esta noche merece ser celebrada.

Me acerco a la barra, inclinándome para que Joan me escuche.

—Dos tragos. De lo mejor que tengas —le pido— Quiero embriagar a la chica más guapa de la noche antes de que me vea de cerca.

—¿Tequila o afrodisiacos? —pregunta, con una sonrisa de medio lado.

—Una mezcla de ambos.

Mientras se encarga de las bebidas, dirijo la mirada hacia la oficina. La puerta sigue cerrada. Lucía está adentro, esperándome. No es la primera copa de esta jornada, ni será la última.

Sonrío. Admito que la gente de San Miguel me ha contagiado. También siento esa energía absurda de celebración. Hay algo... no sé qué, pero esta noche tiene ese brillo invisible de las cosas que uno querría guardar en un frasco.

Un mesero se acerca apurado. Lo reconozco; no por su nombre, pero esa cara ya la tengo fichada: ayudante nuevo, de esos que limpian mesas y se disculpan hasta por respirar.

—Perdón que interrumpa —dice, con el tono justo para que solo yo lo oiga— pero... está afuera. Camila. La señora ordenó que no la dejemos entrar, pero... —frunce los labios— Hace escándalo.

La sonrisa se desvanece de mi rostro.

—¿Está borracha?

—Parece que sí… —balbucea— Grita que es la dueña, que quiere hablar con su madre. Ya empujó a una clienta... Richard no sabe si

llamar a alguien o dejarla pasar, pero...

—No —lo interrumpo— Yo me encargo.

No quiero que las cosas se compliquen. No esta noche.

Tomo aire y camino hacia la salida. Mientras lo hago, mi cabeza se llena de ideas. De cifras. De posibilidades.

Tengo el dinero de la casa.

Una parte, al menos. Podría ofrecerle algo a Camila. Una especie de trato. No sé si es moral. No sé si es justo. Pero tal vez funcione.

Quizás, si tiene algo en las manos, me deje esta parte de San Miguel. Y deje en paz a Lucía.

Pagaré lo que haga falta. Porque ella ama este pueblo. Con su calma, sus chismes, sus luces apagadas a las diez y sus ancianas que se enteran de todo y lo cuentan peor.

No voy a permitir que la tonta de Camila venga a pudrirle esto.

En cuanto cruzo la puerta, la veo.

Está en la acera, con los ojos desencajados y el rímel corriéndole en la cara, como si acabara de salir de una pesadilla.

—¿Tú qué haces aquí? —grita, sin reparar en la cantidad de personas que la observan— ¿Dónde está mi mamá?

No me da oportunidad de responder. En un arranque estúpido, se echa a correr hacia la entrada de Tintero, empujando a un par de clientes.

—¡Necesito hablar con mi mamá! ¡Lucía! —su voz tiembla mientras pelea con el de seguridad— ¡Lucía, sal ya!

Corro detrás de ella y la sujeto por el brazo

—Camila, basta.

Su respuesta es forcejear, empujar a quien se atraviese y gritar cosas que no alcanzo a entender.

—¡Suéltame! ¡Tiene que escucharme, tiene que salir!

La arrastro como puedo, tirando de ella lejos de la puerta, luchando por mantenerla bajo control mientras decenas de ojos se nos clavan encima.

—¡Tiene que salir! —chilla Camila, fuera de sí— ¡Tiene que salir, no puede quedarse ahí!

—¡Déjala ser feliz, carajo! —le grito, más alto de lo que hubiera querido— ¡Lucía merece ser feliz! ¡No tiene por qué cargar con su

hija fracasada toda la vida!

Camila se detiene un momento, solo para recuperar el aliento, y luego continúa pataleando para acercarse a Tintero. Tiene la fuerza del resentimiento. La fuerza sucia de quien nunca entendió lo que significa ceder.

Y es ahí cuando pasa.

El suelo se sacude como si un trueno hubiese explotado a ras del piso.

Camila se calla, yo la suelto y las dos volteamos hacia Tintero.

Un segundo después, una bocanada de humo espeso sale disparada por una de las ventanas del costado.

Y empiezan los gritos.

La gente corre.

Algo se quiebra…

Tal vez es el mundo. El mío, al menos. Estoy casi segura de que escuché cuando se partió en dos.

—¡Lucía! —grito y salgo corriendo, sin pensar, sin medir, sin dudar.

La multitud se mueve como una ola salvaje. Empujan, tropiezan, se pisan, se arrastran. Algunos lloran a gritos. Otros corren a ciegas, chocando con todo, sin atreverse a mirar atrás.

—¡Lucía! —grito otra vez, y no me reconozco en mi propia voz.

Camila se adelanta y un mesero intenta detenerla, pero ella se zafa con la agilidad de un animal salvaje.

—¡Mamá! ¡Déjenme pasar, mi mamá está adentro!

Le piso los talones, esquivando cuerpos, humo y mesas volcadas. El calor me envuelve: denso, asfixiante, sin tregua. El fuego se expande con una velocidad que no parece real. La madera cruje. El techo escupe chispas como una criatura acorralada y rabiosa.

En las escaleras nos topamos con Joan. Tiene la cara manchada de hollín, el uniforme empapado en sudor y los ojos fuera de sus órbitas.

—¡No pueden seguir! —grita— ¡Está colapsando!

—¡Lucía está arriba! —grita Camila, fuera de sí.

—¡Ella ya debe haber salido! ¡Escuchen, no pueden ir arriba, es…!

Camila lo empuja y sigue subiendo, como si el fuego no existiera. Cuando intento alcanzarla, algo se viene abajo con un estruendo

seco: una viga cae frente a mí y bloquea el paso.

—Tengo que ir a buscarla —grito, con la garganta hecha ceniza.

Joan me agarra de los brazos e intenta arrastrarme.

—¡Mara, no es posible! ¡Ella debe estar afuera! ¡No hagas una locura!

Me arden los ojos. A mi alrededor solo hay llamas y se oye un nuevo rugido.

Alguien chilla de dolor en algún rincón.

Y ocurre otra explosión…

Suena como el corazón de la tierra partiéndose. El suelo tiembla. Un ventanal revienta detrás de nosotros y el calor nos lanza hacia atrás.

Joan me empuja al piso y nos arrastramos mientras caen trozos del techo.

Cuando por fin salimos, me cuesta creer lo que veo.

Tintero arde como un fósforo gigante. El cartel se desprende y se estrella contra la acera. El bar donde nos besamos, donde reímos, donde bailamos... se consume igual que la basura que juntamos en mi vieja casa.

Apenas puedo mantenerme en pie. Siento que los pulmones se me encogen, pero no me doy tiempo para recuperarme. Empiezo a buscar a Lucía entre la multitud de clientes y curiosos que se amontonan alrededor de lo que ahora no es más que una hoguera.

Llegan bomberos, paramédicos, policías. Todo se llena de luces y ruido.

—¿Dónde está Lucía?

—¿La han visto?

—¿Salió?

—¿Alguien la vio salir?

Nadie me responde. Nadie sabe. Todos tienen algo más urgente que decir, algo más urgente que hacer.

Y yo... yo solo me quedo ahí.

Con el corazón hecho un nudo, la cara empapada y los ojos clavados en las ruinas de lo que fue nuestro refugio.

Tintero ya no existe.

Y Lucía...

Lucía no aparece.

Versión fantasma

Dicen que sobreviví,
pero nadie ha visto
dónde quedó mi cuerpo
desde que no la encuentro.

Camino, sí,
pero algo se quedó en su cama,
entre las sábanas revueltas
y ese hueco que ya no calienta nadie.

Respiro,
pero el aire no sabe igual
desde que su voz no lo atraviesa.

Contesto mensajes,
me río en cenas,
pago cuentas,
duermo a medias.
Todo lo que hace un cuerpo que sigue,
pero ya no está.

No hay sangre,
ni gritos,
ni drama.
Solo esa forma silenciosa
de perecer cuando te falta
la única persona que sabía
dónde empezar a tocarte sin romperte.

Dicen que estoy viva.
Pero si la ven,
pregúntenle
si no se llevó lo que era yo
cuando se fue.

Capítulo 31

Salvé lo importante, el resto ardió

[Lucía]

Afuera suena música. De la buena. La que yo elegí, por supuesto. Tintero late como un corazón contento: la gente habla, bebe, se toca. Todo funciona como debe. Todo está en su sitio.

Yo no.

Mantengo los ojos cerrados. No pienso en nada. No por vacío, sino por puro lujo. Me doy el gusto de desconectarme un rato, de dejar de ser la dueña de todo por unos minutos, y simplemente ser una mujer con las piernas al aire y nicotina en los pulmones.

El cigarro se consume a su ritmo, dejando una línea de ceniza que a veces cae sobre el sofá y ni me molesto en sacudir.

Al abrir los ojos, lo primero que veo es el cuaderno de Mara. De inmediato, me sacude una sensación extraña. No sé si es orgullo, nostalgia o esa ligera ansiedad que provocan las cosas que no deberían importarte tanto… pero te importan igual.

Me estiro con esa pereza elegante que da saberse observada, aunque no lo esté, y tomo el libro con una sola mano. La cubierta tiene una esquina doblada, como todo lo que ha pasado demasiado tiempo entre dedos inquietos.

Lo abro. Paso las páginas sin leer, porque no me gusta meterme sin permiso en algo tan íntimo para ella. Así que sólo avanzo hasta la primera hoja que encuentro en blanco, y con su misma pluma escribo:

Quiero ser tu musa lo que reste de vida.

Vuelvo a cerrarlo y lo dejo en su sitio, justo donde ella lo puso, como si nada hubiera pasado.

Pero pasó.

Y yo, que siempre tengo algo que decir, esta vez no necesito hablar. Porque a veces, lo más arrogante que puede hacer una mujer como yo… es entregarse.

Y…

La explosión sacude el aire y me golpea el cuerpo como una bofetada que no vi venir.

No salto. No grito. No corro.

Solo arrugo la frente, agudizando el oído.

Hay un segundo de silencio absoluto, como si el mundo contuviera el aliento.

Después, llegan los gritos.

Voces enredadas.

Pasos precipitados.

Una copa que se rompe.

Alguien llora.

Alguien maldice.

Pero yo sigo inmóvil.

Llevo el cigarro a mis labios con la misma calma con la que lo encendí y doy una calada larga. El humo se queda un segundo en mi pecho atento a lo que ocurre.

Pienso.

La cocina no puede ser. No a esta hora, no con Iván en turno.

El sistema eléctrico es nuevo.

El almacén... es posible.

Aunque si fue el almacén, es grave.

Ahí está todo el vino, las cajas, y los papeles que no he tenido tiempo de ordenar.

No me levanto.

Todavía no.

No hasta estar segura de que no estoy imaginando cosas. Porque si algo me ha enseñado esta ciudad, este bar, esta vida, es que hay que pensar antes de correr.

Porque a veces uno corre hacia el fuego.

Y no soy de las que pierden la cabeza cuando el mundo arde.

Apago el cigarrillo y entonces sí me pongo de pie. Al abrir la puerta, me recibe el calor, mezclado con un penetrante olor a madera quemada.

El pasillo está invadido por ese humo sucio que anuncia lo inevitable.

Camino hacia el bar.

Ya hay clientes empujándose, meseros gritándole a las personas, y vidrios rotos por todas partes.

—¡Diríjanse hacia la salida posterior! —les indico— ¡Lois, abre el portón! ¡Ahora!

Una pareja tropieza. Son Amanda y Ricardo.

El señor Alfaro intenta buscar su abrigo, y lo empujo sin disculparme.

—Salga. No vale la pena.

Julieta se tambalea en sus tacones, y la tomo del brazo.

—Ven conmigo —le digo, y la dejo a cargo de uno de los empleados que contraté hace poco— Ayúdala a salir, está enferma de la presión.

Los conozco a todos.

No son clientes de un bar. Son San Miguel.

Los nombro uno por uno.

Me encargo de que bajen a salvo.

No veo a Mara entre la multitud, pero ella había salido por tragos; seguro que ha sido de las primeras en salir.

Y cuando podría hacer lo mismo y ponerme a salvo, cuando ya tengo una ruta limpia, cuando el humo empieza a rasparme la garganta...

Pienso en el cuaderno.

Ese cuaderno gastado, con las esquinas dobladas, donde Mara se ha estado vaciando desde que llegó.

Son los poemas que ha escrito aquí.

En mi casa.

Conmigo.

No la he visto transcribirlo a su celular en días. Si ese cuaderno se pierde...

Doy la vuelta. Sé que es un error.

Pero dejar sus poemas sería como soltar una parte de ella al fuego.

Vuelvo a la oficina.

El humo se cuela por las rendijas y se arrastra sobre el suelo como una serpiente. Las llamas rugen, han aprendido a hablar y solo saben decir: apresúrate.

Lo hago. Agarro el cuaderno y al girar me encuentro con la última persona que esperaba ver esta noche. Camila.

Está en la puerta.

Sucia. Despeinada.

Tiene los ojos tan abiertos que parecen a punto de salirse, la cara desencajada y el cuerpo le tiembla de forma violenta.

—Mamá… —chilla.

No corro hacia ella, solo la miro, porque en el fondo ya sé lo que está ocurriendo.

—Qué hiciste.

Ella parpadea, una vez, dos, y después empieza a llorar.

—¡No, no...! Yo solo quería ayudarte, yo... —da un paso al frente— Yo no sabía que iba a salirse de control… ¡te lo juro!

Mi silencio es más contundente que lo que sea que pueda gritarle ahora; la obligo a sostenerme la mirada, a no esconderse.

—¿Querías lastimarme, o solo asegurarte de que Mara no se quedara?

—¡No, claro que no quería hacerte daño! —grita, como si al alzar la voz pudiera redimirla— ¡Yo mandé a buscarte, yo armé el escándalo afuera para...! —hace un gesto desesperado— ¡Es por ella! ¡Ella tiene que largarse de nuestras vidas! ¡Se burla de ti, mamá!

El fuego truena en algún lugar muy cerca, y una explosión menor hace vibrar el techo, avisándonos que tenemos que salir ya. Pero no puedo moverme.

—Te amé más que a nada —digo, sintiendo cómo se me cierra la garganta— Te lo di todo, y aun así lograste encontrar la forma más cruel de lastimarme.

Camila cae de rodillas, llora como cuando era niña y se abraza a mis piernas.

—¡Perdóname, por favor, perdóname…!

Acaricio su pelo. Sí, lo hago. Porque todavía es mi hija. Porque todavía duele.

Pero ya hay algo roto y no tiene arreglo.

—Camila —me agacho a su lado para hablarle— Te amo, pero no puedo seguir protegiéndote de ti misma, y no puedo arriesgarme a que lastimes a Mara.

Me mira, desconcertada; el humo nos envuelve, pero todavía puedo distinguir cada detalle de su rostro.

—¿Qué… qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que es hora de irse.

Para obstruir la yugular solo basta ejercer sobre el cuello una presión equivalente a dos kilos.

El estrangulamiento se produce en tres etapas.

Primero hay un período llamado, resistencia y lucha.

En segundo lugar, la víctima se desmaya por la anemia cerebral.

Y por último…

Así, tal cual

No te idealizo.
Te miro.
Y con eso
basta para escribir mil poemas.

Con tus dudas,
tus días de mal humor,
las veces que no sabes dónde poner las manos
y ese gesto torpe
cuando algo te incomoda.

Te escribo cuando no hablas,
cuando el silencio te cubre
y aun así me rozas al pasar.

Le escribo a las cosas pequeñas:
cómo la forma en que apagas la luz,
o te acomodas el pelo sin darte cuenta,
o el ruido que haces al tomar el primer sorbo de café.

Y no sé si esto es amor,
pero me alcanza.
Me alcanza con tus manías,
con tu forma de cerrar la puerta,
con tu risa cuando no toca,
y con todo lo que nunca vas a notar
y yo no voy a dejar de escribir.

Nada que prometer, todo que dar

No me curaste.
Me hiciste espacio.
Y eso fue suficiente.

No llegaste con recetas,
ni con promesas de futuro.
Solo ofreciste tiempo,
y una calma que no sabía que necesitaba.

No me pediste que sanara,
ni que explicara el daño.
Pero te sentaste cerca
y me dejaste desarmarme.

No dijiste «te entiendo».
Dijiste «Aquí puedes quedarte».
Y yo,
que venía huyendo de todo,
me rendí a esa forma tan tuya
de no tocarme,
pero sostenerme igual.

No me curaste.
Y menos mal.
Porque aprendí que hay dolores
que no necesitan remedios,
solo alguien que se quede
mientras arden.

La elegí despierta

No me haces falta.
Me haces bien.
Que es distinto,
y mucho más raro.

Porque la falta pesa,
ahoga,
te arrastra a escribir a las tres de la mañana
cosas que después no quieres leer.

Pero tú no dueles.
No faltas.
No urges.

Estás.
Y eso alcanza.

Me haces bien
cuando te ríes sin motivo,
cuando no me dices nada
pero igual entiendo todo.

No te necesito,
pero te elijo.
Cada vez.
Incluso en los días en que no sé ni qué hacer conmigo.

No me haces falta.
Y por eso,
quizás,
es que te quiero más limpio.
Sin miedo.
Sin jaula.
Sin el peso de tener que serlo todo.

No me haces falta.
Me haces bien.

Y eso,
créeme,
no pasa tan seguido.

Tan sutil como definitivo

Hay mujeres que brillan.
Tú haces que todo lo demás se apague.

No porque grites,
ni porque te hagas notar.
Si no porque estás.
Y con eso basta.

Las luces de la calle se vuelven fondo.
Las voces ajenas, ruido.
El tiempo, pausa.

No te pones en el centro.
Te vuelves horizonte.
De esos que una mira
y sigue,
aunque no sepa a dónde va.

Hay mujeres que iluminan una habitación.
Tú la vuelves innecesaria.
Porque contigo cerca,
ni la lámpara se atreve a encenderse.

No es que brilles.
Es que cuando te miro,
el resto deja de tener sentido.
Y eso, aunque asuste,
se parece demasiado al amor.

No era opción, era ella

No te pareces a nadie.
Y eso no es un halago.
Es un problema
del que ya no quiero salir.

Porque si te parecieras a alguien,
podría comparar.
Medir.
Cerrar la puerta con argumentos.

Pero no.
Eres única en lo exacto,
en lo que desordena,
en cómo dices mi nombre
como si siempre hubiera sido tuyo.

No tengo con qué defenderme.
No hay antecedentes,
ni advertencias.
Solo tú,
y esa forma tuya
de quedarte en mi cabeza
aunque te vayas sin decir nada.

No te pareces a nadie.
Y por eso,
me quedo.
Aunque duela.
Aunque no entienda.
Aunque ya no tenga idea
de cómo se sale de algo
que no tiene puerta.

Capítulo 32
Es aquí, es ahora

Firmo ejemplares, moviéndome en piloto automático. Algunas personas dicen algo amable, otras ni eso. Un par me preguntan si lo escribí pensando en alguien. Sonrío. No contesto.

El libro se llama «Bésame hasta que se me pase la poesía». El nombre vino a mí una madrugada y no quiso irse. Como ciertos versos. Como ciertas personas.

Estoy sentada en una mesa pequeña, al fondo del bar. La luz es cálida. El ambiente, discreto. Estela ordenó bien el lugar para esta lectura: tranquilo, sin pretensiones, perfecto para dejar que las palabras fluyan sin tener que explicar demasiado.

—Ha sido increíble —una voz llega desde mi costado.

Levanto la vista. Y me encuentro a la dueña del bar. Vestida con una blusa escotada color vino y una sonrisa que se nota genuina.

—Gracias —respondo, poniéndole la tapa al bolígrafo.

—Me alegra haberte traído. Siempre es un gusto escucharte. Tienes algo… no sé, directo, pero no violento —suspira— Me encantaría tomar un trago con mi poeta favorita, pero esta noche no se va a poder…

—¿Ya me vas a echar?

—Hay una fan esperándote afuera… intenté ahuyentarla, pero me lanzó una mirada de verdad aterradora…

Me río de la cara que pone.

—¿Y me vas a dejar sola con ella? ¿Qué tal si muerde?

—Sospecho que no te vas a quejar —dice, agarrando una copia del libro—. Firma esto y encárgate de esa salvaje antes de que espante a mis clientes.

Busco la primera página en blanco: Para la única salvaje que no me da miedo. Te escribiría toda la vida, si te quedaras a leerme.

Lo cierro con un gesto casi solemne y se lo entrego.

—Gracias por cuidarme el escenario.

—Gracias por llenarlo —responde, estrechándome la mano para cerrar el trato, y se aleja entre las mesas, dejando tras de sí una estela de trabajo bien hecho.

Salgo del bar con el abrigo colgado del brazo. El aire de la noche es tibio, cargado de ese peso que tienen las ciudades pequeñas donde todos saben demasiado y nadie olvida nada.

Y ahí está.

Se apoya en la carrocería de mi auto y fuma tranquila, el cigarro le tiñe la cara de rojo cada vez que inhala y el humo le baila alrededor, sin ganas de desaparecer.

Me acerco en silencio.

Lucía da una larga calada, me observa de reojo y esboza una sonrisa torcida.

—Disculpa, preciosa —dice, entrecerrando los ojos con una mirada traviesa— ¿eres tú la autora de Bésame hasta que se me pase la poesía?

—Depende —respondo, aguantándome la risa— ¿Viene a pedirme un libro o a secuestrarme?

—Ambas —se endereza. Esconde algunas quemaduras bajo la tela holgada del abrigo, pero el brillo en sus ojos sigue intacto— ¿Tienes un momento para atender a una admiradora que se sabe de memoria ese poema tuyo titulado: Lengua viva, verso sucio?

—Esa admiradora... ¿fuma demasiado y cocina en ropa interior?

Lucía se ríe. Esa clase de risa que no necesita hacer ruido para ser plena.

—Solo los domingos —aplasta el cigarro en el suelo con la punta del zapato.

Apoyo la frente en su pecho, sintiendo su calor a través de la tela.

—¿Qué día es hoy?

—Hoy es el día en que ofreces tu última presentación, firmas todos los libros... y vienes conmigo a San Miguel.

—¿Eso es una orden?

—Es una promesa.

Me rodea con los brazos y, por un momento, no hay ciudad, no hay bar, no hay cicatrices. Solo el olor a humo que ya no alcanza

para asustarme, su voz grave rozándome la oreja y el latido sereno de su pecho.

—¿Y qué vamos a hacer allá? —pregunto, con la voz amortiguada entre sus brazos.

—Desayunar juntas, trabajar en Tintero, discutir por la selección de canciones en la rocola y... —me separa apenas, solo lo justo para atraparme con la mirada— verte escribir en el jardín. Hasta que se te acaben las palabras. O el sol.

—Lo del jardín me convence. Lo de trabajar en tu bar... das miedo cuando te pones de jefa.

—Lo sé —responde, satisfecha consigo misma— Pero me encanta verte temblar.

La beso. Porque hay cosas que no caben en un poema.

Y esta mujer, esta historia, esta vida… son una de esas cosas.

Lucía salió del incendio con algunas quemaduras menores en los brazos y la espalda. Estuvo hospitalizada unos días por intoxicación por inhalación de humo. No le gusta hablar de lo que pasó esa noche, pero su mirada cambió. Se volvió más tranquila, más presente. Como si haber estado tan cerca de perderlo todo la hubiera enseñado a vivir sin prisa.

Camila no tuvo esa suerte. La encontraron inconsciente entre los escombros, y aunque los equipos de emergencia lo intentaron todo, no lograron reanimarla. Su muerte tampoco es algo que comentamos en voz alta. Lucía nunca ha llorado. Pero algunas noches fuma en exceso y se queda mirando por la ventana, como si estuviera esperando que Camila regrese de una de sus fiestas.

Yo no hago preguntas. Solo me quedo cerca.

Y ella, de a poco, me deja estar.

A veces, eso es todo lo que se necesita para empezar de nuevo.

—Sube, poeta. Vámonos a casa —dice, abriéndome la puerta del carro.

Y lo hago. Porque ahora tengo una.

Lucía pone el motor en marcha. Conduce con una mano en el volante y la otra sobre mi rodilla, acariciándola, como quien sabe que el mundo pesa menos cuando se toca con ternura.

Vivimos juntas. La gente de San Miguel se empeñó en que Tintero volviera a abrir cuanto antes. Ayudaron en todo: cargaron escombros, trajeron madera, pintaron paredes. No era estrictamente necesario porque el seguro cubría los daños y yo todavía tenía el dinero de la casa, pero igual lo hicieron.

A mamá le habría fascinado saber que la herencia acabó en un sitio donde me he revolcado con mi vecina en todos los rincones.

Casi podría decir que lo hice en su honor.

Pusimos mesas nuevas, compramos una rocola y, sin darnos cuenta, el lugar volvió a respirar. Ahora nuestro.

Lucía se encargó de los planos.

Yo, de los poemas.

Tintero es de las dos. Como todo lo demás.

Nos amamos con locura.

Con ese tipo de amor que no grita, pero tampoco se esconde. Un amor que simplemente está ahí, respirando entre las cosas.

Lucía me anima a escribir, aunque sabe, y lo sabe bien, que nunca necesité permiso. Me empuja a salir, a perderme en ciudades desconocidas, a leer mis poemas en bares donde nadie me espera. Porque sabe que escribir también es mi forma de respirar.

Pero, casi siempre, como hoy, aparece el último día de cada presentación. Fuma en la entrada como si la escena estuviera ensayada. Y sin dramas ni fuegos artificiales, me recuerda que tengo un hogar.

Como si fuera necesario.

Porque amo estar ahí.

Amo San Miguel. Incluso con su aire espeso en verano, con los vecinos que se saludan, aunque no se soporten, con los rumores que llegan antes que las ambulancias. Amo sus contradicciones: ese pueblo donde todos saben tu nombre, pero igual te dejan inventarte uno nuevo cada tanto.

Donde el pasado no muere, solo se muda de casa.

Donde el cielo es inmenso, pero los sueños a veces se achican.

Yo no.

Yo me agrando.

Porque la tengo a ella.

Y eso, aunque no suene bonito, también es poesía.

—¿Y? —pregunta, sin mirarme, pero con la sonrisa escapándosele en la voz— ¿Vas a contarme cómo te fue o planeas tenerme en suspenso?

Sube un poco el volumen de la radio, lo justo para que la guitarra de fondo abrace la noche.

—El libro se está vendiendo muy bien. Tuve que mandar a imprimir más.

—Me alegra por ti, cariño —dice, tomando mi mano para acercarla a sus labios— Siempre has sido buena; solo necesitaban aprender a escucharte.

—Lo dices porque siempre has sido la musa. Pero admito que este último es el más honesto. El más mío. Por primera vez siento que cada verso cayó justo donde tenía que caer.

Lucía asiente, dejando ver su orgullo en el gesto.

—Será porque este lo escribiste en casa… y con algo más que las manos.

—Lo sé. Hubo mucha lengua de por medio…

—Definitivamente tu libro más sensual —declara, con una sonrisa — En tu ausencia, no tuve más remedio que hacer una lectura privada... con vino.

—¿Final feliz?

—Me contuve para que me lo des personalmente... ya sabes que me gusta esperar por lo bueno.

—Parece que tengo mucho trabajo en casa. Espero que hayas dejado todo en orden en Tintero, porque no vas a poner un pie ahí en un par de días.

—Lo tengo bajo control.

—¿Cómo ha estado todo por allá?

—Joan puso reguetón el viernes... estuve a nada de despedirlo.

—Merecido.

—También te extrañaron los clientes —agrega— Dos preguntaron cuándo volvías... y una chica dejó su cuaderno; quiere tu crítica.

—¿Mi crítica? —alzo una ceja— ¿Desde cuándo me dedico a dar opiniones literarias?

—Desde que te volviste famosa —me mira de reojo— Y dulcemente insoportable.

—Insoportable solo a ratos. El resto del tiempo soy encantadora. Lo dicen mis lectoras... o al menos las que no devolvieron el libro.

—Una lo dejó con una servilleta marcada entre las páginas —comenta, divertida— Tenía un número... y un: llámame si alguna vez se te acaban los versos.

—¿Y lo anotaste?

Lucía frena en el semáforo con una calma imperturbable.

—Solo me quedo con las que adjuntan foto en ropa interior —expresa, como quien habla del clima.

—Vulgar —murmuro, mordiéndome el labio para no soltar una risa.

—Como a ti te gusta.

—Pero solo tienes permiso de serlo conmigo —le reclamo, golpeándola en el hombro con el puño.

Lucía no responde de inmediato.

Solo sonríe.

Esa sonrisa suya que no pide permiso, que entra sin tocar la puerta y me desordena los latidos. La que guarda en silencio cosas que no se dicen, porque se viven.

El semáforo cambia y seguimos el camino. La carretera se estira frente a nosotras como un poema sin punto final.

Afuera, todo es noche, una noche que no pregunta nada.

Adentro, la música respira bajito, y su mano vuelve a mi rodilla, como si no soportara estar lejos de mi piel.

—Te amo —dice.

Así.

Sin ceremonia.

Como quien dice: «pasa la sal».

Como quien lanza una verdad al aire, confiando en que, de algún modo, hará raíz donde tiene que hacerlo.

—Lo sabías, ¿no? —añade en un susurro— Que te amo desde antes de tenerte.

No respondo.

No con la voz.

Se lo digo en la forma en que le tomo la mano.

En el modo en que acerco sus dedos a mis labios y los beso uno por uno.

Se lo digo en la manera en que me dejo habitar, sin miedo, por su certeza.

Lucía orilla el auto. Apaga el motor y la luna hace lo que puede para no caerse de tanto mirarnos.

Sin añadir nada más, porque ya no hace falta, se inclina hacia mí y me acomoda un mechón detrás de la oreja. Sus ojos buscan los míos. No hay urgencia. No hay pudor. Solo ese deseo que sabe esperar... pero esta noche no quiere hacerlo.

—Improvisa un poema que no puedas leer en público —susurra— Haz que tu musa se empape.

Y lo hago.

Nos besamos como si el destino ya estuviera escrito y nosotras solo repasáramos las partes que valen la pena. Como si nuestros cuerpos fueran páginas y nuestras bocas, tinta.

El asiento es incómodo. La postura, torpe. El cristal se empaña. Y no importa.

Porque no hay poema más honesto que el que se escribe con las manos temblando.

Ni declaración más cierta que la que se dice con los labios y se confirma en la piel.

Nos amamos ahí, en medio de la nada, entre la carretera que nos lleva a casa y el pasado que ya no pesa.

Y cuando por fin me derrumbo sobre su pecho, sudando, sonriendo, con el sabor de su nombre todavía en la lengua, susurro:

—Pero si hay que apostar, apuesto esto: yo te amé primero. Y más sucio. Y más en serio.

Se ríe. Con esa risa que siempre marcó las coordenadas de mi hogar.

—¿Más sucio y más en serio? —pronuncia las palabras en un susurro quebradizo— No sabes en lo que te estás metiendo.

Me besa y nos quedamos ahí, sin música, sin mapas.

Solo nuestras respiraciones, los dedos entrelazados y esa manera absurda que tiene el amor de insistir.

Somos dos idiotas con historia.

Dos mujeres que se quisieron antes de saber cómo quererse.

Dos cuerpos varados en la esquina de una vida que, por fin, empieza a tener sentido.

La beso de nuevo. Porque sí. Porque ahora.

No sé si mañana nos va a doler.

No me importa.

Lo único real es esto: el cuero caliente pegado a nuestras piernas, sus dedos tibios en mi nuca, y el amor, ese animal torpe que no espera la luz verde, que cruza en rojo, que se ríe de las señales.

Fin.

Nota de la escritora:

Bésame hasta que se me pase la poesía ya está disponible.

No es una segunda parte de **Demasiado tarde, demasiado cerca.**

No vas a encontrar más historia.
Solo poemas.
Solo Mara escribiéndole a Lucía.
Solo lo que sobró después de todo.